



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
ESCUELA DE POSTGRADO

SORTEAR LA VIOLENCIA, CONSTRUIR IDENTIDADES:
TRAYECTORIAS DE MUJERES AFRODESCENDIENTES ENTRE
BUENAVENTURA - COLOMBIA Y SANTIAGO DE CHILE

Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos

ANDREA GUERRERO LIBREROS

Profesora Guía: Claudia Zapata Silva

Santiago de Chile
2018

“The voices of these women are not those of victims but of survivors”.
Patricia Hill Collins, Black Feminist Thought.

AGRADECIMIENTOS

Construir esta tesis fue posible debido al apoyo de muchas personas. En primer lugar, gracias a la profunda confianza y el cariño de las mujeres que aceptaron participar en este estudio. En diálogo con ellas, decidimos que sería mejor mantener sus relatos bajo anonimato para poder proteger, de este modo, la privacidad de sus historias personales. Sin embargo, todas ellas poseen un nombre, un cuerpo y un inmenso corazón que estoy infinitamente agradecida de haber conocido.

En segundo lugar, mi agradecimiento a Claudia Zapata, mi profesora guía, por orientar estos escritos, por inspirar en el camino del feminismo y en la necesidad de superar la violencia contra las mujeres. A Carolina Stefoni, por las vitales recomendaciones que influyeron en la forma que tomó este trabajo y por la revisión final que realizó. También a la IV Escuela Internacional de posgrado de CLACSO sobre “Migraciones internacionales, políticas globales y desigualdades sociales”, donde tuve la oportunidad de participar y de elaborar una parte fundamental de esta tesis. Infinitas gracias a Gioconda Herrera, mi profesora al interior de la Escuela, por sus apreciaciones y sus revisiones; así como a Andrea Avaria, por su cariñosa empatía y consejos.

Agradezco también, de manera especial, a las/os líderes de distintas organizaciones afrocolombianas que orientaron y aportaron información relevante, al tiempo que me ayudaron a contactar con mujeres migrantes en Chile. Danelly Estupiñán, Benjamín Mosquera y Mario Angulo, del Proceso de Comunidades Negras – PCN; Marina Mondragón, del Consejo Comunitario La Esperanza; Francelina Carabalí, de la Fundación social de Mujeres Cabeza de Familia y Víctimas del Conflicto Armado en Colombia; y Francisca Castro, de la Escuela de Identidad Cultural “Sé quién soy”.

Por último, agradezco a Esteban, mi compañero de vida, quien apoyó cada uno de los momentos de este trabajo, acompasando los altibajos anímicos y orientando este camino como un proceso de crecimiento personal; así como a mis amigas entrañables, Daniela Schröder y Valentina Salinas, por el soporte intelectual y emocional que nos hemos prestado a lo largo de este recorrido.

TABLA DE CONTENIDO

RESUMEN.....	v
CAPÍTULO I. INTRODUCCIÓN.....	6
1.1. Aspectos metodológicos.....	9
1.2. La migración forzada en la época del neoliberalismo.....	14
1.3. La violencia contra las mujeres y su utilidad.....	16
1.4. Los procesos de identificación.....	18
CAPÍTULO II. DE COLOMBIA HACIA CHILE: LA MIGRACIÓN EN CONTEXTO DE NEOLIBERALISMO	22
2.1. Afrocolombianos en Buenaventura: entre la desigualdad histórica y la guerra contemporánea	22
2.2. Nuevas discriminaciones, racismo y explotación: inmigrantes negros y colombianos en Chile	30
2.3. Mujeres migrantes: agencia y subalternidad	40
CAPÍTULO III. VIOLENCIA EN LA GUERRA, VIOLENCIA EN LA PAZ: TRAYECTORIAS DE MUJERES AFROCOLOMBIANAS ENTRE BUENAVENTURA Y SANTIAGO.....	46
3.1. La violencia contra las mujeres: un <i>continuum</i>	46
3.2. Violencia política: la guerra civil y la agresión de los Estados.....	52
3.3. Explotaciones y esclavizaciones: trabajo feminizado, racializado y sexualizado.....	59
3.4. Los "amores agresivos" y el recrudecimiento de las desigualdades.....	68
CAPÍTULO IV. SER MIGRANTE, SER FAMILIA, SER MUJER: LAS IDENTIDADES COMPARTIMENTADAS.....	76
4.1. Sobre identidades e identificaciones.....	76
4.2. Luchar, adaptarse, sobrevivir: posicionamientos en el espacio público.....	82
4.3. De tensiones y veneraciones: el espacio familiar	88
4.4. La búsqueda del sentido, la independencia y la libertad: el espacio individual	93
CAPÍTULO V. CONCLUSIONES.....	97
BIBLIOGRAFÍA.....	104

RESUMEN

En los últimos años, miles de colombianos han migrado hacia Chile, donde su inserción se ha caracterizado por la discriminación racial. Buena parte de ellos provienen de Buenaventura: una zona sobre el Pacífico donde la mayoría es afrodescendiente y la guerra se ha agudizado en el contexto neoliberal. Dentro de este panorama, las mujeres negras ocupan los espacios de mayor subalternidad y los menores índices de calidad de vida, lo cual explica que empiecen a liderar procesos de emigración internacional a fines del siglo xx. Al igual que otras migrantes racializadas, las afrocolombianas en Chile han tendido a emplearse en servicios precarizados que explotan características “típicamente femeninas”. Así, los recorridos migratorios de las afrocolombianas pueden perfilarse como trayectorias de violencia que revelan un *continuum* entre la guerra, la pobreza, el racismo estructural, la explotación laboral y la violencia familiar en Colombia y Chile. El objetivo de este estudio es analizar los procesos de identificación que las mujeres afrocolombianas, provenientes de Buenaventura y residentes en Santiago, estarían construyendo en el marco de estos trayectos de migración. Para ello, se acude al análisis de materiales biográficos conformados por cinco (5) relatos de vida y tres (3) entrevistas semi-estructuradas que fueron recogidos en medio de un ejercicio etnográfico. Dentro de los resultados, se pudo observar la cualidad compartimentada de los procesos de identificación entre distintas dimensiones de la experiencia, para lo que se propuso un análisis según espacios de relacionamiento. Así, las identificaciones dentro del espacio público-laboral mostraron posicionamientos tendientes a la defensa y la sobrevivencia; el espacio familiar reveló profundas tensiones entre los afectos y la necesidad de recuperar la individualidad; mientras que el espacio individual, reflejó los deseos de emancipación y autonomía (económica-territorial) de las mujeres.

CAPÍTULO I. INTRODUCCIÓN

En las últimas dos décadas, miles de afrocolombianos¹ han migrado hacia Chile, donde su inserción se ha caracterizado por la precariedad social y una vivencia particular del racismo. Buena parte de ellos provienen de Buenaventura, una zona de frontera sobre el océano Pacífico donde la mayoría es afrodescendiente y la agudeza del conflicto armado ha desplazado a un 42% de la población local. Dentro de este panorama, las mujeres negras de Buenaventura se caracterizan por habitar los espacios de mayor precariedad con índices de calidad humana aún más bajos que los de sus compañeros varones (PCN, 2012); y han venido ocupando un papel relevante en la configuración de rutas migratorias hacia países como España, Italia y Chile a partir de los años 90' (Echeverri, 2016; Hurtado, 2009). El despegue de esta emigración internacional coincide con los procesos de neoliberalización de la economía y el consecuente traslado de las ganancias del puerto de Buenaventura a manos de capitales privados, lo que agravó las brechas históricas de desigualdad y, en conjunción con el accionar de grupos armados, desató el aniquilamiento y la desposesión que hoy enfrentan los afrodescendientes. Por su parte, Chile ha venido incorporando a los migrantes² negros como mano de obra

¹ A lo largo de este trabajo, utilizaré los términos “afrocolombiano/a”, “afrodescendiente” y “negro/a”, entendiendo que derivan de genealogías distintas. En la actualidad, estas tres acepciones son usadas extensamente en la academia, las organizaciones sociales y los entes estatales en Colombia. “Afrodescendiente” es una categoría que ha venido adoptándose desde la Conferencia Mundial contra el Racismo de Durban (2001); y “afrocolombiano” ya venía usándose previamente como una forma de remitir a la ascendencia africana y denotar los límites nacionales (Restrepo, 2013). El término “negro/a” ha suscitado mayores matices interpretativos: algunos piensan que renueva la dominación colonial y optan más bien por categorías que evitan remitir a dichos procesos, sin embargo, coincido con Wade (1997) y Restrepo (2013) cuando hablo de mujeres “negras” y de hombres “negros” en la medida en que estas acepciones permiten repensar la discriminación racial contenida en dichos términos y reflexionar sobre las realidades sociales permeadas por el racismo estructural (Wade, 1997: 20 - 21; Restrepo, 2013: 27 - 28).

² La categoría de “migrante” en Chile ha tendido a ser relacionada con las migraciones latinoamericanas racializadas y de clases bajas, en particular las provenientes de Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia, Haití, República Dominicana y, más recientemente, Venezuela. Los sujetos de otras nacionalidades asociadas socialmente a “rasgos europeos” o blancos, tienden a ser leídos más bien como “extranjeros” dando mayor *status* a esta categoría. La adscripción a una clase social privilegiada puede también eximir de la calidad de “inmigrante” a una persona que provenga de los países mencionados. El término migrante se produce,

barata en distintos sectores del mercado laboral, al tiempo que operan estigmas y estereotipos raciales que coadyuvan en los procesos de explotación.

La migración colombiana hacia Chile no ha escapado de las características migratorias globales que muestran una marcada feminización (Herrera, 2005) y la inserción precarizada de las mujeres en servicios de proximidad y de cuidado en los lugares de destino (Hurtado, 2009). Según Falquet (2014), esto hace parte de una nueva división mundial del trabajo propiciada por las dinámicas de acumulación, violencia y desigualdad que operan en lugares como Buenaventura; así, las escasas posibilidades de subsistencia empujan a los hombres pobres hacia el empleo en grupos armados; al tiempo que las mujeres son hostilizadas y expulsadas al mercado global de los servicios “femeninos” a bajo costo.

En Chile, el aumento sostenido de la inmigración latinoamericana a partir de los años 90’, ha significado la llegada de población afrodescendiente de países como Haití, Colombia y República Dominicana. En medio de este contexto, Santiago ha venido configurándose como un espacio de convergencia de distintas diásporas negras que han generado reacciones variantes entre el estigma y la exotización. La experiencia de exotización en el caso de las mujeres afrocolombianas parece traducirse en la reducción de las posibilidades de inserción laboral hacia los “mercados de trabajo sexualizado” como Cafés con Piernas³ y *night-clubs*⁴, en lugares tan australes como Punta Arenas (Carrère y Carrère, 2015), o tan desérticos como las ciudades mineras del norte (Pavez, 2016a; Stefoni y Stang, 2016) donde opera una cierta mitología asociada al erotismo de

en todo caso, mediante una conjunción de nacionalidad, clase social y de acuerdo a claves de racialización. Cuando hablo de “migrantes” en este trabajo, hago alusión a dicho contexto.

³ Locales comerciales de venta de bebidas y a veces alcohol, donde mujeres con ropa corta y ajustada (en algunos sitios, con ropa interior) atienden y acompañan a los clientes. Al igual que los *night-clubs*, estos lugares son una plataforma para la concertación de servicios sexuales.

⁴ Locales nocturnos de entretenimiento varonil, que incluyen espectáculos de música y baile así como la venta de bebidas alcohólicas. Al interior de estos locales pueden adquirirse distintos servicios femeninos como acompañamiento y *shows* privados. Al igual que los Cafés, estos locales pueden servir de plataforma para concertar servicios sexuales.

las “mujeres caribeñas”⁵. Pareciera que ser hombre o mujer afrocolombiana/o en el contexto chileno, deriva en significaciones complejas que a menudo incluyen un juego de contracaras; entre la estigmatización (narcotraficante, prostituta, criminal) (Stefoni y Stang, 2016; Pavez, 2016a; Pavez, 2016b); y el exotismo de los cuerpos eróticos, la belleza y el poder sexual (Belliard, 2015).

Hasta ahora, los estudios más relevantes sobre población afrodescendiente en Chile han tendido a ahondar en los procesos de racialización y sexualización que atraviesan, en particular, las mujeres afrocolombianas y afrocaribeñas (Tijoux, 2014, 2015; Belliard, 2015, 2016) acercándose a la manera como la población chilena estaría asimilando la realidad migratoria. Si bien estos trabajos han ayudado a comprender las herencias coloniales y la ideología republicana asociada a cierta aversión frente a los sujetos racializados; han hecho surgir “el cuestionamiento sobre la reducción analítica de los migrantes a una condición de alteridad eterna” (Stefoni y Stang, 2017: 118). Por otro lado, se ha tendido a invisibilizar la dimensión subjetiva de las mujeres, predominando más bien el estudio de los constructos “libidinales” que se elaboran en torno a ellas. Como menciona Pavez (2016a) acerca de las afrocolombianas en el norte de Chile, se ha producido “la proliferación de representaciones en torno a un sujeto que no se representa por sí mismo”, lo que “contribuye a la elaboración de una imagen de descontrol de una feminidad desconocida” (26). A este respecto, el presente trabajo pretende abordar la realidad de las afrocolombianas en Santiago desde la mirada de las mujeres, buscando comprender cómo se sitúan frente a los distintos contextos que atraviesan y facultar, de este modo, un lugar para su representación que supere las miradas exotizantes. Asimismo, pretendemos contribuir a la comprensión de las migraciones colombianas que han derivado del conflicto armado contemporáneo, y situar dicho fenómeno en las coordenadas políticas y económicas que le corresponden.

⁵ Hago explícita la manera en que suelen referirse algunos estudios hacia las mujeres negras en Chile, sugiriendo que todas ellas provienen de zonas geográficas del Caribe. En el caso de las migrantes colombianas, la mayoría de ellas proceden más bien de áreas aledañas al océano Pacífico, que poseen particularidades sociales e históricas distintas a los territorios que colindan con el Atlántico.

Para ello, este estudio se propuso analizar los recorridos de un grupo de mujeres afrocolombianas provenientes de Buenaventura que residen actualmente en Santiago de Chile, a través de la recolección de relatos de vida que permiten comprender la naturaleza de las trayectorias y sus posicionamientos identitarios. El trabajo aquí desarrollado, mostró que estos procesos de migración pueden perfilarse como trayectorias de violencia. Así, los recorridos migratorios apuntan a una especie de *continuum* de los procesos de opresión entre el abandono de los lugares de origen y la conformación de nuevos asentamientos. En Colombia, se produce la precariedad material, la vaga garantía de derechos humanos y diferenciales, la vivencia del conflicto armado, la violencia doméstica; así como en Chile ocurre la estigmatización, la condena al empleo de bajo costo, la explotación en mercados de trabajo sexualizado, la violencia institucional y también conyugal. En este sentido; mi interés es visibilizar cómo se construyen posicionamientos frente a las realidades hostiles que se recorren, no sin antes otorgar una dimensión política y contextual al análisis. Nos preguntamos entonces, ¿cómo se producen los procesos de identificación de mujeres afrocolombianas migrantes que atraviesan trayectorias de violencia desde Buenaventura, como lugar de origen, hasta Santiago, como lugar de destino?

1.1. Aspectos metodológicos

En aras de comprender las trayectorias y procesos de identificación antes mencionados, esta tesis abordó el análisis de cinco (5) relatos de vida y tres (3) entrevistas semi-estructuradas con mujeres afrocolombianas provenientes de Buenaventura - Colombia y residentes en distintas comunas de la Región

Metropolitana⁶. Las mujeres entrevistadas habían vivido entre uno (1) y nueve (9) años en Chile, y se encontraban en un rango de edad entre los 30 y los 50 años. Solo tres (3) de ellas contaban con visa definitiva al momento de las entrevistas, las demás tenían visa temporaria o en trámite. Seis (6) de las mujeres trabajaba o había trabajado en peluquerías, locales de estética o prestando servicios de peinado y *manicure*. Cuatro (4) habían trabajado (o trabajaban) en servicios de entretenimiento varonil (este último grupo coincidía con quienes habían realizado labores en salones de belleza y también con quienes eran madres). Dos (2) mujeres más trabajaban como aseadoras y recepcionistas. En total, seis (6) mujeres tenían hijos y tres (3) de ellas mantenía relaciones vigentes de matrimonio o convivencia con varones chilenos o afrocolombianos.

Las actividades de recolección de información fueron desarrolladas entre marzo y septiembre de 2017. Construir estos relatos significó un largo proceso de construcción de confianza, de empatía, de lazos afectivos y de colaboración con las mujeres que aceptaron entablar diálogo. Son pocos los estudios de migración colombiana en Chile que han sido elaborados por investigadores de Colombia; y en este caso, se trata de una mujer colombiana abordando la realidad de otras mujeres connacionales en migración. Sin embargo, en la mayoría de los casos -como dijera Riessman (1987)-, compartir el género no fue suficiente como tampoco la nacionalidad ni la calidad de migrante en Santiago⁷. Aún contando con redes y recomendaciones, fui rechazada como interlocutora al menos unas diez veces y en varios casos, estos rechazos estuvieron acompañados de malos tratos o clausura unilateral de las comunicaciones. La frustración derivada de estos intercambios, me hicieron cuestionar sobre los límites de la metodología aplicada. Solo habiendo finalizado el análisis, pude entender que la gran dificultad para obtener entrevistas se explicaba por la violencia que caracteriza de modo concreto las

⁶ La Región Metropolitana aloja la capital del país dentro de la Provincia de Santiago y de las 32 comunas que la conforman.

⁷ “Para las mujeres que entrevistan mujeres acerca de sus vidas, [las] barreras del entendimiento son particularmente consecuentes, porque reproducen dentro de la labor científica las divisiones de cultura y clase que las feministas han tratado de disminuir” (Riessman, 1987: 173) [*traducción propia*]

experiencias que buscaba analizar. La violencia vivida se transformó así en la actitud desconfiada que utilizaron las mujeres como mecanismo de defensa en un escenario donde yo ocupaba el espacio de una posible agresora⁸. A este respecto, y aludiendo a las consideraciones éticas de este trabajo, podemos decir que los testimonios aquí incluidos resultaron del consenso con las mujeres en cuanto a la idea de participar de esta investigación; asimismo, los nombres propios han sido modificados en aras de proteger la integridad y el anonimato de quienes relataron su historia⁹. La información aquí contenida, así como el análisis elaborado, podrán ser utilizados con el fin de movilizar la garantía de derechos sociales para las mujeres negras tanto en Chile como en Colombia; y para alimentar el debate sobre las consecuencias humanas que derivan del modelo económico y político implementado en nuestros países.

Los relatos de vida que conforman el material más relevante de esta investigación, fueron realizados a lo largo de dos o más encuentros y cuatro horas aproximadas de grabación. En la mayoría de los casos, la recolección de los relatos fue complementada con el ejercicio etnográfico mediante visitas a los domicilios de las entrevistadas, participación en eventos sociales y familiares, acompañamiento en actividades laborales, conversaciones y comunicación a través de redes sociales. Un segundo material de estudio lo conforman tres (3) entrevistas semi-estructuradas de alrededor de una hora de duración; esta modalidad de entrevista parte de preguntas pre-establecidas que sirven de orientación pero que se flexibilizan en medio del diálogo buscando adaptarse a la realidad de cada sujeto (Díaz, Torruco, Martínez y Varela, 2013: 163). En el caso de estas entrevistas no se produjo una dinámica narrativa muy abundante, así que opté por utilizar estos recursos más bien para soportar hipótesis previamente rastreadas en los relatos.

⁸ Este tipo de dinámica se ahonda de modo extenso en el apartado 3.2.

⁹ Los relatos de vida corresponden a las voces de Ana*, Olivia*, Rosana*, Eleonora* y Carla*; y las entrevistas reflejan las conversaciones con Yesenia*, Dayana* y Raquel*. Todos los nombres han sido modificados (*).

El relato de vida es un “método de recopilación y tratamiento de narraciones de personas que dan cuenta de fragmentos de su vida cotidiana pasada o presente”; su principal objetivo es “describir la estructura diacrónica de la vida recorrida” (Márquez, s.a.). El soporte principal de los relatos son las personas y los testimonios que éstas entregan donde se materializan discursivamente como individuos y como sujetos históricos (Sanz, 2005: 105). Existe una intrínseca relación entre individuo y sociedad, siendo éstas dimensiones interdependientes; “los cambios demográficos, técnicos, económicos y culturales modifican los sucesos vitales de los individuos” (106). De esta manera, el relato de vida permite entender los contextos históricos, sociales y culturales que se expresan a través de los individuos, así como las visiones propias de la existencia que constituyen las identidades de los sujetos en distintos momentos de la narración (Márquez, s.a.). Los relatos, por lo demás, son producto de un “juego de intersubjetividades”, puesto que se elaboran a través de la interacción entre quien es entrevistado y quien entrevista, analiza e interpreta. Para Riessman (2008), los textos resultantes de métodos biográficos se definen como “co-construcciones” entre el investigador y los sujetos con los que se entabla diálogo (31). Esta operación conjunta se ve mediada por las coordenadas sociales que encarnan los interlocutores (de género, clase, raza, nacionalidad, etc.) y que influyen en la historia que es elaborada; los relatos dan cuenta de cómo una persona decide “representarse” a sí misma dentro de una interacción (31). Para este trabajo, vale la pena considerar que los encuentros fueron llevados a cabo por una mujer-mestiza-colombiana, residente en Chile y alumna de un programa de postgrado. Los relatos habrían sido distintos si estas variables se hubiesen modificado en cualquier orden.

A lo largo de esta investigación se elaboraron y analizaron relatos paralelos (Pujadas, 1992: 82) es decir, testimonios de distintas personas que no necesariamente tenían vínculo entre sí pero que sí eran representativas de acuerdo a los criterios de trabajo preestablecidos: eran mujeres afrocolombianas de clases bajas, provenientes de

distintos lugares de Buenaventura¹⁰, y residentes en la Región Metropolitana desde hace al menos un año. La metodología de los relatos de vida permite centrarse en un eje particular del recorrido biográfico con el fin de observar su evolución; en este sentido, los relatos fueron contruidos en torno a la pregunta sobre el proceso migratorio, buscando entender las trayectorias desde los años previos a la migración, pasando por el viaje, la instalación e inserción en Chile. En la etapa posterior a las entrevistas, se trabajó con distintas versiones de la narración i). una transcripción literal de las entrevistas; ii). una versión ordenada cronológicamente; iii). y un tercer documento organizado según aspectos de posible análisis (Pujadas, 1992).

Un estadio importante en el trabajo con los relatos, consiste en la comparación de los distintos textos buscando comprender puntos de encuentro y elaborar hipótesis entre lo particular y lo general (Bertaux, 1997: 26). En este proceso, emergió la categoría “violencia” como una variable recurrente en las biografías que adquiriría diferentes formas en cada momento de la narración. Para este primer apartado, privilegié el análisis de la violencia en tres niveles que incluyen las agresiones más frecuentes en los relatos: la violencia política y estatal; la violencia en mercados de trabajo feminizado y sexualizado¹¹; y la violencia dentro del espacio conyugal¹². En cada uno de estos ámbitos fue frecuente encontrar, a su vez, distintos tipos de violencia: crímenes, acoso, precariedad estructural, discriminación, explotación laboral, vulneración psicológica, entre otros. Entender las trayectorias desde esta perspectiva colaboró, asimismo, a orientar el abordaje de las identificaciones sobre las que elaboré una primera hipótesis en torno a su carácter compartimentado. Esta hipótesis derivó, en primer lugar, de observar los marcados cambios en las tonalidades y la expresividad cuando se abordaban distintas esferas de la experiencia. De este modo, me propuse orientar el análisis desde diferentes espacios (fraccionados pero dialógicos), rastreando los posicionamientos (a veces

¹⁰ Si bien la mayoría venía de la zona urbana del Distrito de Buenaventura, algunas mujeres habían vivido o mantenido estrecha relación con las áreas rurales.

¹¹ Estos mercados laborales se inscribían dentro del espacio público.

¹² Ello no quiere decir que no se hayan dado otros tipos de violencia, sino que seleccioné los que habían sido más recurrentes y sobre los que había más información en los materiales biográficos.

contradictorios) que se producían en el espacio público (especialmente en el aspecto laboral), el espacio familiar y el espacio individual.

1.2. La migración forzada en la época del neoliberalismo

El primer capítulo de este trabajo pretende contextualizar la migración de Buenaventura hacia Chile como un fenómeno contemporáneo, para el cual la economía y política neoliberal son coordenadas que permiten entender el por qué de estos movimientos y sus características particulares. Luego de reconstruir las circunstancias de los migrantes negros en los lugares de origen y destino, presto especial atención al rol de las mujeres en las dinámicas globales de migración, entendiendo cómo el desplazamiento territorial se corresponde con su inserción en mercados de trabajo feminizado y sexualizado a nivel internacional. La contextualización propuesta en este apartado, es especialmente relevante para el campo de los estudios migratorios puesto que atiende las macro-estructuras que propician la migración y advierte sobre la responsabilidad de los países (tanto de Colombia como de Chile) en la configuración de estos flujos.

El despliegue de la emigración internacional de afrocolombianos pobres desde Buenaventura, coincide con la instalación del neoliberalismo en Colombia y, en particular, en el puerto que se encuentra alojado en esta zona del Pacífico. En adición a la desigualdad histórica que ya operaba sobre la población negra, la apertura económica ha venido profundizando el empobrecimiento de los afrodescendientes de Buenaventura mediante la privatización, la exclusión del manejo portuario, y el despojo de territorios largamente ocupados (proceso en el cual los grupos armados ilegales han jugado un papel determinante). Este flujo migratorio puede entenderse, de este modo, como una “migración forzada”; es decir, como la “respuesta individual y familiar obligada por las

condiciones económicas, políticas, sociales, culturales y ambientales adversas para garantizar la subsistencia y reproducción social en el lugar [de origen]” (Márquez, 2010: 73). Dicha movilidad “no constituye una estrategia o decisión adoptada [de manera] libre” (*ibíd.*) en tanto se encuentra condicionada por contextos de pobreza, violencia y desigualdad que cancelan, de entrada, la posibilidad de permanecer en las zonas de residencia inicial. El despojo se relaciona, a su vez, con la inserción de los migrantes como fuerza laboral abundante, flexible y barata en los lugares de destino (Sassen, 2014). En efecto, si reconstruimos la instalación de la mayoría de los afrocolombianos en Chile, podemos afrontar las vivencias de precariedad, de explotación laboral y la reducción de derechos sociales. La prevalencia de las lógicas coloniales de racialización sirven como instrumento al momento de atropellar y obtener beneficio de estas poblaciones. De esta manera, no parece fortuito que, al tiempo que se empobrece a los grupos afrodescendientes en zonas estratégicas para el comercio mundial como Buenaventura; se produce su objetificación y explotación en las industrias de servicios dentro de ciudades globales como Santiago. “Los migrantes, en tanto sujetos necesitados, contribuyen a fortalecer las dinámicas de acumulación, crecimiento y desarrollo en los países receptores” (Márquez, 2010: 78): es decir, que la pauperización previa al desplazamiento es una situación necesaria para el aprovechamiento de los migrantes en los lugares de destino. En el caso de las mujeres migrantes, dicho aprovechamiento se produce de modo diferencial debido a su condición genérica.

El empobrecimiento de las poblaciones (Falquet, 2014) aunado a las vivencias de discriminación y violencia doméstica (Herrera, 2015), han motivado la feminización de las migraciones en América Latina en especial a partir de los años 90'. En el marco de la internacionalización de los servicios de reproducción social, las migrantes han venido insertándose en las sociedades de destino en mercados de trabajo que explotan cualidades “típicamente femeninas” como el cuidado, la limpieza, la estética y la sexualidad (Falquet, 2014). El caso de las mujeres afrocolombianas en países como España, Italia y Chile colabora a entender cómo la categoría de raza complejiza estos

recorridos, limitando la inserción laboral hacia los servicios de entretención varonil o de peluquería¹³. En este último punto, propongo abordar la experiencia de las mujeres como trayectorias que se debaten entre la agencia y la subalternidad; es decir, que si bien el peso de los modelos socioeconómicos deja un estrecho margen para la acción, los recorridos migratorios individuales se conforman como estrategias para resistir, escapar o sortear las estructuras sociales.

1.3. La violencia contra las mujeres y su utilidad

Las mujeres afrocolombianas que abandonan Buenaventura, lo hacen con el ánimo de escapar de las estructuras socioeconómicas y políticas que restringen sus deseos de una vida en paz provista de condiciones mínimas para la sobrevivencia. Ellas provienen de contextos de violencia estructural, donde ser mujer negra de clase trabajadora implica, en primera instancia, la vaga garantía de derechos sociales y su dramática reducción en un marco de conflicto armado interno. A través de la información recogida, pude observar que las historias de migración pueden contarse a través de un recorrido por la violencia en distintos ámbitos y que, en dicho recorrido, el género funciona como un eje que ordena de modo diferencial las violencias vividas. Estas violencias tienden a complejizarse y recrudecerse cuando el género se cruza con otras variables de desigualdad como raza, clase, *estatus* migratorio y nacionalidad. La hipótesis de análisis que manejo aquí es la de un *continuum* de violencia (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004), es decir, que lejos de significar un cese en las hostilidades, el tránsito a Chile se traduce más bien en la profundización y diversificación de las agresiones que operan a todo nivel. La violencia contra las mujeres afrocolombianas, agudizada por la guerra y el atropello institucional, servirá como instrumento para su objetificación como cuerpo lacerado, como migrante prescindible, como mano de obra

¹³ En este caso la sexualización se invierte como imaginario de belleza.

sexualizada, o madresposa en cautiverio (a modo de Lagarde, 2005). Esto nos lleva a comprender la violencia como “relación social” (Falquet, 2017) puesto que su infinita diversidad garantiza la prevalencia del modelo de sociedad imperante y de sus jerarquías (de sexo-género, raza, clase, religión, nacionalidad); al tiempo que genera ganancias para quienes la ejercen (trabajo a bajísimo costo, servicios sexuales y de cuidado, labores domésticas no remuneradas, etc.). En este sentido, la violencia contra las mujeres, y en particular contra las mujeres pobres, puede entenderse como una verdadera institución que asegura la continuidad de las desigualdades sociales así como beneficios materiales concretos (56). No hablamos aquí de cualquier sector social, sino de “esa mano de obra a menudo migrante, joven y morena, que intenta ganarse la vida en los intersticios que les deja el desarrollo neoliberal” (Falquet, 2017: 18).

La relevancia y reiteración de las agresiones al interior de determinados espacios de las experiencias aquí recogidas, me llevó a proponer la siguiente ruta de análisis. Por un lado, la violencia política-estatal (Bourgouis, 2001) de la guerra civil y la insostenibilidad social en Buenaventura impulsa a las mujeres a la migración internacional y, más adelante, se profundiza en Chile con un aparato institucional diseñado para garantizar la explotación. Estas dificultades de base nos llevan a un segundo momento donde analizamos las estrechas posibilidades laborales de las mujeres afrocolombianas en Santiago, que tienden a reducirse a los mercados de trabajo feminizado, sexualizado y en creciente racialización (servicios de entretenimiento varonil y salones de belleza); como veremos, estas industrias, se valen de diversos mecanismos para apropiarse del cuerpo y las emociones de las mujeres que son el vehículo inequívoco de sus ganancias. Un tercer punto (no por ello menos importante), remite al análisis de las violencias al interior del mundo doméstico e invita a observar la forma en que las agresiones dentro de la conyugalidad colaboran a precarizar y profundizar las desigualdades estructurales; o bien, a entender cómo las mujeres buscan sortear la desigualdad estructural a través de alianzas conyugales, aunque esto signifique

afrontar otros tipos de violencia¹⁴. La clave de esta ruta de análisis es precisamente evidenciar las continuidades entre distintos niveles de violencia como parte de un mismo entramado que asegura finalmente la subalternidad de las afrocolombianas migrantes.

1.4. Los procesos de identificación

El análisis de los procesos de identificación se plantea como una forma de abordar los posicionamientos que estarían construyendo las mujeres afrocolombianas en medio de recorridos migratorios marcados por la violencia y la precariedad. Este punto sugiere que las identificaciones pueden ser marcadamente compartimentadas puesto que activan o flexibilizan posturas de defensa frente a la matriz de múltiples dominaciones que opera sobre las realidades y corporalidades de las mujeres migrantes. A este respecto, la propuesta que se elabora es la de atender el análisis según espacios de relacionamiento: el espacio público-laboral¹⁵, el espacio familiar y el espacio individual. Se verá que las identificaciones tienden a oscilar entre la búsqueda de la sobrevivencia o el sueño de la emancipación, siendo el espacio público el lugar donde se vuelcan los mayores esfuerzos por luchar, por adaptarse o defenderse; el espacio familiar, un territorio en disputa entre los afectos y la necesidad de recuperar la dimensión individual; y el espacio propio, un lugar donde se busca el sentido, donde se vuelcan los deseos de estabilidad e independencia. Los procesos de identificación que aquí analizamos se encuentran atravesados por la experiencia multi-situada de afrocolombianas en Santiago como mujeres precarizadas, como gente negra, como

¹⁴ La violencia del espacio doméstico ocupa un lugar relevante en el análisis, pues colabora a comprender cómo se vinculan ámbitos que suelen abordarse de modo segmentado (la familia y la sociedad, lo público y lo privado), pero que operan en simbiosis (Falquet, 2017: 55). Abordar las dinámicas violentas dentro del hogar resulta especialmente relevante para las luchas feministas, puesto que permite desenmascarar la noción de lo “privado” y su capacidad de esconder y legitimar el abuso contra las mujeres.

¹⁵ En los casos analizados, el ejercicio laboral coincidía con el espacio público. Hago esta aclaración porque sabemos que muchas mujeres desarrollan su trabajo en los límites de lo privado, como es el caso de los servicios domésticos.

migrantes colombianas, en adición a otros lugares sociales y simbólicos (madres o hijas; empleadas o emprendedoras; proveedoras del hogar o amas de casa). Esta intersección de categorías se revela en una variedad de posicionamientos, lo cual no impide que podamos encontrar continuidades. Es importante reiterar que, no obstante esta intersección, nuevamente el género opera como categoría primigenia (y esto se hace más notorio en el análisis de los posicionamientos dentro del mundo familiar y del espacio individual).

Este apartado se sirve de un abordaje constructivista de las identidades, en particular de las ideas de Stuart Hall (2003, 2010) que puntualizo con el concepto de identificación acuñado por Cooper y Brubaker (2000), y con las ideas de Claudia Briones (2007). Asumimos las identidades como construcciones simbólicas que elaboran los individuos en torno a sí mismos y a su relación frente a diversas situaciones, y que son capaces de ser rastreadas en distintos soportes narrativos puesto que son “producciones” inscritas en el marco de la representación (Hall, 2003). Dichas “producciones” no significan la existencia de una coherencia interna, se desprenden del contacto con redes determinadas (laborales, de parentesco, de amistad), de la adscripción en ciertas categorías sociales (sexo-género, raza, clase, etnia, nacionalidad), y dialogan con las percepciones que “otros” elaboran de uno/a mismo/a (Cooper y Brubaker, 2000). Ahora, si bien esto significa que las identidades son múltiples, flexibles, a veces ambivalentes, también son susceptibles de robustecerse y de motivar prácticas ciertamente sólidas (17). Como observa Briones (2007), los procesos de identificación tienen también materialidad, es decir, que no solo se afinan en discursos sino que orientan acciones específicas. Todo este entramado se sitúa en coordenadas de acción de antemano definidas por las condiciones sociales que delimitan la experiencia de los sujetos. “Los seres humanos construyen sus identidades pero no lo hacen bajo condiciones por ellos y ellas elegidas” (68). En los casos que aquí analizamos, este entendimiento nos permitirá observar cómo se construyen maneras de presentarse, formas de actuar y de definirse que responden no solo a las circunstancias adversas que

se enfrentan en medio de la migración, sino también a los marcos de precariedad que ya operan desde el lugar de origen. Los procesos mediante los cuales se “producen”, se extienden o contraen facetas subjetivas, darán cuenta tanto de las capacidades de sortear los trayectos migratorios como de la complejidad de dichos recorridos.

Como hemos visto, para las mujeres afrocolombianas migrantes en Santiago el mundo exterior se encuentra plagado de obstáculos que remiten a su lugar subalterno dentro de jerarquías sociales y económicas racializadas. Esto hace que la lucha por subsistir esté mediando continuamente las posturas dentro del espacio público, con actitudes desarrolladas especialmente para la sobrevivencia. Algunos de los mecanismos que se ponen en juego serán el desarrollo de posturas beligerantes, el uso estratégico de los esencialismos (Spivak, 1988), o la inversión en clave positiva de las concepciones imputadas “desde arriba” (Viveros, 2002; Zapata y Stecher, 2015). Aunque algunos de estos repertorios no alteran de modo estructural las formas de dominación; sí pueden entenderse dentro de un marco de acciones (e inacciones) dirigidas a garantizar la subsistencia. Estas estrategias permiten alcanzar beneficios concretos (protección de la integridad física y emocional; éxito laboral¹⁶; disminución del peso de la exclusión social, entre otros). Los espacios familiares, por su parte, nos conectan con tensiones y contradicciones en medio de una pugna por recuperar la individualidad; mientras que el espacio propio remite a la búsqueda de una liberación cuyo sustrato descansa en la autonomía económica y –a veces- territorial. Creemos que esto último se relaciona con la noción hegemónica de las mujeres como “seres para los otros” (Lagarde, 1997: 52), por la cual el sentido de la feminidad aparece ligado de manera “natural” a las relaciones de dependencia que garantizan la continuidad del modelo patriarcal¹⁷. Esta diferenciación es crucial en los casos que analizamos puesto que permite entender que se encuentre

¹⁶ Por ejemplo, explotar el estereotipo del “colombiano amable” en los trabajos de servicio al cliente, o invertir la noción de “mujer caliente” en “mujer - ícono de belleza”, añade un valor agregado a los servicios estéticos.

¹⁷ Esta construcción contrasta, a su vez, con la concepción de los hombres como “seres para sí”, seres que son dueños de la razón, de sus propias creaciones y existencia (Lagarde, 1997: 62). De ahí se deriva el reconocimiento social del trabajo masculino y la desvalorización de un trabajo femenino que se piensa secundario (el cuidado de los hijos y los ancianos, las labores domésticas, los servicios sexuales).

validado el hecho de que las mujeres afrocolombianas asuman el cuidado y responsabilidad de sus familiares, y cómo las identificaciones revelan tensiones frente a dichas cargas (económicas, emocionales) que se agudizan en contexto de migración. Estas tensiones, estas luchas silenciosas ocurren, en buena medida, como reacción al presupuesto de que son ellas como madres-esposas-familiares quienes deben ceder sus deseos más profundos debido a los afectos. Los posicionamientos del mundo individual, abren la puerta a los sueños donde los “otros” no existen necesariamente, y donde la independencia económica representa una posibilidad concreta de emancipación.

CAPÍTULO II. DE COLOMBIA HACIA CHILE: LA MIGRACIÓN EN CONTEXTO DE NEOLIBERALISMO

2.1. Afrocolombianos en Buenaventura: entre la desigualdad histórica y la guerra contemporánea

La emigración de población colombiana hacia Chile ha venido teniendo lugar en las últimas dos décadas. Según la Organización Internacional de las Migraciones – OIM (2015), buena parte de este flujo proviene de Buenaventura¹⁸, un distrito y puerto que se ubica sobre el océano Pacífico, donde el 88.5% de la población es afrodescendiente. Se trata de una población históricamente subalternizada desde los procesos de esclavización en la época colonial; hasta el abandono estatal, la pobreza y la crudeza de la guerra en lo contemporáneo. La salida de gente negra desde Buenaventura, constituye un proceso de “migración forzada” (Márquez, 2010) puesto que se encuentra anclada a procesos históricos de desigualdad, que explican la coincidencia de los mapas de violencia y marginalidad con los mapas de vivienda afrodescendiente a lo largo de la costa Pacífico. Ahora, la profundización de estas dinámicas de discriminación estructural, de despojo, violencia y migración forzada en Buenaventura, se produce en el marco de la neoliberalización del país a partir de los años 90. De modo paradójico, esta época coincide con el reconocimiento del multiculturalismo en Colombia y con el accionar de organizaciones negras, que se tradujo en el otorgamiento de derechos étnicos sobre territorios tradicionalmente ocupados por grupos indígenas y afrodescendientes amparados por la Constitución Nacional. Esta presunta generosidad en materia de derechos contrasta, sin embargo, con un nuevo milenio marcado por la privatización, la

¹⁸ Seguido de Buenaventura, OIM (2015) señala otros lugares de proveniencia como Cali, Cartagena, Barranquilla y Bogotá. Algunos de ellos alojan también un número importante de población negra; 26.2%, 36,5%, 13.2% y 1.5% respectivamente.

guerra y el desplazamiento forzado en Buenaventura, en medio del reordenamiento portuario frente a los nuevos mercados globales.

Es posible enmarcar el fenómeno de emigración masiva de población afrocolombiana desde Buenaventura, como una crisis social y étnica desprendida del proceso de neoliberalización que protagonizaron diversos países de América Latina después del Consenso de Washington¹⁹. Dicho giro representó la re-primarización de las economías latinoamericanas con el retorno a un modelo afincado en el extractivismo de corte intensivo, con fines de exportación y con lógicas de intercambio desigual. El ejercicio de este nuevo-extractivismo supone patrones tradicionales de explotación de la naturaleza, ahora caracterizados por un funcionamiento a “gran escala”; así como el despliegue de mega-proyectos de infraestructura determinados por la necesidad de articular los procesos de extracción con los mercados internacionales (Svampa y Viale, 2014: 15 – 36). Este despliegue del modelo neoliberal, ha significado la colonización de nuevos territorios y, con esto, el aumento exponencial de la “acumulación por desposesión” (a modo de Harvey, 2004) sobre zonas de interés productivo y comercial que permanecían débilmente incorporadas a la economía global; del mismo modo, se han agudizado las luchas sociales en reacción al despojo (Svampa y Viale, 2014: 33). Sin embargo, las formas de colonialismo y desterritorialización de la actualidad parecen ciertamente difíciles de rastrear en tanto que combinan los intereses del sector empresarial con los del Estado nacional (15), la militarización y, en algunos casos, la complicidad entre empresas de tipo legal e ilegal cuyos mecanismos de posicionamiento se asientan, de igual forma, en el ejercicio del extractivismo y la violencia.

En función de una mirada productivista y eficientista del territorio, se alienta la desclasificación de otras lógicas de valorización: los territorios son considerados como ‘socialmente vaciables’ y en los casos extremos terminan por convertirse en ‘áreas de sacrificio’ para satisfacer el progreso selectivo. (16)

¹⁹ Lo que Maristella Svampa ha denominado el “consenso de los *commodities*” (2013)

En este contexto, podríamos hablar de grupos humanos cuyo borramiento suele ser interpretado como un costo irrevocable en camino al desarrollo. Individuos y colectividades que son arrojados a la dependencia productiva y la dominación (32). Esto es lo que Saskia Sassen (2014) ha caracterizado como “expulsiones”, es decir, procesos de emigración masiva protagonizados por grupos humanos que han sido desposeídos y desterrados para dar paso a diversos proyectos de desarrollo, lo cual sucede en un contexto donde se marginaliza y aniquila a grandes masas de población, al tiempo que se concentra el capital en pocas manos, de formas antes no vistas (24–27). Así, vemos cómo cada día se amplían las poblaciones que están siendo condenadas a la carencia y precariedad mediante “la expansión de las desigualdades sociales, la segregación regional y la exclusión social” (Márquez, 2010: 72); al tiempo que se reducen los grupos humanos facultados para el goce de privilegios ciudadanos²⁰. La desigualdad y exclusión gatillan la migración forzada de colectividades desprovistas de sus modos de subsistencia, carentes de derechos sociales en sus lugares de origen y propensas a la continuidad de su experiencia en los nuevos lugares de vivienda.

Así, para la población afrocolombiana, la emigración masiva puede entenderse como un fenómeno conectado a los sucesivos procesos de modernización, articulación productiva y territorial de una economía globalizada (Arocha, 1999: 127-128); procesos en los que Buenaventura ha tenido un papel decisivo para la configuración de rutas comerciales. Históricamente, Buenaventura ha sido un asentamiento de gente negra descendiente de poblaciones esclavizadas donde las zonas rurales y urbanas se han mantenido en estrecha relación. Desde fines del siglo xix, se empiezan a conformar estructuras de desigualdad (CNMH, 2015a: 43) asociadas a la incursión de comerciantes foráneos y a los dispositivos de ostento que se instalaron como mecanismos de

²⁰ A este respecto, el cierre de fronteras del Reino Unido después del Brexit y la exclusión de ciudadanos de la Unión Europea, deja ver de qué manera se están estrechando los grupos humanos con derecho a “pertener” y abre la pregunta sobre hacia dónde se están dirigiendo los procesos de segregación.

diferenciación (49)²¹. Durante un lapso de 30 años, el sector público administró el comercio y la actividad portuaria, e incluyó en su funcionamiento a una parte de la población nativa, fortaleciendo el sindicalismo y el surgimiento de élites locales (47 - 48); sin embargo, el desempleo y el escaso acceso a servicios sociales continuaron siendo una dificultad (Arboleda, 2004: 122). Finalmente, son las medidas de apertura económica en camino hacia el neoliberalismo las que detonan la pauperización de las poblaciones negras a principios de los 90’.

Con el nuevo milenio, el corredor Pacífico en Colombia adquirió marcada relevancia en una geopolítica caracterizada por la creciente importancia de Asia, y atrajo intereses contrapuestos sobre territorios afrodescendientes e indígenas alojados sobre dicha frontera (Arboleda, 2004: 128; CNMH, 2015a: 49-76). Así, la relevancia de Buenaventura como puerto estratégico para el comercio mundial, se tradujo en la privatización del manejo portuario y el arribo de élites empresariales. La llegada del capital privado inauguró sucesivos procesos de acumulación por desposesión, marginó del funcionamiento portuario a un importante sector sindical, destruyó los circuitos económicos locales, y acentuó las brechas de estratificación en la ciudad (Valencia, Silva y Moreno, 2016: 9) “La modernización tecnológica y reingeniería administrativa (...) redujo el número de empleos de 10.000 en 1990 a 4.200 en 1996, y [significó] una caída en los salarios mensuales promedio de casi 2 millones (...) a poco menos de 600 mil [pesos colombianos]” (CNMH, 2015a: 52). La precarización del empleo, los despidos masivos, y la captura de las ganancias en manos privadas segregó de tajo a la población local, y desató una crisis social anclada a una desigualdad económica que, a la

²¹ Esto colabora a entender cómo las dinámicas de exaltación de la diferencia socioeconómica habrían sido apropiadas por la población local a través de dispositivos de exhibición del dinero. Estos dispositivos funcionan como elementos visuales y simbólicos que utilizan personas que han migrado para comunicar cierta abundancia económica asociada a la migración; si bien esto se menciona en el Informe del Centro de Memoria Histórica sobre Buenaventura acerca de los llamados “norteños” que migraron hacia Estados Unidos ocultos dentro de los barcos cargueros en los 90’, las observaciones realizadas dentro de esta investigación permiten asociar esta práctica a otros migrantes posteriores (incluidos quienes migran hacia Chile) y a las familias que reciben dinero de estos. Dichas prácticas que pretenden volver visible cierto tipo de abundancia, colaboran a motivar nuevas migraciones.

luz del presente, parece imposible de subsanar. De esta manera, en Buenaventura se entrecruzan dos realidades opuestas; entre el movimiento titánico de mercancías y capitales del puerto, y las economías locales debilitadas por la precariedad, la escasa cualificación, y la violencia.

Según el Índice de Pobreza Multidimensional, más del 60% de la población del casco urbano de Buenaventura vive en situación de pobreza; la informalidad laboral asciende al 94.3%; y el 49.7% de sus habitantes no tiene aseguramiento en salud (CNMH, 2015a: 59). “Las personas (...) más adineradas de la ciudad obtienen 66 veces el ingreso de las personas (...) más pobres” (60). Esto dialoga con la discriminación racial que opera de manera estructural en Colombia (Garavito, Alfonso y Cavelier, 2009), y que se traduce en el precario acceso de colectividades afrodescendientes a los derechos humanos y sociales (por no mencionar los étnicos). A nivel nacional, los más altos índices de pobreza, miseria y hambre coinciden con población afrodescendiente; así como los mayores índices de necesidades básicas insatisfechas y los menores índices de calidad de vida (58 – 60).

En el marco geopolítico actual, Buenaventura se perfila como un punto comercial con potencial de “desarrollarse” a la luz de múltiples proyectos de infraestructura impulsados por empresas de capital transnacional. Dichos proyectos se traslapan con zonas de vivienda afrodescendiente y han venido relacionándose con procesos de despojo y expulsión, re-localizaciones programadas en detrimento de la población local, así como la negación de derechos étnico-territoriales sobre zonas tradicionalmente habitadas por afrocolombianos²² (CIJM y Mundubat, 2015). Así las cosas, en Buenaventura “los planes de desarrollo se elaboran en virtud de los acuerdos

²² Aquí cabe mencionar el proyecto de Sociedad Puerto Industrial de Aguadulce (Spia), impulsado por capital de Filipinas y Singapur, que coincide con el área de influencia de una comunidad afrodescendiente que reclama titulación sobre dicho territorio (Consejo Comunitario Bajo Calima). Según Informe de la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz, y la Organización Mundubat (2015), dicha solicitud de titulación fue negada por el gobierno nacional y posteriormente se vendieron los terrenos afrocolombianos a la empresa que concretará el mega proyecto. (22)

comerciales con la participación activa de las instituciones públicas de terceros países, cuyas empresas son las beneficiarias de los proyectos incluidos en dichos planes”. Dentro de los grupos económicos que han invertido en Buenaventura, se incluyen capitales provenientes de España, China, Suiza, Filipinas y, paradójicamente, Chile (21).

Los movimientos del mercado coinciden con el surgimiento de organizaciones negras y los procesos de identificación étnica en el Pacífico colombiano. Así, con el reconocimiento del Estado multicultural en 1991 y de la Ley 70 de 1993 que ordena los derechos territoriales de poblaciones afrodescendientes, se fortalecen los procesos organizativos sobre el Pacífico sur y Buenaventura. El despliegue del movimiento dio paso a la configuración masiva de Consejos Comunitarios como formas de organización territorial de comunidades negras que reclamaron títulos colectivos sobre tierras ocupadas históricamente. Entre 1997 y 2002, se otorgan títulos legales sobre 5 millones de hectáreas a lo largo del Pacífico costero, y 380.000 dentro del municipio de Buenaventura (más de la mitad de su extensión total). Sin embargo, el inicio de las titulaciones colectivas que parecía representar un avance en el reconocimiento de la gente negra, coincide con la agudización del conflicto armado en la región del Pacífico (Oslender, 2004) que, aunada a la persecución y asesinato de líderes y lideresas, eliminó de entrada la posibilidad de ejercer soberanía sobre los territorios recién titulados. A nivel nacional, el operar de los grupos armados más violentos²³ coincide con los intereses privados y el desarrollo de mega proyectos sobre esta zona periférica habitada en su mayoría por poblaciones negras. De esta manera, se articulan los derechos diferenciales en clave étnica con el aniquilamiento y la desposesión de poblaciones amparadas por dichos derechos.

(...) las comunidades son cooptadas o, más frecuentemente, amenazadas y desplazadas. Grupos paramilitares vacían los terrenos y los preparan así para la intervención del capital. Es esta la lógica de la ‘gran pesadilla neoliberal’: la destrucción y limpieza de

²³ Las fuerzas paramilitares de antaño conocidas como Autodefensas Unidas de Colombia - AUC, y las Bandas Criminales –Bacrim que les sucedieron luego del proceso de desmovilización (2003 – 2006).

futuras zonas de intervención para el capital sediento de nuevas esferas de explotación y apropiación, a cargo de agentes estatales y extra-estatales. (37)

En la década de los 80, la guerrilla de las FARC²⁴ empezó a hacer presencia en Buenaventura ocupando, de este modo, una zona que hasta entonces se había mantenido al margen del conflicto armado. Pero será en el nuevo milenio, con la llegada de grupos paramilitares, cuando se agudicen y deterioren los repertorios de violencia²⁵. Esta incursión paramilitar se ha explicado como parte de una estrategia para el combate de grupos guerrilleros, así como por la expansión del control armado sobre zonas provechosas para el narcotráfico; sin embargo, otra vertiente asocia la presencia de grupos paramilitares con la incursión de grandes empresarios de tipo legal e ilegal que aparecen con la privatización del puerto (Valencia et al. 2016: 11). Solo entre 1995 y 2013, se produjeron 26 masacres entre zonas rurales y urbanas de Buenaventura (CNMH, 2015a: 229 – 230); para 2014 se habían desplazado forzosamente 166.704 personas (es decir, el 42% de la población) (NRC, 2014: 6); y al menos 10 de 12 comunas de la zona urbana se encontraban controladas por algún actor armado (Valencia et al. 2016: 12). Por lo demás, “altos índices de pobreza, desempleo, marginalidad y debilidad institucional, y la movilidad continua de capitales públicos y privados” convirtieron la ciudad en un espacio ideal para el narcotráfico y otras actividades ilegales donde la población local ha empezado a insertarse (15).

Como se ha documentado ampliamente, la violencia y el conflicto armado contemporáneo en Colombia se han articulado al modelo de desarrollo predominante mostrando que el aniquilamiento, la desposesión y expulsión de poblaciones campesinas, indígenas y afrodescendientes de las zonas rurales resulta provechoso para la reestructuración agraria desigual, la instalación de proyectos productivos de gran escala, y el control de rutas comerciales (CNMH, 2015b). A este respecto, Buenaventura

²⁴ Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

²⁵ Según el Centro de Memoria Histórica [CNMH] (2015a: 219), en el periodo de hegemonía de las FARC (1990-1999) las tasas de violencia fueron relativamente bajas, mientras que la presencia paramilitar provocó una escalada sin precedentes en la violencia a partir del año 2000.

se ha venido configurando como un municipio receptor y expulsor en la medida en que no solo expulsa población hacia otros municipios (o países), sino que los procesos de violencia y despojo de otras zonas del país (y del Pacífico colombiano en particular) han derivado en la llegada de población desplazada a Buenaventura; a su vez, se produce un desplazamiento intra-municipal entre zonas rurales y urbanas; y finalmente, un desplazamiento intra-urbano de personas que se mueven entre distintos barrios buscando mejores condiciones seguridad²⁶ (CNMH, 2015a: 234).

Aquí conviene diferenciar el concepto de “desplazamiento forzado”²⁷ con el de “migración forzada” descritos en este apartado. El desplazamiento tiene una dimensión nacional y significa el abandono de un territorio debido a la acción intencionada de distintos actores, o bien, como consecuencia del hostigamiento de grupos armados, ambas dinámicas atinentes a la guerra contemporánea en Colombia (234); por otro lado, la migración forzada nos invita a pensar la forma estructural y práctica en que se ordena la economía y política neoliberal tanto en los lugares de origen como en los de destino, y cómo la exclusión y cancelación de derechos de ciertas poblaciones deriva en flujos migratorios que, en este contexto, no son del todo voluntarios y que, a su vez, son funcionales para el modelo de desarrollo instalado (Márquez, 2010). En este sentido, el desplazamiento forzado podría considerarse como dispositivo que se articula a los repertorios prácticos de la migración forzada; pero un migrante forzado no necesariamente se puede asumir como desplazado²⁸.

²⁶ Algunas de las mujeres participantes de este estudio, vivieron una o varias de estas formas de desplazamiento previo a su llegada a Chile.

²⁷ El desplazamiento forzado puede ser definido como el desalojo “de población civil de sus tierras y territorios (...) producto de acciones *intencionales* de actores armados, económicos y/o políticos –legales e ilegales– para tomar control o posesión de zonas estratégicas desde el punto de vista de sus intereses privados, o [como] resultado *colateral* de los enfrentamientos o la violencia perpetrada por grupos armados en zonas específicas”. (CNMH, 2015a: 234) [cursivas en el original]

²⁸ Como ejemplo práctico enmarcado dentro de este estudio, una persona desplazada forzadamente de Buenaventura (como consecuencia de una masacre, por ejemplo; o por un desalojo anclado a proyectos de infraestructura) puede considerarse, a su vez, un migrante forzado. Sin embargo, una persona que emigró de Buenaventura debido al precario acceso a la educación, las deudas y la incapacidad de conseguir estabilidad laboral puede considerarse como migrante forzado más no como desplazado.

Actualmente, hay casi 50 Consejos Comunitarios entre la zona rural y urbana de Buenaventura y organizaciones negras²⁹ que continúan resistiendo frente a la avanzada de los mega proyectos, la violencia, el desplazamiento y el despojo de los afrodescendientes. El paro cívico en Buenaventura a mediados de 2017 es una muestra reciente de este ejercicio mediante el cual miles de colombianos negros interpelaron al gobierno nacional por el abandono, la guerra y la precariedad al tiempo que se movilizan 2 mil millones de dólares en exportaciones anuales a través del puerto³⁰. Los procesos de desplazamiento y exterminio de población afrodescendiente en Colombia, toman especial importancia en un escenario de post-conflicto caracterizado por el fin de la guerra con las FARC, donde comienzan a reconfigurarse las hegemonías armadas sobre territorios donde esta guerrilla ha retrocedido. Entre enero de 2016 y marzo de 2017, fueron asesinados más de 156 líderes sociales y defensores de los Derechos Humanos en Colombia, en especial pertenecientes a grupos afrodescendientes y campesinos³¹. De esta manera, las lógicas de la guerra continúan vigentes.

2.2. Nuevas discriminaciones, racismo y explotación: inmigrantes negros y colombianos en Chile

En el nuevo milenio, se produce un despliegue de la emigración desde Colombia hacia otros países, ahora caracterizada por los nuevos lugares de destino dentro de América Latina; la alta feminización de estos flujos; y el especial desplazamiento de hombres y mujeres afrodescendientes desde zonas fronterizas del Pacífico (Echeverri, 2016: 92). Al tiempo que las poblaciones afrocolombianas empezaban a emigrar

²⁹ Entre ellas, la organización de mayor envergadura es el Proceso de Comunidades Negras – PCN que congrega 120 organizaciones de base de distintas partes del país. Con algunos de sus líderes y lideresas se entabló diálogo para efectos de este estudio.

³⁰ Al respecto, ver: <https://www.las2orillas.co/los-multimillonarios-duenos-del-puerto-de-buenaventura/>

³¹ Al respecto, ver: <http://www.codhes.org/index.php/14-articulos-de-opinion/224-informe-156-lideres-y-defensores-de-ddhh-asesinados-defensoria?templateStyle=8>

forzadamente de forma masiva, Chile alcanzaba índices de crecimiento económico sostenido que consolidaban al país como una de las economías más estables de la región (Stefoni, 2011: 21). En medio de este escenario, y como consecuencia del proceso de neoliberalización que desregularizó el mercado laboral, se abrieron grietas de precarización por donde empezaron a insertarse trabajadores migrantes en términos desiguales (Stefoni, 2008: 94-95). A mediados de los años 90, se produce un incremento del fenómeno de la inmigración; “estos flujos (...) se caracterizan (...) por estar compuestos por una mayoría de ciudadanos de países sudamericanos -muchos de los cuales son mujeres-, una fuerte concentración en Santiago de Chile y una inserción laboral precaria y segmentada en el mercado del trabajo” (Stefoni, 2011: 15). En el último periodo, se hace notoria la presencia de población negra proveniente de países como Haití, Colombia y República Dominicana, quienes experimentan procesos de estigmatización racial (Valle, 2014; Tijoux, 2014; Tijoux y Díaz Letelier, 2014; Liberona, 2015; Correa, 2016) dentro de una sociedad caracterizada por el blanqueamiento ideológico. En medio de este escenario, Santiago de Chile se ha configurado como un espacio de convergencia de distintas diásporas negras que despiertan reacciones oscilantes entre el rechazo y la exotización.

Distintas variables han sido abordadas para explicar cómo empezó a configurarse la ruta Colombia – Chile dentro de los mapas de migración. La prensa y los reportajes televisivos han hablado de una especie de “sueño chileno”³², traducido en cierto espejismo de prosperidad que lleva a los colombianos, y en particular a los afrocolombianos, a emprender un viaje sin muchas garantías. Por un lado, la crisis económica en Estados Unidos y España (destinos tradicionalmente predilectos), y el paulatino cierre de estas fronteras mediante controles cada vez más estrictos, empiezan a generar un giro en la tendencia de migración sur-norte que venía presentándose en un periodo anterior, para abrirse hacia países como Argentina, Brasil, y Chile; o territorios

³² Al respecto ver reportaje periodístico de Santiago Cárdenas para El Colombiano en: <http://www.elcolombiano.com/colombianos-en-chile>

vecinos como Ecuador (Echeverri, 2016: 92). Por otro lado, el crecimiento económico de Chile en la época reciente ha sido señalado como una determinante de la inmigración contemporánea desde países con menor estabilidad financiera -como es el caso de Colombia- (Stefoni, 2011; Solimano et al., 2012; Solimano, 2003). A su vez, otras variables significativas parecen ser los procesos de cambio demográfico tendientes al envejecimiento en Chile y la configuración de un mercado laboral con vacíos provechosos para la inserción de poblaciones foráneas (Solimano et al., 2012). Para el caso de migrantes colombianos, los menores índices de pobreza y desempleo, y los mayores niveles de seguridad en Chile (sobre todo para poblaciones provenientes de contextos violentos como Buenaventura), se pueden considerar de especial relevancia.

La propuesta de Sassen (1993) de considerar la inversión extranjera como una variable importante al momento de configurar rutas migratorias, también colabora a entender cómo Chile se fue conformando como un destino idealizado³³ desprendido de una imagen suya asociada al “desarrollo”. “La combinación de la pobreza, el desempleo, con la creación de vínculos objetivos e ideológicos probablemente actúa como un factor propulsor de la emigración”, señala Sassen; en este sentido, cabe preguntarse “¿qué clase de políticas militares, políticas y económicas [de los países] en el extranjero tienen el potencial, junto con el desempleo o subempleo y la pobreza, para crear una situación que induce a la emigración?” (27). En los 90’, Chile empieza a invertir en otros países suramericanos, como parte de un fenómeno de expansión internacional del empresariado inédito en la historia económica local (Ruíz y Boccardo, 2015: 94 - 99). Por medio de esta propagación, “empresas chilenas, y otras extranjeras con asiento en el país, [inician] una agresiva política de adquisiciones o directamente su expansión en la mayoría de países de la región”. A partir de 1996, se generan las primeras inversiones de capital chileno en Colombia principalmente enfocadas en el

³³ El diálogo con distintas mujeres inmigrantes establecido en el marco de este trabajo, reveló que aún cuando habían logrado entrar a otros países de la región (Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina), era Chile el lugar al que aspiraban llegar incluso después de haberseles prohibido el ingreso en varias oportunidades. Ellas estaban convencidas de que en Chile esperaba un futuro mucho más próspero que en otros países.

sector energético³⁴, que en adelante continuarán multiplicándose y diversificándose hasta convertirse Colombia en uno de los principales destinos de inversión para el empresariado chileno. Entre el año 2000 y 2016, Chile invirtió alrededor de \$5.597 millones de dólares en Colombia, configurándose de este modo en el primer inversor suramericano en el país y el séptimo a nivel mundial con alrededor de 100 empresas chilenas operando en el mercado colombiano³⁵. No parece descabellado entonces suponer que la inversión chilena en Colombia empieza a configurar, desde fines de los 90', un imaginario de Chile como lugar de “progreso” que, aunado a los procesos de empobrecimiento y violencia, gatillaron la configuración de flujos migratorios entre ambos países. Así, los discursos derivados de los medios de comunicación; las alocuciones políticas ensalzando las prácticas económicas de Chile; y por supuesto, los paisajes citadinos intervenidos por el gigantismo de las tiendas de *retail*, los bancos y farmacias chilenas, se convierten en soportes materiales y simbólicos a través de los cuales se transporta y se negocia una imagen chilena mitificada.

La expansión del empresariado chileno sobre los mercados de Colombia y Brasil, ha hecho que “por primera vez, la mayoría de los ingresos de las empresas chilenas provengan más del extranjero que del mercado interno” aún cuando este último no ha dejado de crecer (96). Así las cosas, al tiempo que continúan abriéndose nuevas cadenas chilenas en Colombia y se estrechan los vínculos comerciales en el marco de la Alianza del Pacífico; prevalecen las dinámicas de exclusión y violencia en Buenaventura (puerto estratégico de dicha Alianza), que luego se amplían y profundizan cuando los afrocolombianos se convierten en inmigrantes dentro de Chile.

Sobre 1997 empiezan a arribar los primeros colombianos a territorio chileno y en poco más de diez años ya superaban las catorce mil personas (Lufin y Silva, 2013: 2).

³⁴ Ver Informe del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile - Departamento de Inversiones en el Exterior (2016): https://www.direcon.gob.cl/wp-content/uploads/2016/06/001_Presencia-ID-CI-en-mundo-1990-dic2015.pdf

³⁵ Al respecto, ver: <http://www.america-retail.com/colombia/colombia-retail-chileno-consolida-sus-operaciones-en-el-mercado-local/>

No existe precisión acerca de cuántos pobladores afrocolombianos se encuentran en Chile; además de las cifras oficiales, algunos se ven obligado a ingresar de forma irregular debido a la severidad de controles fronterizos a menudo discriminadores y cobijados por una ley migratoria ambigua (Liberona, 2015). Según estudio de OIM (2015), los migrantes afrocolombianos se insertan como trabajadores de baja calificación con remuneración escasa; los hombres se ocupan en el sector minero y de construcción; mientras que las mujeres trabajan en el servicio doméstico o atendiendo pequeños negocios como salones de belleza, bares y restaurantes.

Si bien, el estudio de los procesos sociales de afrocolombianos en Chile es un campo reciente con muchos resquicios por explorar; una serie de investigaciones cualitativas han colaborado en caracterizar la presencia afrodescendiente en el país, denotando ciertas problemáticas en las experiencias de inserción como el trabajo precarizado y de baja remuneración, la explotación laboral, la crisis de vivienda, la condena a la ilegalidad migratoria, entre otros. Sin embargo, y aquí se incluye un buen número de publicaciones, los fenómenos de racialización y exclusión en clave de raza, atravesarían estructuralmente estas dimensiones. Tijoux (2014) y un variado equipo de investigadores han colaborado en perfilar el racismo chileno frente a las poblaciones negras en general; la discriminación racial en Chile (afirma Tijoux) se haría palpable en los prejuicios que resultan funcionales para la explotación laboral, así como en la asociación de lo negro con lo exótico que deviene en su sexualización y cosificación³⁶. Parece claro que en lugares donde se ha hecho más visible la presencia negra, como el caso de Santiago o de ciudades al norte del país como Iquique y Antofagasta, estarían en curso procesos de estigmatización y racialización (Tijoux y Palominos, 2015; Tijoux, 2014; Stefoni, 2014; Palominos, 2016; Gutiérrez, 2016; Carrillo, 2016; Valle, 2014), notorios en aspectos prácticos como la discriminación escolar (Stefoni y Riedemann,

³⁶ Este abordaje se hace extensivo a distintos ámbitos, como racismo y políticas culturales (Palominos, 2016); estereotipos sexo-genéricos (Belliard, 2015); seguridad ciudadana y racismo de Estado (Gutiérrez, 2016); o *guetización* (Jiménez, 2016).

2015; Carrillo, 2016); y la condena diferenciada al hacinamiento y la tugurización en materia de vivienda (Contreras, Ala-Louko y Labbé, 2015).

Para el caso específico de los afrocolombianos, Stefoni y Stang (2016) abordan la relación entre racialización y criminalización en Antofagasta, y detallan cómo se construye una noción de "colombiano" equiparable a una visión estereotipada de sujeto negro y criminal que es necesario expulsar. Liberona (2015), por su parte, explora cómo se articulan prácticas racistas en los controles fronterizos regulados por funcionarios de la Policía de Investigaciones de Chile (PDI) que, bajo el principio de discrecionalidad, prohíben la entrada de inmigrantes (en especial colombianos negros) alimentando, de este modo, las redes de tráfico y de ilegalidad. Sanabria (2011) elabora un diagnóstico sobre las condiciones sociales, laborales, y humanas de afrocolombianas en Antofagasta y revela procesos de explotación laboral, vulnerabilidad social, y discursos discriminadores. Contreras et al. (2015), muestran cómo los mecanismos de discriminación se agudizan en el caso de los migrantes negros colombianos, comúnmente asociados al narcotráfico y la prostitución, y cómo esto deviene en la imposibilidad de acceder a una vivienda digna. Por otra parte, Echeverri (2016) hace especial hincapié en los afrodescendientes que provienen de contextos de guerra sobre el Pacífico colombiano, y la forma como se perpetúan las vulneraciones sobre esta población en territorio chileno; a este respecto, llama la atención sobre la negación masiva del *estatus* de refugio siendo los colombianos los principales solicitantes de asilo en el país³⁷.

Varios autores han insistido en la herencia colonial (Tijoux, 2014) y republicana (Pavez, 2016b; Cano, Soffia y Martínez, 2009) que deviene en un imaginario chileno caracterizado por el rechazo y la exclusión de ciertos sujetos racializados como los grupos indígenas del territorio nacional; las colectividades peruanas o bolivianas (Guizardi y Grimson, 2015); y más recientemente, los inmigrantes negros. Las políticas

³⁷ 84% del total de solicitantes a 2014.

de blanqueamiento de la raza chilena a través del impulso de la inmigración europea en el siglo xix (Cano et al., 2009), aunadas a la construcción de un imaginario nacional enmarcado en las gestas colonizadoras sobre los territorios del norte (para el caso de la Guerra del Pacífico) y las tierras mapuches del sur (en la “Pacificación” de la Araucanía), colaboran a entender la conformación histórica de un Estado-nación excluyente que barbariza a quienes debe dominar (Guizardi y Grimson, 2015). Por lo demás, los discursos de sectores intelectuales en Chile a lo largo del siglo xx, colaboraron a construir una cierta “negrofobia” que es posible rastrear en las relaciones interculturales de hoy (Pavez, 2016b). Ahora, estas configuraciones que subalternizan y racializan a otros, se actualizan en los nuevos marcos de disparidad socioeconómica que atraviesan las sociedades contemporáneas en Chile, y esto es algo que Pavez (2016a) y Stefoni (2014) han querido notar en sus trabajos sobre estereotipos de afrocolombianas y afrocolombianos en ciudades como Antofagasta, donde el modelo de desarrollo minero ha tejido sistemas de privilegio a los cuales la población local accede de forma extremadamente desigual.

Y es que, en definitiva, la subalternización de ciertos sujetos sociales y no otros, responde a dinámicas de dominación que resultan funcionales para el operar de sociedades desiguales, cuyas jerarquías fuesen construidas desde la época colonial. Desde esta perspectiva, la discriminación racial que atraviesa la experiencia de los sujetos negros en Chile, se articula de forma práctica y simbólica a la subordinación de esta colectividad; a decir de González Casanova “el racismo y la segregación racial son esenciales a la explotación colonial de unos pueblos por otros, e influyen en toda la configuración del desarrollo y la cultura colonial” (2006: 195). En el caso de los afrodescendientes, vale la pena notar la continuidad de estas dinámicas coloniales en el funcionamiento de sociedades latinoamericanas donde la mayoría de grupos étnicos continúan expuestos a la exclusión estructural; en este contexto, los procesos de migración forzada constituyen nuevos tránsitos de subalternidad que acentúan los procesos de precarización de estas poblaciones.

Después de todo, los imaginarios y representaciones sociales que se elaboran en torno a los sujetos, influyen en el tipo de trayectoria que se entabla al migrar (Stefoni, 2008). En este punto, es necesario tener en cuenta las intersecciones entre diversas categorías sociales para entender la entera complejidad de los procesos de inserción. En términos generales, las categorías de clase, raza, y género se cruzan dando paso a una matriz de diferenciación que interviene en la manera en que los migrantes construyen sus recorridos dentro de los países receptores.

(...) distintas formas de estratificación social -clase, género, raza, etnia- [se] intersectan y generan condiciones materiales, oportunidades y experiencias específicas a la ubicación social de los individuos dentro de estas categorías. Es así como mujeres y hombres de distintas clases sociales y grupos étnicos o raciales, enfrentan oportunidades y niveles de acceso desiguales a beneficios sociales (Mora, 2008: 131)

En el caso de Chile, Stefoni (2008) advierte que las categorías sociales colaboran en la construcción de estereotipos que influyen en el modo como se insertan laboralmente los distintos grupos migrantes; en la comprensión de las migraciones habría que ponderar, asimismo, la nacionalidad como dispositivo simbólico significativo. Según Stefoni, en las clases altas la variable de nacionalidad no tendría tanta injerencia al momento de diferenciar entre individuos migrantes; mientras que en las clases bajas, este elemento es decisor y colabora a generar valoraciones positivas o negativas sobre distintas colectividades. La manera diferenciada en que se inserta laboralmente una mujer argentina, blanca y de clase alta, frente a una mujer peruana de clase baja, ayuda a comprender estos juegos de representaciones (100). Así, en el caso de afrocolombianos que migran desde un contexto como el de Buenaventura; podríamos sugerir que no solo los rasgos fenotípicos asociados a la negritud, sino también el género, la precariedad económica, y una nacionalidad estigmatizada, colaboran a determinar la manera en que estas personas re-construyen su vida en Chile.

Las vivencias de afrocolombianos en Chile que aparecen así mediadas por el rechazo o la exotización, no están desconectadas de los procesos estructurales de economía y política, donde los dispositivos coloniales de diferenciación y, en especial, de subalternización de ciertos grupos humanos han operado de forma intrínseca con los modos de acumulación de capital (Grosfoguel, 2007: 57). Así, en el contexto mundial, la población migrante trabajadora se perfila como mano de obra barata que se inserta en circuitos cada vez más precarizados, informales y flexibles (Benencia, Herrera y Levine, 2012). Es así como “los migrantes contribuyen a fortalecer las dinámicas de acumulación, crecimiento y desarrollo en países receptores” (Márquez, 2010: 79). Como denota Stefoni (2016), Chile no estaría ajeno a estas dinámicas de aprovechamiento de los flujos migratorios, y en medio de este escenario el creciente fenómeno de tercerización laboral podría estar atizando las condiciones de vulnerabilidad de los trabajadores foráneos (71). Así las cosas, los Estados receptores como Chile, se benefician del acceso a mano de obra de bajo costo, desprovista de garantías sociales; y los Estados expulsores, como Colombia, se liberan de su obligación de cobijar los derechos de estas poblaciones y, a su vez, se benefician de la recepción de remesas³⁸.

En medio de este contexto, los dispositivos simbólicos de estigmatización que operan en Chile hacia los grupos migrantes, y en particular hacia los inmigrantes afrocolombianos, son funcionales frente a los procesos de inserción laboral precaria y explotada que no son novedad en los procesos migratorios a nivel global. A decir de Glick (2009), “los discursos nacionales de exclusión –que retratan a los migrantes como gente sin cualificación, amenazantes, e invasores disruptivos-, que pululan desenfrenados en distintos países alrededor del mundo, desde Singapur hasta Italia, contribuyen al régimen laboral del modelo neoliberal” (26) [*traducción propia*] Esta exclusión no es solo discursiva, sino que opera con repertorios prácticos que generan discriminación y dependencia estructural palpables, por no ir más allá, en la política

³⁸ Como presenta Márquez (2010), “la migración forzada también puede ser vista como un proceso de exportación de fuerza de trabajo impulsado subrepticamente por el Estado neoliberal” (76).

migratoria nacional. Así los visados de trabajo que se otorgan a población migrante en Chile obligan a permanecer con el mismo empleador por un periodo de dos años, impidiendo a los trabajadores cambiar de empleo. Durante años, esto ha suscitado relaciones de abuso y explotación de los empleadores hacia los empleados migrantes, y ha sido una de las causas de la irregularidad migratoria. Esta dinámica contribuye a que los trabajadores migrantes se mantengan “en [empleos] de baja calificación, con bajos sueldos, escasa protección social y mínimos derechos” (Stefoni, 2008: 93). El proyecto de nueva ley migratoria que posiblemente entraría a regir en 2018, no supera esta mirada instrumental de los migrantes cuya presencia solo parece permitida como contribución al “desarrollo”; por otro lado, se profundiza el enfoque de la seguridad nacional sobre asuntos concernientes a la población migrante³⁹.

Así las cosas, la vivencia de afrocolombianos en Chile dista de las imágenes utópicas que sugería el “sueño chileno”, y más bien colabora a profundizar la experiencia de subalternidad y discriminación estructural de la que provenían. La inmigración colombiana en Chile se corresponde, a su vez, con las dinámicas económicas y políticas que operan en lo contemporáneo; de este modo, las expulsiones territoriales desde lugares geográficos que se integran al mercado, liberan poblaciones precarizadas que migran forzosamente y colaboran con las dinámicas de acumulación económica en los lugares de destino. Los procesos de racialización y estigmatización que devienen de las conformaciones sociales heredadas de la Colonia, se articulan de modo funcional a las relaciones de dominación donde la población inmigrante precarizada (y en particular la afrodescendiente), ocupa lugares subordinados. Todo esto ocurre en un marco de alusión a los derechos humanos y diferenciales de poblaciones étnicas y migrantes entre ambos países.

³⁹ Al respecto ver artículo de Fernanda Stang sobre proyecto de nueva ley de migraciones: <http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2017/08/27/proyecto-de-ley-de-migraciones-la-modernizacion-reaccionaria/>

2.3. Mujeres migrantes: agencia y subalternidad

Desde los años noventa, la participación de mujeres latinoamericanas en los movimientos migratorios internacionales ha venido incrementándose decisivamente (Herrera, 2005: 282). Los flujos que solían ser protagonizados, en su mayoría, por varones, empiezan a ser equiparados numéricamente por las mujeres en el nuevo siglo (Acosta, 2011: 195), y esto es algo que se produce tanto en las migraciones con dirección norte como en los movimientos sur-sur. Las mujeres latinoamericanas empiezan a migrar a otros países ocupando diferentes roles; como acompañantes de sus cónyuges; como trabajadoras independientes y pioneras del proyecto migratorio; o bien, como cuidadoras de la familia que ha migrado (el caso de las abuelas) (Herrera, 2012: 40). Estos recientes flujos han tendido a explicarse por el dismantelamiento de los Estados de bienestar y la instalación de políticas neoliberales que han colaborado con la crisis y el empobrecimiento de las poblaciones del sur global, al tiempo que los países ricos enfrentan la crisis de los cuidados, requiriendo mano de obra “especialmente femenina” para cubrirlos (41). Los estudios desde América Latina han colaborado a comprender que el despliegue de la emigración femenina ha estado ligado, asimismo, a la necesidad de muchas mujeres de escapar frente a diversos tipos de discriminación por etnia, género u orientación sexual en las zonas de origen (40).

En los lugares de destino, las mujeres migrantes han tendido a insertarse en el trabajo doméstico, de limpieza; o el cuidado de niños y ancianos. De este modo, “las actividades relacionadas con la reproducción de la fuerza de trabajo, la socialización y el cuidado están cada vez más, en muchos lugares del planeta, a cargo de mujeres migrantes” (Herrera, 2005: 282). Este fenómeno ha sido entendido como la cara transnacional de la división sexual del trabajo, donde las mujeres continúan subsidiando la economía capitalista a través de labores precarizadas (y también gratuitas) de reproducción social (Herrera, 2012: 41). Pero en los nuevos modelos de “mujer global”,

no solo se perfilan las niñeras y las criadas, sino también las trabajadoras del sexo (Falquet, 2014); estas ocupaciones harían parte de un mismo abanico de “servicios de proximidad, de la vida cotidiana o de contacto” (Hurtado, 2009: 139) que empiezan a conformar un nicho “propiamente femenino” en el mercado del trabajo contemporáneo donde ya no son las mujeres de provincia sino más bien las migrantes internacionales empobrecidas quienes suplen dichos servicios. El acceso a estos sectores laborales se relaciona con un camino de subalternidad de las mujeres, que ya antes de migrar se empleaban en actividades desvalorizadas y en condiciones precarias profundizadas por el modelo neoliberal (Falquet, 2014: 142).

La inserción de las mujeres migrantes en los mercados del trabajo debe entenderse por la intersección de distintas variables de sentido. Para Falquet, el rol del cuidado, por ejemplo, ha echado mano de “cualidades típicamente femeninas” que exacerbaban los niveles de explotación en trabajos donde se pondera la docilidad o implicación emocional de las mujeres. Estas nociones de lo femenino se entrecruzan con los imaginarios de raza y nacionalidad, como lo hace notar Claudia Mora (2008) en el caso de migrantes peruanas en Chile que han venido empleándose como trabajadoras domésticas de modo creciente, en buena medida debido a cierta asociación simbólica de las peruanas racializadas con “cualidades” como la sumisión. Esto contrasta con el caso de afrocolombianas en Iquique que analiza Mónica Amador (2010), donde el trabajo sexual frecuentemente aparece como horizonte debido a una gran dificultad de acceder a otros sectores laborales, incluido el trabajo de cuidado donde las peruanas tienden insertarse con mayor facilidad. Para Amador, esto puede deberse a la construcción de estereotipos nacionalizados donde las mujeres peruanas son leídas como empleadas domésticas obedientes, mientras que las colombianas negras son sexualizadas y asociadas a la prostitución (98). De este modo,

El género (...) [reproduce] la desigualdad social en la sociedad receptora, ya que ciertos grupos de inmigrantes son elegidos precisamente debido a la percepción de sus

características de género para trabajos de baja calificación y remuneración, que son entendidos como extensión de capacidades naturales de las mujeres. (Mora, 2008: 7).

Además de la mirada economicista, el estudio de la emigración de mujeres en América Latina ha tendido a mostrar que el abandono de los lugares de origen se ha producido también como estrategia calculada para escapar de conflictos familiares, violencia doméstica, o discriminación (Herrera, 2012: 40). Por otro lado, y aún en medio de marcos de inserción desiguales y estereotipados, las mujeres migrantes racializadas utilizan los esencialismos a su favor logrando capitalizar las “diferencias” y generar redes de apoyo a otras mujeres o a sus familias en los países de origen (Hurtado, 2009: 156). Como sabemos, estas experiencias se sitúan en contextos sociales adversos que, si no estuviesen atravesados por la violencia y la exclusión, de seguro serían recorridos de modo distinto; sin embargo, vale la pena matizar las vivencias de las mujeres migrantes que aquí nos atañen, iluminando los terrenos de agencia donde se interpela el funcionamiento estructural de la sociedad.

En el marco de la desigualdad y la discriminación estructural que atraviesan los afrodescendientes en Buenaventura, las mujeres se ubican en los espacios de mayor subalternidad (PCN; 2012); según datos del Censo de 2005, las afrocolombianas enfrentan mayores índices de desempleo (20.4%) en comparación con los hombres afrocolombianos (12.6%) y con las mujeres mestizas del país (17.6%); asimismo, son más numerosos los hogares de jefatura femenina en familias afrodescendientes y estos reciben ingresos un 6% por debajo de los hogares con jefatura masculina. Las mujeres negras de Colombia reportan tasas más altas de analfabetismo que las mujeres blancas, y solo un 13.5% accede a la educación superior; las organizaciones sociales reportan altos niveles de informalidad laboral en zonas de mayoría afrodescendiente como Buenaventura, donde las niñas empiezan a prostituirse a temprana edad con el fin de obtener ingresos (14). Por otro lado, en un contexto de conflicto armado donde grupos

neo paramilitares⁴⁰ ejercen control sobre el territorio local, “las mujeres se han convertido en blanco de agresiones, principalmente a través de desplazamiento forzado y violencia sexual, utilizada como una estrategia de conflicto para desestabilizar y controlar la población” (NRC, 2014: 17).

Este contexto de hostilidad que parece profundizarse en la experiencia de las mujeres negras, explica en buena medida cómo en los años 90’, en medio del recrudecimiento de la guerra en Buenaventura, las afrocolombianas empiezan a liderar procesos de emigración internacional configurando nuevas rutas hacia España e Italia⁴¹ (Hurtado, 2009) y, más adelante, hacia Chile (Echeverri, 2016). Se trata de mujeres jóvenes que viajan solas buscando insertarse en los mercados laborales; que privilegian rutas migratorias relativamente más seguras que las de sus compañeros varones; algunas de ellas son madres que dejan sus hijos al cuidado de otras personas (generalmente otras mujeres de la familia); en los lugares de destino trabajan de modo incesante y envían remesas económicas a su lugar de origen (95).

Las investigaciones de Teodora Hurtado sobre afrocolombianas de Buenaventura residentes en España e Italia; y algunos estudios de mujeres negras de Colombia en Chile (Sanabria, 2011; Pavez, 2016a y 2016b; Amador, 2009 y 2010), muestran una relación recurrente entre la racialización y la hipersexualización de estas mujeres en los lugares de destino migratorio, “una feminidad negra y libidinal de la cual sólo se conocen sus efectos sobre la masculinidad, efectos que producen temor y también violencia” (Pavez, 2016a: 26). Esta sexualización no se encuentra desconectada de los procesos de subalternización que recorren los llamados “sujetos étnicos” en las sociedades postcoloniales de América Latina; sino que más bien, se articula de modo funcional a las estructuras de dominación. Según Peter Wade,

⁴⁰ Estos grupos resultaron de la disgregación de las fuerzas paramilitares originales.

⁴¹ Esta primera oleada se produce en un momento de auge de la emigración de hombres jóvenes hacia Estados Unidos a través de rutas ilegales con altos grados de peligrosidad (Hurtado, 2009)

Donde existe una jerarquía social y esa jerarquía tiene dimensiones racializadas (...), una técnica común en la dominación es el control sobre la sexualidad y el sexo: sea por medio del abuso sexual (...), sea por el control sobre las relaciones sexuales y el comportamiento sexual, sea por medio de la cosificación y fetichización del subalterno en términos sexuales (como objeto del deseo y la repugnancia) (Wade, 2008).

Por su parte, bell hooks⁴² (2003) nos recuerda que la prevalencia de las prácticas de exhibición y objetivización de las mujeres negras en las representaciones sociales e imágenes culturales de hoy, son un *continuum* de los procesos de exotización de siglos previos, cuando las mujeres negras eran expuestas como objetos de deseo cuyas partes (corporales, íntimas) se asumían desarmables (31). En efecto, los prototipos racistas y sexistas han agravado la mercantilización y explotación de los cuerpos de las mujeres negras en el contexto de la migración; y, asimismo, ellas han procurado sortear dichas representaciones como mecanismo de sobrevivencia. Los estudios cualitativos han venido rastreando los nichos laborales donde se inscriben las mujeres afrocolombianas en Chile, encontrando una tendencia a insertarse en mercados de trabajo feminizado y sexualizado: desde la prostitución (Pavez, 2016a; Carrère y Carrère, 2015), pasando por los servicios de acompañamiento en *night-clubs* y Cafés con Piernas (Escobar, 2017; Belliard, 2015), hasta los locales de peluquería y estética donde la sexualización se invierte en un imaginario de belleza (Belliard, 2015 y 2016). Esta tendencia se debe, en buena medida, a la dificultad para insertarse en otros sectores laborales por el estereotipo discriminatorio que asocia a las mujeres negras con el sexo y la prostitución (Amador, 2009; Carrère y Carrère, 2015). Día a día vemos también, un sinnúmero de afrocolombianas de clase trabajadora desempeñándose en otros empleos como limpiadoras en empresas de aseo, como empleadas domésticas en casas de familia, como cuidadoras de niños y ancianos, como vendedoras en locales comerciales, como cocineras, o como pequeñas emprendedoras.

⁴² bell hooks escribe su nombre en minúsculas como forma de reivindicación.

La vivencia alternada entre el rechazo y la exotización debido al color de piel o la textura del pelo (Belliard, 2016), tiene su correlato en las problemáticas sociales, económicas, laborales, familiares, humanas que las afrocolombianas enfrentan en Chile por su situación de inmigrantes, su experiencia racializada, su identificación nacional, y porque son mujeres. Así, la información contenida en estudios cualitativos sobre ellas, nos revela un panorama de adversidades ciertamente difíciles de sortear; desde la discriminación en los controles fronterizos de acceso al país y la condena a la ilegalidad; las dificultades para regularizar la situación migratoria y obtener permisos laborales; la vivencia del hacinamiento y la precariedad en materia de vivienda; la explotación laboral; el acoso sexual; y la continua dependencia asociada al envío de remesas (Amador, 2009 y 2010; Sanabria, 2011; Echeverri, 2016). Las afrocolombianas han venido enfrentando de manera dinámica estas adversidades, poniendo en marcha distintos mecanismos en aras de garantizar su sobrevivencia y la de sus familiares. Mediante el trabajo incesante, de doble jornada, y frecuentemente bajo condiciones de explotación, las afrocolombianas subsisten y financian el bienestar de quienes quedan en Buenaventura; adicionalmente, agencian la reunificación familiar y la emigración de terceros mediante estrategias de prevención frente a las dinámicas de la guerra⁴³ (Echeverri, 2016). En medio de este escenario, la emigración en sí misma y las redes que configuran nuevas migraciones, pueden ser vistas como acciones de resistencia frente a la guerra y la pobreza en el Pacífico colombiano.

⁴³ En el plano familiar, las decisiones sobre la reunificación familiar se ven condicionadas por el peligro que corren los/as niños/as y adolescentes en Buenaventura; según Echeverri (2016), las madres optan por trasladar a sus hijos varones en primera instancia puesto que corren mayor riesgo de ser cooptados por los grupos armados; sin embargo, en el marco de esta investigación, se pudo observar que las hijas mujeres también son priorizadas en particular por el riesgo de violencia sexual y doméstica.

CAPÍTULO III. VIOLENCIA EN LA GUERRA, VIOLENCIA EN LA PAZ: TRAYECTORIAS DE MUJERES AFROCOLOMBIANAS ENTRE BUENAVENTURA Y SANTIAGO

3.1. La violencia contra las mujeres: un *continuum*

La violencia es un fenómeno de múltiples caras, una experiencia diaria que opera de forma continua en distintos niveles; es estructural, es cotidiana, es armada pero también sutil, es pública y también privada; a veces es repudiada y otras es validada por los sujetos o ejercida directamente por las instituciones sociales. En un mundo donde las mujeres pobres, migrantes y racializadas ocupan los lugares de mayor subalternidad en el panorama internacional, conviene notar la convergencia de distintos tipos de violencia en las vivencias personales, no como dinámicas aisladas, sino más bien como un *continuum* por el que distintas esferas de opresión se ven conectadas (Falquet, 2017: 9). Pensamos que esta postura es importante en la medida en que otorga relevancia social, política y económica al análisis de las experiencias aquí contenidas, dejando entrever que las exclusiones sociales y las agresiones inter-personales (o intra-familiares) se encuentran relacionadas y hacen parte del mismo espectro (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004). Si bien a lo largo de este trabajo sostenemos la mirada interseccional como clave de análisis, pensamos que la “opresión genérica” (Lagarde, 2005) funciona como un tipo de dominación primigenia que atraviesa todas las formas de violencia y que entrega un enfoque diferencial a estas (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004: 22).

Para abordar la violencia que enfrentan las mujeres afrocolombianas, es necesario remontarse a las dinámicas coloniales que persisten en los relacionamientos sociales y en los modelos simbólicos imperantes. En el caso de América Latina, la

violencia ejercida por hombres colonizadores se expresó en la construcción de un sistema desigual cimentado sobre “mecanismos de inferioridad de género y raza” (Viveros, 2016a) que significó el abuso de mujeres negras e indígenas. Al igual que ahora, y dentro de los constreñidos marcos de derecho que tenía la población esclavizada; las agresiones contra las mujeres negras eran ejercidas con impunidad aún cuando se reclamara a través de medios legales (Lavrin, 1990: 134). En este contexto, los abusos sexuales eran frecuentes pues se consideraba que los cuerpos enajenados podían ser “usados” por sus “propietarios” en su total dimensión (para el trabajo, la reproducción, el placer, o el cuidado). En el ámbito republicano, y bajo el espejismo del “mestizaje” como “democracia racial”, los cuerpos de las mujeres negras e indígenas continuaron siendo explotados y violados bajo el propósito del blanqueamiento; de esta manera, los imaginarios nacionales se fundaron sobre la violencia contra las mujeres racializadas del continente (Curiel, 2007: 98).

Durante el período colonial y en el contexto del llamado "mestizaje", relaciones sexuales entre hombres españoles y mujeres indígenas y negras se basaron en la intimidación y la fuerza. Aunque implementada de diferentes formas y moldeada por diferentes contextos históricos, tal violencia ha continuado hasta el presente, de tal modo que las mujeres, particularmente mujeres indígenas, afrodescendientes y mestizas, continúan siendo abusadas. (Viveros, 2016a: 2) [*traducción propia*]

Las cargas heredadas de la Colonia no solo sustentan la violencia cotidiana sobre las mujeres negras sino que, en buena medida, explican la estructura social adversa que opera en los contextos donde se mueven las afrodescendientes. La Conquista y colonización son procesos históricos centrales “en la conformación de los patrones contemporáneos de violencia alrededor del mundo” (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004: 5) [*traducción propia*] y en la disposición orgánica de precariedad y abandono estatal de las comunidades negras a nivel global. Para Bourgois (2001), la violencia estructural “refiere a la organización político-económica de la sociedad que impone condiciones de angustia física y emocional, de alta morbilidad y mortalidad, tasas de pobreza y condiciones de trabajo abusivas” (7) [*traducción propia*]. A groso modo, la violencia

estructural se relaciona con los modelos de desarrollo implementados, los términos de intercambio desiguales, la división internacional del trabajo y la exclusión social que se traducen en la cancelación de condiciones de vida dignas para las poblaciones humanas. Glick y Fouron (2003), definen la violencia estructural como la negación de derechos sociales básicos como “alimentos, atención en salud, educación y otros recursos necesarios para la vida y el desarrollo humano que conducen a la discapacidad física, la destrucción del potencial humano y la muerte” (206).

El carácter estructural explica, precisamente, que éste sea un tipo de violencia tan común como invisible, al tiempo que destruye la existencia de un sinnúmero de personas. Ahora, lo particular de su funcionamiento radica en la capacidad de naturalizar las agresiones sobre ciertos grupos sociales. Para Scheper-Hughes y Bourgois (2004), “la preparación para los asesinatos masivos, se encuentra en los sentimientos sociales e instituciones como la familia, las escuelas, las iglesias, los hospitales y las milicias” donde se enseña a legitimar la violencia sobre determinados individuos (22) [*traducción propia*]. Este entendimiento es importante puesto que permite considerar que el orden imperante en nuestras sociedades, valida la violencia hacia ciertas colectividades que ocupan lugares simbólicos desvalorizados o que amenazan el modelo dominante (homosexuales y transexuales, indígenas y afrodescendientes, trabajadores sindicalizados, migrantes “indocumentados”, ancianos, mujeres, defensores de derechos humanos –en fin, la lista es infinita-). Bajo este esquema, ciertos sujetos pueden ser desprovistos de su carácter humano, lo que constituye un pre-requisito para el genocidio (21).

Iris Young (2000) habla de la violencia como un mecanismo que viabiliza la opresión de determinados grupos sociales donde se inscriben (las mal llamadas) “minorías” étnicas, raciales o de género. Así, la violencia se entiende como una práctica social que yace instalada en el imaginario colectivo; es decir, que parte de la presunción de que algunas colectividades pueden ser vulneradas u hostigadas por otras. “Cualquier

mujer, por ejemplo, tiene razones para temer ser violada. Con independencia de lo que un hombre negro haya hecho para evitar el peso de la marginación o la carencia de poder, vive sabiendo que está sujeto a ataques u hostigamiento” (2000: 108). Young reconoce que no solo participamos de la violencia, sino que asumimos que ésta se encuentra dentro los parámetros de normalidad si llega a ser ejercida sobre grupos subalternizados. Desde abajo, esto puede ser visto como “el conocimiento diario compartido por todos los miembros de los grupos oprimidos de que están predispuestos a ser víctimas de la violación, solo en razón de su identidad de grupo” (108). En un mundo donde los espacios de dominación y de plena libertad son ocupados por hombres-blancos-burgueses-heterosexuales (Lagarde, 2005: 37); las mujeres no privilegiadas que pertenecen a grupos étnicos enfrentan una “triple opresión” porque son indígenas o negras; porque son trabajadoras de clases bajas; y porque son mujeres en un sistema-mundo patriarcal (108). Este orden de las cosas, sumado a una “cuarta opresión” por ser mujeres migrantes, hace que los niveles de violencia se agudicen y tiendan a ser más legitimados en el ámbito social.

La violencia estructural, derivada del legado colonial, explica el funcionamiento de otras manifestaciones violentas como infinitas reproducciones de un orden social excluyente. “La violencia engendra violencia, por lo que podemos hablar de cadenas, espirales y espejos de violencia –o, como preferimos- de un *continuum* de violencia” (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004: 1). De esta manera, la estructura de “la pobreza, el hambre, de la exclusión social y la humillación”, se traduce en otro tipo de agresiones dentro del espacio público o familiar (1) [*traducción propia*]. El *continuum* se cristaliza en una infinidad de “pequeñas guerras y genocidios invisibles” que ocurren cotidianamente en “las escuelas públicas, las clínicas, los cuartos de emergencia, las salas de hospital, los hogares de ancianos, los juzgados, las oficinas del registro civil, las prisiones, los centros de detención y las morgues” (19). Si bien se presume que la violencia es inherente a los contextos de guerra, cabe anotar que los “crímenes en épocas de paz” operan de modo continuo bajo la máscara de la estabilidad y con el agravante de

la apatía social; en términos generales, dicha estabilidad es alcanzada, justamente, a través del ejercicio de los crímenes silenciosos⁴⁴ (20). La reproducción de la violencia mediante un *continuum*, colabora a entender cómo el desplazamiento territorial no garantiza el fin del terror sino tan solo la transformación de sus formas, así como el abandono de la guerra no se corresponde con la superación de los crímenes humanos.

Además de la violencia estructural, Bourgois (2001) observa tres tipos de violencia adicionales en el marco de su estudio sobre la guerra civil en El Salvador y la “cultura del terror” (a modo de Taussing) de los jóvenes traficantes de East Harlem. Por un lado, estaría la violencia política asociada a ideologías de grupos o Estados con posibilidad de ejercer represión (mediante fuerzas armadas, por ejemplo); la violencia simbólica (Bourdieu y Wacquant, 2004) que opera con la complicidad consciente e inconsciente de quien es oprimido; y la violencia cotidiana, entendida como las “prácticas rutinarias y expresiones de agresión interpersonal” del día a día (3-4) [*traducción propia*]. Esta propuesta permite entender que existen distintos tipos de violencia que se entretajan y que, no solo están relacionados, sino que operan simultáneamente en distintos niveles de la experiencia. Sin embargo, por la naturaleza de este trabajo, conviene concentrarse en una concepción más abarcadora que pueda integrar en sí misma la matriz de múltiples dominaciones que atraviesa las trayectorias de las mujeres negras.

En términos generales, entendemos la violencia como “relación social” (Falquet, 2017) que vincula distintas dimensiones (lo privado y lo público, lo familiar y lo global) garantizando el mantenimiento de las estructuras de dominación imperantes (de sexo, raza, clase, religión, nacionalidad, entre otras). La violencia suele tener una “expresión material (golpes, violación), rituales, reglas explícitas e implícitas, y una organización y legitimación ideológica” (54) donde radica el éxito de su funcionamiento; así, hechos violentos que parecen aislados (anulación psicológica, restricción de la autonomía,

⁴⁴ Explotaciones, extractivismo, discriminación, entre otros.

explotación laboral), sirven de vehículo para realzar y vigorizar el orden social hegemónico (del varón sobre la mujer, el blanco sobre el negro y el indio, del empresario sobre el obrero y el campesino, etc.). Dentro de este entramado, la violencia contra las mujeres opera como “institución central, indispensable para la organización de las relaciones sociales de sexo imperantes, para el funcionamiento material de la sociedad y para su reproducción” (56). Esto es significativo porque, si bien, la violencia contra las mujeres tiende a invisibilizarse y a ser evadida por parte de los poderes públicos; es un fenómeno que atraviesa la totalidad de los espacios sociales y que tiene beneficios materiales muy concretos (servicios sexuales y domésticos no-remunerados, servicios de cuidado y proximidad a bajo precio en el mercado, servicios de reproducción social enmascarados bajo obligación familiar, entre otros).

Saber que el sexo-género opera de modo transversal, ayuda a entender cómo en los contextos familiares o conyugales, son las mujeres negras quienes tienden a ser hostilizadas y agredidas por sus compañeros varones, aún se trate de hombres afrodescendientes igualmente subalternizados a nivel socioeconómico y racial. De esta manera, veremos cómo el mundo familiar, y en particular las relaciones de pareja, tenderán a convertirse en verdaderas trincheras. Para Lagarde (2005),

(...) las instituciones y los espacios vitales más opresivos son los que implican relaciones directas y personales, y presentan más resistencias al cambio. Es mucho más complicado para las mujeres cambiar en ámbitos totales en los que están solas frente al poder absoluto del otro -como la pareja, la familia, la casa, es decir, el mundo privado, íntimo, personal y doméstico-, que hacerlo en ámbitos públicos más democráticos (158).

Varios autores (Viveros, 2016a; Boesten, 2008; Hume, 2009) sugieren que la violencia de clase y raza ejercida sobre hombres subalternos, podría explicar cómo éstos replican la dominación sobre sus compañeras mujeres como si al ejercer la fuerza hacia ellas, utilizaran su último resquicio emancipatorio. “La violencia estructural y simbólica del racismo y el clasismo de la que los hombres de los grupos subalternos son víctimas, se extiende a la violencia político-militar y, a su vez, se traduce en nuevas formas de

violencia interpersonal dentro de las comunidades” (Viveros, 2016a: 3) [*traducción propia*]. A este respecto, Falquet (2014) otorga una dimensión política a la comprensión de la violencia contra las mujeres menos privilegiadas e invita a entenderla como un pilar fundamental para el funcionamiento del modelo neoliberal. Este abordaje ayuda a abordar el caso de lugares como Buenaventura donde la marginalidad, gatillada por el orden económico, ha venido traducándose en una nueva división del trabajo entre los “hombres en armas” y las “mujeres de servicios”. De esta manera, a medida que la guerra contemporánea y el narcotráfico continúan capturando varones afrocolombianos sobre la frontera Pacífico, más mujeres son violentadas, abusadas y empobrecidas propiciándose su emigración y consecuente inserción en servicios de proximidad dentro de un mercado global precario y explotador. La violencia contra mujeres subalternas racializadas es especialmente relevante en el ámbito contemporáneo si entendemos el “peso específico que tiene la mundialización de las economías y de la fuerza del trabajo femenino en el crecimiento de los mercados [de] trabajo-emocionales, incluyendo el trabajo sexual” (Hurtado, 2014: 228): mercados donde los cuerpos femeninos sexualizados y etnificados adquieren un valor diferenciado (228). El cuerpo de la mujer negra es entonces (como diría Kruger) un “campo de batalla”, donde no solo están en juego las pugnas cotidianas, la guerra, o los “amores” violentos; sino también la ideología dominante del mundo, la supremacía del hombre y del capitalismo contemporáneo.

3.2. Violencia política: la guerra civil y la agresión de los Estados

Como hemos visto, el recorrido migratorio de las mujeres afrocolombianas inicia en Buenaventura, una localidad rural-urbana donde la población se encuentra inmersa entre el conflicto armado, el narcotráfico, la pobreza y una dinámica portuaria excluyente. En medio de este escenario, los cuerpos de las mujeres negras han venido consolidándose como vehículos del terror que, al ser flagelados, cumplen el objetivo de

aleccionar a las mujeres sobre conductas presuntamente “reprobables”, o sirven para expresar la fuerza e inhibir la resistencia comunitaria (CNMH, 2015: 295). No es novedad que los “hombres armados” (en especial, los que integran bandas neo-paramilitares) han venido imponiendo la coerción física y simbólica mediante el “reforzamiento de los patrones religiosos, raciales y de género tradicionales, a través de la regulación de cuerpos, espacios y prácticas, y la imposición de castigos a las/los posibles trasgresoras/es” (Marciales, 2015: 83). Los homicidios contra las afrocolombianas en Buenaventura no solo procuran la muerte sino la sevicia que opera en la desintegración de los cuerpos (CNMH, 2015: 294 – 295); “algunas niñas y mujeres [son] vinculadas a los grupos como colaboradoras, compañeras sexuales e informantes, o sometidas a explotación sexual en redes criminales, convirtiéndolas en centro de ataques, amenazas y retaliaciones por parte de los grupos adversarios” (290). Varias de las mujeres aquí entrevistadas declararon haber sido blanco de agresiones o estar en riesgo inminente de homicidio por actuar libremente, por hacer uso del espacio público, por trabajar en el mercado sexual, o bien, por involucrarse con hombres que estaban señalados por algún grupo armado.

Yo toda la vida fui muy abusada hasta por los guerrilleros de allá, cada que me veían me querían cobrar impuesto, abusarme, tocaba pagarles para que no abusaran de mí, era una vida terrible porque (...) yo trabajé mucho en el mundo de la prostitución, y ellos abusaban de eso porque yo llegaba de madrugada, con mis pesitos para dárselos a mis hijos (...) ¿y si yo no entregaba [el dinero]?, ellos me amenazaban, si yo me dejaba coger, ellos me *picaban* [descuartizaban]. (Dayana)

(...) mataron a Carlos, y entonces mi amiga [novia de Carlos] estaba en el centro y había unos tipos que la estaban siguiendo, y ella trató de bajarse en mi casa (...) pero se dio la vuelta y se fue. Ella después me llamaba y me decía “¡menos mal que no me bajé en tu casa porque a mí me iban a matar!” y si se hubiera quedado en mi casa, me matan a mí también. (Rosana)

El conflicto armado en Buenaventura puede entenderse como una guerra civil sectorizada, donde los barrios de más precariedad y de abandono estatal coinciden con las dinámicas de mayor violencia. Las mujeres, aún utilizando estrategias de no-

involucramiento y, en ocasiones, el encierro, son partícipes de esta lucha armada que se evidencia en múltiples anécdotas sobre enfrentamientos imposibles de eludir, en barrios que se transforman en trincheras. “Nosotras estábamos así tranquilas en la casa cuando *mamita* ¡una balacera! (...) pero la cosa más espantosa, espantosa, espantosa, y las balas se cruzaban”, “cuando mi papá veía que había balacera, él me llamaba, me decía: ‘Rosana, no entres [al barrio], no te vengas, quédate durmiendo donde alguna amiga porque acá no se puede entrar’”, “¡padre santo!, se puso la violencia que todos los días mataban a alguien, todos los días eran tiroteos, uno tenía que mantener encerrado, andando con miedo, a las seis de la tarde en la casa, ya no se podía ir a fiestas”.

Se trata de familias atravesadas por la guerra, la muerte y la desaparición, así como por el exilio de parientes cercanos; cinco de las ocho entrevistadas tenían parientes (sobre todo hermanos) que habían sido asesinados o desaparecidos en el marco del conflicto armado contemporáneo; y todas tenían parientes o amigos viviendo fuera de Colombia. Dentro de la estructura de desigualdad y exclusión, la subsistencia de muchos se ve solventada por la migración de otros. Así, los migrantes deben financiar la estabilidad económica de familias que no pueden sobrevivir a nivel local debido a las condiciones sociales adversas (Márquez, 2010), y esto crea un círculo de migración donde el desplazamiento territorial parece la única salida. “Nosotros vivíamos súper bien por la situación de mis tías en Italia. Ellas nos pagaban el estudio, los gustos, todo”, “Buenaventura es una ciudad donde no hay oportunidades para personas que no estudien, (...) y uno ve que el tío se fue pa’ Estados Unidos, o que la tía se fue pa’ Italia, o que la mamá está en Italia, está en Estados Unidos, y que allá la gente vive, y que mantienen al uno y al otro, así es, el mundo al revés”.

Ahora, la salida de mujeres afrocolombianas se relaciona estrechamente con la existencia de mercados internacionales del cuidado y de trabajo sexualizado (Hurtado, 2014). En múltiples ocasiones, las mujeres abandonan el hogar para inscribirse en circuitos de prostitución o en servicios de proximidad, y esto funciona como un

“proyecto conyugal” o familiar⁴⁵, donde el propósito es conseguir recursos imposibles de obtener en medio del desempleo que opera a nivel local. “La gente sabía que en Buenaventura las mujeres viajaban y los maridos sabían a lo que iban [a prostituirse], y los hombres aceptaban, por un cambio de vida, por salir del fango” [Ana].

Lejos de dejar atrás la violencia política y estructural (Bourgois, 2001) de Colombia, las trayectorias continúan con la marca indeleble de la adversidad, de las agresiones y la indiferencia de los Estados. El viaje, en general terrestre, está plagado de dificultades (robos, acoso y abuso) para las mujeres que suelen viajar con recursos insuficientes dependiendo, de entrada, de las relaciones de “solidaridad” que construyen con terceras personas⁴⁶. En adelante, la violencia se profundiza a manos de funcionarios públicos e instituciones estatales que viabilizan la explotación y dinamitan las posibilidades de construir un nuevo devenir en Chile. Como dijera Scheper-Hughes y Bourgois (2004), “[existe una] borrosidad de categorías y distinciones entre la violencia en tiempos de guerra y la violencia en tiempos de paz” (19) [*traducción propia*]; así, aunque parecieran superarse las escenas de la guerra civil, vemos proliferar otra serie de batallas y opresiones que garantizan el *continuum* de la violencia.

[Es frecuente que] los actos más violentos consistan en conductas que son socialmente permitidas, avaladas o impuestas como un derecho moral o un deber. La mayoría de las veces, la violencia no es un comportamiento desviado ni desaprobado sino, al contrario, definido como una acción virtuosa en el servicio de, las generalmente aplaudidas, convenciones sociales, económicas y políticas (5). [*traducción propia*]

Es así como los primeros obstáculos arribando a Chile son encarnados por oficiales de la Policía de Investigaciones - PDI que, amparados en el principio de discrecionalidad, seleccionan y discriminan en medio de los procesos de ingreso. A la

⁴⁵ Danelly Estupiñán, líder afrocolombiana del Proceso de Comunidades Negras – PCN, me comentó que esta característica parecía común a los casos de migración feminizada desde Buenaventura, según lo que ella había podido constatar a través de conversaciones con mujeres locales.

⁴⁶ Estas solidaridades se entablan con mujeres y hombres que financian gastos puntuales o permanentes a lo largo del camino; o que ofrecen empleo, casa, y alimentación de manera aparentemente desinteresada. Se verá que algunas de estas “solidaridades” no responden a la buena intención, por lo que algunas mujeres terminan envueltas en procesos de esclavización dolorosos.

mitad de las mujeres aquí entrevistadas, les fue negada la entrada a territorio chileno en más de una oportunidad⁴⁷; dos de ellas ingresaron por pasos no-habilitados después de reiteradas negativas, exponiéndose a mayores agresiones a manos de “coyotes”⁴⁸ o al tránsito por caminos plagados de minas antipersonales⁴⁹. “Yo al ver que no me dejaron entrar, pues yo por la desesperación me fui, me subí al desierto y entré por el desierto, luego estuve doce horas en el desierto, tomando solo agua”, “el señor [coyote] me quitó muchas cosas de las que yo traía, para poder pagarle los 240 dólares del niño y yo”.

La opresión del sistema migratorio chileno sirve, además, de plataforma para la proliferación de otro tipo de abusos, como el que denuncia Ana por parte de funcionarios de PDI que, aprovechando la desigualdad de poder, acosan y abusan sexualmente de un grupo de mujeres afrocolombianas.

Nos dijeron que si nos acostábamos con ellos (...) nos dejaban pasar al otro día, y mi amiga lloraba, ella lloraba, yo, llorábamos todos, los hombres lloraban de rabia, impotencia (...) no sé cómo lo hicieron, pero las niñas salieron de allá traumadas, traumadas, traumadas, traumadas. Al otro día había (...) que presentarse a Migraciones para que nos dejaran pasar, *mami*, ¡y a ninguno nos dejaron pasar, a ninguno, a ninguno, a ninguno, a ninguno! (Ana)

Parece difícil de entender este compilado de violencias sin tener en cuenta el cruce de estereotipos que se manejan frente a las mujeres negras y colombianas en Chile. Sin embargo, cabe precisar que hablamos aquí de abusos y agresiones graves donde el Estado chileno opera como cómplice debido a la ambigüedad de una legislación que viabiliza el atropello. Para Liberona (2015), un extranjero que ha sido otrificado “puede

⁴⁷ La mayoría de ellas intentó ingresar por las fronteras del norte entre Perú y Bolivia: dentro de este grupo, a tres de ellas se les accedió entrar y a cuatro se les negó el ingreso. De las que fueron devueltas, tres lograron entrar en una tercera oportunidad a través del paso Chile-Argentina por Mendoza. Una última entrevistada ingresó por vía aérea directamente a Santiago sin ningún contratiempo.

⁴⁸ Personas que ofertan servicios de transporte por vías no-habilitadas.

⁴⁹ “Los migrantes tienen que caminar unas ocho horas; parece fácil desde el punto de vista físico si no fuera por las 180.000 minas colocadas por Pinochet.” Ver “La última frontera al sur de Suramérica”, un reportaje de El País (España).

https://elpais.com/elpais/2017/11/15/planeta_futuro/1510757529_252688.html

ser maltratado y también tratado de forma arbitraria” en las fronteras chilenas; no obstante, este poder de filtrar y categorizar es también funcional a los intereses macroeconómicos; de este modo, la obstrucción del libre ingreso “empeora las condiciones laborales (salarios, horas, seguridad, etc.) que afectan a todos los trabajadores inmigrantes” (Heyman, 2012 citado por Liberona, 2015: 42).

El ingreso no-autorizado al país significa el acceso directo a las cadenas de explotación que analizaremos en el siguiente apartado; no obstante, ni la entrada en condiciones de legalidad, ni los contratos de trabajo que permiten postular a permisos de residencia, son suficientes para evitar los abusos. La institucionalidad se vuelve amenaza con los plazos interminables para recibir visados, y los documentos “en trámite” no son soportes válidos para obtener empleos dignos. Hablamos de una violencia institucional que viabiliza la explotación, que profundiza la vulnerabilidad social, y amplía las grietas de desigualdad otorgando poderes absolutos a empleadores –generalmente- ávidos de optimizar ganancias. Las posibilidades de las mujeres migrantes para regularizar su situación en Chile, se restringen entonces a vender su fuerza de trabajo a un solo empleador durante al menos dos años -si desean postular a una visa definitiva-; o bien, a unirse conyugalmente con una persona nacionalizada. De esta manera, “las opciones migratorias y de ‘carrera’ se reducen a seguir-reunirse con-encontrar rápidamente un marido (legal, documentado) al llegar a la región hacia donde emigran, a inscribirse en programas oficiales de importación-exportación de mano de obra de ‘servicio’ o a integrarse al mercado del ‘trabajo sexual’ para hacer frente a los costos exorbitantes de la migración ilegalizada” (Falquet, 2014: 143).

La permanencia con un mismo empleador se convierte en una atadura que imposibilita poner fin a las relaciones de explotación, puesto que renunciar a un contrato significa aplazar un permiso de residencia definitivo, “esta disposición legal es una de las razones de la irregularidad migratoria, contribuyendo con ello a [mantener a los migrantes] en empleos de baja calificación, con bajos sueldos, escasa protección social y

mínimos derechos” (Stefoni, 2008: 93). “¡Yo ahí le regalé plata a esa gente con mi trabajo, que solo Dios sabe!, sino que solamente por los papeles”, cuenta Carla sobre un local de belleza en Vitacura⁵⁰ donde continuó trabajando aún sabiendo que era explotada. “Ahora tengo un papel que me mandaron que dice que mi visa está en trámite, que yo puedo trabajar legalmente en cualquier lado, pero la gente no le *para bolas* a eso, no le dan valor a eso”, comenta Eleonora, quien lleva nueve meses esperando un permiso de residencia permanente.

Así las cosas, la experiencia en Chile se convierte muchas veces en un callejón sin salida entre las obligaciones económicas, y la condena a la ilegalidad o la explotación. La mayoría de las mujeres entrevistadas mencionó la necesidad de enviar dinero a Colombia (por deudas o remesas), aparte de garantizar su propia subsistencia. De esta manera, además de la violencia institucional que obstaculiza la inserción laboral en condiciones justas; las mujeres, como migrantes, asumen la carga de la violencia estructural que les impide (a ellas y a sus familias) sobrevivir en Buenaventura. Para Márquez (2010), “las remesas son una fracción salarial generada en condiciones de superexplotación laboral destinada a sufragar la subsistencia de los dependientes económicos (...) que, en lugar de propiciar una alternativa de desarrollo, generan una nueva forma de dependencia” (77). Las remesas económicas triplican las jornadas laborales y profundizan la precariedad de las trabajadoras migrantes; por su parte, los Estados se benefician de estos recursos⁵¹ al tiempo que descuidan el gasto social y la garantía de derechos civiles. “Los migrantes, que se cuentan entre los trabajadores sometidos a las condiciones más ingentes de explotación y precarización laborales, son responsables de resarcir los efectos socioeconómicos más adversos provocados por la política neoliberal” (64).

⁵⁰ Una comuna de clase acomodada al oriente de Santiago.

⁵¹ Según el Banco de la República, “las transferencias de los colombianos en el exterior sumaron 4.857 millones de dólares” en 2015. Al respecto ver: <http://www.eltiempo.com/economia/sectores/remesas-que-llegaron-a-colombia-en-2016-45329>

3.3. Explotaciones y esclavizaciones: trabajo feminizado, racializado y sexualizado

Al igual que otros migrantes de escasos recursos, las mujeres afrocolombianas son explotadas laboralmente, confinadas a viviendas de mala calidad, y condenadas a la reducción de derechos sociales. Trabajos sin contrato y sin imposiciones, extensas jornadas sin regulación, bajos salarios y horas extras no-pagas, despidos sin previo aviso o despidos por enfermedad⁵², son solo algunos de los pasajes de deshumanización recurrentes en los relatos de vida. Sin embargo, interesa aquí profundizar en algunos aspectos que diferencian la experiencia de las mujeres afrocolombianas respecto a otras mujeres y que, asimismo, hacen particulares los repertorios de violencia. Ello tiene que ver con un marco constreñido de ofertas laborales que lleva a muchas mujeres a emplearse en mercados de trabajo sexualizado; o bien, en el área de los servicios estéticos (ambos sectores feminizados, sexualizados y en creciente racialización). Por otro lado, no es posible finalizar este apartado sin abordar la información recogida respecto a lo que serían procesos contemporáneos de esclavización, procesos para los cuales la estructura de la precariedad resulta ciertamente funcional.

El trabajo etnográfico aquí realizado, confirmó que existe una mayor facilidad de las mujeres afrocolombianas para inscribirse en mercados de trabajo sexualizado, como denotaban Carrère y Carrère (2015), lo que a la luz de las estrechas posibilidades de subsistencia, colabora a explicar que la mitad de las entrevistadas hayan trabajado en estos nichos. Otra ocupación recurrente refiere a los servicios de peluquería y *manicure*, donde las mujeres del Pacífico colombiano suelen desenvolverse debido, también, a conocimientos pre-existentes. En ambos casos, se trata de mercados laborales feminizados y racializados, que se caracterizan por la informalidad y la escasa cobertura

⁵² Incluso por aquellas enfermedades adquiridas en horas laborales por el uso de productos corrosivos sin ningún tipo de equipamiento de seguridad. Esto se mencionó, en particular, en el caso de las empresas de aseo que suelen emplear mano de obra femenina.

de garantías sociales. El hecho de que las mujeres negras de Colombia encuentren un asidero laboral en estos mercados, remite a los procesos de “etno-sexualización del género, de la raza y de la nacionalidad” que operan a nivel mundial (Hurtado, 2014: 227); a través de estos procesos observamos el traslado de servicios personales “propriadamente femeninos” (cuidado, atención, manejo estético de la corporalidad, limpieza, manejo de las emociones) a la esfera pública, y su conversión en verdaderas industrias (Arango, 2010: 99). Las mujeres migrantes han tendido a ocupar estos espacios laborales donde los “rasgos étnico/regionales, [la] pobreza y [los] estilos de sexualidad [operan] como polos de atracción para el surgimiento de nichos de mercados sexuados” (Hurtado, 2014: 227 citando a Kempadoo, 2003).

Al llegar a Chile, o incluso en territorios fronterizos, las mujeres afrocolombianas reciben ofertas laborales con el fin de ser insertadas en estos mercados. Cinco de las ocho mujeres entrevistadas dijeron haber recibido este tipo de propuestas en el espacio público; cuatro de ellas se desempeñaron en estos sectores que oscilan entre la prostitución callejera, los populares Cafés con Piernas, o los (más exclusivos) *nightclubs* en el centro o el oriente de Santiago. Al momento de las entrevistas, dos personas continuaban desempeñándose en dichos sectores. Si bien algunos de estos trabajos representan cierta autonomía y mejor remuneración que no tienen los empleos en limpieza, servicio doméstico o servicios estéticos, las violencias vividas se encuentran mediadas por la objetualización del cuerpo de las mujeres y por la profundización del estigma social sobre las afrodescendientes.

Aquí son muy racistas y es muy difícil que le den trabajo a uno, es muy difícil, por eso algunas mujeres buscan la manera de trabajar como trabajadora sexual porque, porque si uno no tiene un papel, no trabaja aquí, si uno aquí no tiene un papel, no es nadie, y aún teniendo papel, tampoco es nadie. (Dayana)

El trabajo en Cafés con Piernas que funcionan como recintos cerrados donde se ofrecen servicios de acompañamiento, se erige en sí mismo sobre la explotación del trabajo femenino en un entorno donde las mujeres venden “bebestibles” (jugos, bebidas

gasificadas, y a veces licor) de la mano del afecto y la conversación, y estos servicios especializados se descuentan del valor del trago a servir. Se trata de un trabajo de altísima informalidad, donde el servicio central en venta es precisamente la imagen, compañía y atención de las mujeres, pero la centralidad de este servicio se difumina entre la lógica mentirosa de la “invitación”. Para las mujeres, cuyos cuerpos y cuidados constituyen la estructura primigenia sin la cual dichos locales no existirían, el dinero a percibir diariamente depende de la posibilidad de atender a uno o más hombres y, sobre todo, de los tragos que ellos accedan a “convidarles”. Olivia lleva nueve años trabajando en distintos locales de este tipo; por la asistencia puntual recibe un pago de siete mil pesos, y dos mil pesos por cada bebida a la que le “invitan” sus acompañantes. Ello quiere decir que sobre un supuesto de cinco jornadas laborales por semana, Olivia tiene asegurada una renta de 140 mil pesos chilenos (231 dólares) sin ningún tipo de beneficio social⁵³: una cifra que está lejos de garantizar la subsistencia individual y mucho menos la familiar. Resulta, cuando menos, natural que en este marco se produzcan rivalidades con otras mujeres del rubro (en especial con las chilenas), como ha detallado ampliamente Pavez (2016a) en el norte de Chile; pero, si bien estas rivalidades se encuentran mediadas por los estereotipos de raza y nacionalidad asociados a las afrocolombianas (como mujeres “fáciles” y “calientes”), en realidad son producidas por las lógicas de funcionamiento de esta industria que incita a la competencia por los escasos recursos que están en juego. Como dijera Lagarde (2005), las mujeres se convierten en enemigas en estos contextos “porque compiten por los clientes, por los territorios, por los horarios, por mejores condiciones” en industrias carentes de organización social y de soporte jurídico (630). Tensiones, e incluso disputas a golpes, entre mujeres que tratan de monopolizar la atención de los clientes y otras que exigen trabajar por turnos; noches en las que pocos hombres ingresan al local y las trabajadoras recogen recursos insuficientes; clientes racistas y xenófobos, o clientes acosadores, son tan solo algunas de las violencias atravesadas en estos locales comerciales.

⁵³ La mitad de un salario mínimo sin imposiciones.

(...) el amigo le dice “¿y pa’ qué pagas por una *hueá* que no estás ocupando?”, la “*hueá*” era yo, entonces yo le digo “¿perdón?, ¿usted por qué es tan mal hablado?, o sea que la ‘*hueá*’ soy yo”, “es que sabés que ¡yo no quiero compartir contigo y yo no tengo que pagar por algo que yo no estoy *usando!*”, me dijo “¿sabés qué?, ¡quitáte de aquí!, quitáte que este trago es mío y me lo tomo yo”, (...) yo le dije “yo sí me voy a quitar pero no hay necesidad de que usted me trate así, no hay necesidad de que me tratés así porque vos no sos nadie”, (...) yo quedé así “¿pero, por qué este señor me trata mal?”, y después dice que las negras son *fomes* [aburridas] y *gediondas* [malolientes]. (Olivia)

En el caso de los *nightclubs*, los pagos se multiplican exponencialmente (dependiendo del lugar y la reputación del local). Ana, quien trabajó en varios de estos negocios, contó que en uno de los más exclusivos, ubicado en la comuna de Providencia⁵⁴, ganaba 25 mil pesos (41 dólares) por copa que le fuese “convidada”. Esta diferenciación en los honorarios a percibir pasa, sin embargo, por una mayor exhibición de los cuerpos, aunada a su jerarquización y regulación a nivel interno (proceso que inicia con un *casting* en total desnudez). Al igual que los Cafés, los *nightclubs* funcionan como plataformas para concertar servicios sexuales por fuera del recinto, lo que significa una fuente *extra* de ingresos para algunas mujeres.

- Uno trabaja como “azafata”, “azafata” son las que traen su traje normal; las bailarinas son esas que vos estás viendo ahí [en la página web], las que les pagan un millón de pesos por acostarse con ellas.
- ¿Cómo así?, ¿ellas son de otras categoría?
- Claro, a nosotras nos pagaban por decir 200 *lucas* (330 dólares) un tipo, pero a esas mujeres les pagan millones. (Ana en conversación con su hija)

Más allá de la remuneración que se recibe en estos locales (de lejos más abundante que en el caso de los Cafés o de la prostitución callejera), me interesa aquí ahondar en la forma como se ordenan de modo práctico y simbólico los cuerpos femeninos, apuntando sobre todo a las jerarquías que se construyen entre mujeres “de vitrina” que se exhiben en *shows* de baile y entretenimiento, y mujeres “de acompañamiento” que permanecen con los clientes compartiendo bebidas alcohólicas.

⁵⁴ Un sector de clase media-alta al oriente de Santiago.

Ambos tipos de mujer tienen un precio diferenciado en el mercado de los servicios sexuales, y esta diferenciación radica en una ponderación del cuerpo sumado a las capacidades “artísticas”. Esta categorización sobre la que se edifica la industria de los *night-clubs*, es un tipo de violencia que tiende a lacerar la autoestima de las mujeres. Para mantenerse en el mercado, los *night-clubs* incitan a las mujeres a someterse a cirugías plásticas de aumento de senos o reducción de grasa, lo que garantiza su mercantilización en estos circuitos que comercian un modelo estandarizado de lo femenino. “La mujer que hace un *show* ahí es, hágale cuenta esas mujeres de Brasil con ese poco de plumas y esos trajes, (...) yo me sentía como menos que ellas, pero me hablaban de *lipo* [liposucción] y ¡uhú! [niega con la cabeza], yo corría”.

En este contexto, ser una mujer negra con ciertas características (juventud, delgadez, voluptuosidad) es un paquete físico y simbólico que abre puertas y viabiliza buenos tratos, en contraste con aquellas mujeres que son “descartadas” porque no responden a este imaginario. Para ambos casos, resulta funcional la reflexión de María Galindo y Sonia Sánchez (2007) acerca del negocio de la prostitución donde “[la] vida [de las mujeres] no tiene valor como vida humana, sino como objeto que produce dinero” (25).

Donde yo siempre que llegaba a trabajar me atendieron muy bien gracias a Dios, porque en ese tiempo no todas las negras eran como yo; había negras gordas, más viejas, y las negras que llegaban aquí regias ésas las pescaban *al tiro* [inmediatamente]. (Ana)

Teodora Hurtado (2014), llama la atención sobre la presencia diferencial de las mujeres extranjeras en los mercados laborales sexualizados, y anota cómo las cualidades étnico-raciales, los fenotipos, así como las prácticas culturales y sexuales asociadas a ciertas nacionalidades, se convierten en bienes de consumo dentro de las lucrativas industrias que venden servicios de proximidad (230). En el marco de la migración – continúa Hurtado-, resulta útil hablar del concepto de “racismo sexuado”, “para referirnos a la situación racial, femenina y sexual de las ocupaciones en contextos de

movilidad territorial, y para entender la participación diferencial y asimétrica en que determinados colectivos de mujeres, étnicas y racialmente diversas, son inscritos al mercado de la oferta sexual” (230). En el caso de las mujeres afrocolombianas en Chile, las industrias de entretención sacan provecho de la reducción estereotipada de las colombianas negras a los límites del cuerpo; y tienden a profundizar la explotación beneficiándose de la violencia estructural que ha sometido previamente a las mujeres a la pobreza y a la condición social de inmigrantes⁵⁵. Adicionalmente, las jerarquizaciones que se elaboran dentro de los mercados de trabajo sexualizado, reflejan procesos de racialización evidentes puesto que hay una mayor concentración de mujeres blancas en los servicios más exclusivos, y una creciente participación de mujeres negras en locales de trabajo más precarizado como es el caso de los Cafés con Piernas.

Otro trabajo común para las mujeres afrocolombianas, es el de peluqueras o *manicuristas* en salones de belleza o centros de estética; algunas de ellas han avanzado hacia la independencia instalando sus propios negocios en este rubro que ha venido racializándose paulatinamente con la presencia de mujeres de países como Colombia y República Dominicana. Seis de las entrevistadas se habían desempeñado en este sector; dos de ellas continuaban trabajando en locales de belleza al momento de la entrevista; una de ellas tenía su propio negocio de *manicure* y venta de productos. Para las empleadas, se trata de otro trabajo de alta incertidumbre e informalidad, sin ningún tipo de garantía social, y cuidadosamente diseñado para la explotación. Según Carla, quien ha trabajado en unos diez locales de este tipo, en general las mujeres trabajan por comisión de acuerdo al número de clientes que atienden durante una jornada, esta comisión es del 40% sobre el costo total de los servicios (si el local provee los materiales); los servicios pueden oscilar entre los nueve mil y los 45 mil pesos. Si bien

⁵⁵ Según los relatos, los empleadores que ofrecen trabajos sexualizados están más abiertos a entablar contratos laborales si es que las mujeres necesitan regularizar su situación migratoria. Tres de las entrevistadas consiguieron permisos de residencia y trabajo a través de contratos en Cafés con Piernas y *night-clubs*.

los pagos se cancelan por “boleta de honorarios”⁵⁶, es decir que no existe ningún tipo de contrato que regule los derechos y deberes de ninguna de las partes, los locales sí exigen el cumplimiento puntual de horarios laborales, el uso de uniformes o ropa por ellos proporcionada, y la apariencia estilizada de las trabajadoras (maquillaje, peinado) que constituyen una parte importante de los servicios a ofertar. Las peinadoras y *manicuristas* suelen realizar, además, labores de orden y limpieza al interior de los locales sin recibir ninguna remuneración por este trabajo.

En este formato, al igual que en la mayoría de los empleos en mercados de trabajo sexualizado, son las peinadoras y *manicuristas* quienes asumen el costo (económico, emocional) de un mes de baja clientela, y quienes garantizan a sus empleadores mayores ganancias. Pero hay otras semejanzas entre los servicios de entretención varonil y los servicios de estética donde suelen desempeñarse las mujeres afrocolombianas. Para Arango (2010), “los códigos de vestido y la apariencia limpia y razonablemente atractiva expresan [una] sexualización controlada” de las mujeres que trabajan en los salones de belleza; adicionalmente, al igual que en los servicios sexuales o de acompañamiento, la atención incluye un manejo emocional importante que requiere “auto-control y sensibilidad para adaptar la conversación a las particularidades de cada cliente, administrando con precaución el grado de intimidad” (101). Es decir, que tanto en las industrias del placer como de la estética, encontramos “una ‘ingeniería’ del trabajo emocional, el cual es prescrito, exigido y controlado por las empresas” (99). De este modo, las industrias aquí referidas se apropian (103) del cuerpo y las emociones de las trabajadoras, y generan utilidades de este paquete de servicios.

Dos de las mujeres entrevistadas que habían sido empleadas en salones de belleza, decidieron denunciar a sus empleadoras ante la Inspección del Trabajo asumiendo un costo emocional y económico más profundo que la misma explotación (desempleo, falta de información y asesoría, desgaste psicológico, incertidumbre y dilataciones, trámites

⁵⁶ Prestación de servicios que no incluye ningún descuento para el pago de salud o de pensiones.

de visado interrumpidos, entre otros). Carla había iniciado su postulación para una visa temporaria con un contrato de trabajo en un local de estética en la comuna de Vitacura; sin embargo, los sueldos percibidos (entre salario base y comisiones) no correspondían con el trabajo realizado durante el mes; se trataba de un contrato sin imposiciones, sin derecho a vacaciones, sin derecho a enfermarse⁵⁷, y sin derecho a reclamar ante el racismo y la discriminación de la administradora del local⁵⁸. Un caso similar vivió Ana en otro negocio en el centro de Santiago donde, aún contando con permiso legal para trabajar, era explotada con un sueldo bajo sin ningún tipo de beneficio social.

Empecé a trabajar con ella y duré con ella un año y medio sin contrato, abusando, sin pagarme imposiciones ni nada, no me pagaba nada, y yo sabía que ella estaba en un delito y yo también pero yo por la necesidad llegué a estar trabajando, hasta que fui a la Inspección del Trabajo para exigirle que me hicieran un contrato (...), fui allá, los denuncié, fueron y me fiscalizaron, me encontraron ahí, y les exigieron que me hicieran mi contrato, me lo hicieron por tres meses, y en esos tres meses me hostigaron, me hostigaron hasta echarme. (Ana)

Dios sabe todo el trabajo que yo he pasado, que he estado sin trabajar prácticamente tres meses por ella, porque (...) me dañaron los papeles [trámite de visa] en Extranjería, me puso finiquito. (Carla)

No es posible terminar este apartado sin dedicar un espacio final a los que estarían siendo verdaderos procesos de esclavización contemporánea donde, bajo el espejismo de servicios laborales, las mujeres afrocolombianas se ven sumergidas en relaciones de

⁵⁷ “Me pidieron que me quedara ahí todas las vacaciones, que suplantara a todas las que iban a salir a vacaciones, yo tenía que cubrirlas a todas, y eso lo hice en el mes de enero y febrero, hasta marzo, tuve que suplantarlas a todas, yo no descansaba, pasé sin descansar, ni un día descansé, y eso no me lo pagaron, yo me llegué a enfermar, me enfermé y ese día me lo iban a descontar” (Carla).

⁵⁸ Llaman la atención los silenciamientos que intentan regular la experiencia de las mujeres aquí entrevistadas, y que fueron recurrentes en los relatos. “La dueña [del salón] decía que yo me tenía que quedar callada, que yo me tenía que quedar callada, callada, que yo no podía contestar, que yo no podía igualarme con ella, que yo tenía que dejarme maltratar de ella” (Carla). “Tú aquí no puedes decir nada, tú lo único que tienes que quedarte es ¡callada!, ¡callada!, ¡callada te tienes que quedar porque tú aquí estás en lo mío!” (Olivia). Para María Galindo y Sonia Sánchez (2007), estos silenciamientos son experiencias comunes a todas las mujeres en la medida en que intentan construir mutismos funcionales al orden desigual de la sociedad patriarcal; sin embargo, en el caso de otras mujeres (como las que están en situación de prostitución), el silenciamiento y la minimización psicológica sirven para perpetuar su lugar como “objetos” sin derecho a hablar y al servicio de los intereses económicos de otros (51).

explotación a cambio de asegurarse derechos mínimos como alimentación y vivienda. Sorprende aquí que dos de las mujeres entrevistadas hayan estado involucradas en este tipo de relación y, también, las notorias semejanzas entre estos procesos; en ambos casos las mujeres acababan de llegar a Chile (o se encontraban en frontera) sin recursos económicos ni redes; en ambos casos fueron abordadas en el espacio público con el objetivo de ofrecerles trabajo y vivienda; en ambos casos fueron capturadas en compañía de una amiga o familiar con la que se encontraban; en ambos casos fueron implantadas en trabajos sexualizados o, específicamente, en trabajo sexual. En los dos casos, existía la figura masculina de un “jefe” que actuaba como si fuese dueño de ellas restringiendo su movilidad y sus relaciones sociales; las mujeres hacían un sinnúmero de labores sin ninguna regulación (aseo, cocina, construcción, mensajería, prostitución o trabajo en Café con Piernas); nunca recibieron ninguna remuneración por estas labores, solo les era proporcionado un hospedaje precario y pequeñas raciones de comida; además de ser explotadas, su “jefe” las acosaba sexualmente y las violentaba a nivel psicológico. En ambos casos las mujeres se arriesgaron y pusieron fin a su esclavización.

Como dijera Falquet (2017), “la violencia contra las mujeres es una institución social central, a la vez mecanismo de mantenimiento de ciertas relaciones sociales de dominación y explotación, y relación social que estructura este sistema” (54). Esta noción apunta a que la violencia es utilizada de forma instrumental; es decir, que tiene fines materiales como la obtención de trabajo o de ganancias. Así, la violencia que viven las mujeres afrocolombianas no es fortuita sino más bien una condición necesaria para la existencia y continuidad de las industrias que ofertan servicios de proximidad (entretenimiento varonil, cuidado estético, labores domésticas), o bien para engrosar las economías de personas particulares.

3.4. Los "amores agresivos" y el recrudecimiento de las desigualdades

Entender la violencia como “relación social” (Falquet, 2017) que articula distintos ámbitos de la vida (lo privado y lo público, lo familiar y lo global), permite comprender cómo las agresiones contra las mujeres constituyen una red que garantiza el funcionamiento de la sociedad y de sus instituciones. El espacio familiar ha tendido a asumirse como un sistema cerrado sin control social, lo que garantiza el ejercicio del poder de la manera más autoritaria (Lagarde, 2005: 752) y el silenciamiento de las agresiones cometidas en este ámbito. Para Segato (2016), la absoluta impunidad del feminicidio surge precisamente de la presunción de lo doméstico como “espacio residual, no incluido en la esfera de las cuestiones mayores, consideradas de interés público” (117), y sin embargo, las violencias dentro de la familia (en particular en las relaciones conyugales) afectan de modo directo la experiencia dentro del espacio público, así como reafirman la ideología y el modelo dominante (las lógicas de género, la marginalidad social y racial, entre otras). En este apartado, nos interesa analizar las violencias del mundo doméstico-conyugal y la manera como éstas profundizan las desigualdades estructurales, acentúan la precariedad económica, laceran la autonomía, y complejizan los procesos migratorios. Entendemos, de entrada, que la profundidad de la violencia estructural en sectores sociales condenados a la exclusión, tiende a recrudecer las dinámicas violentas dentro del mundo comunitario o “privado” mediante un *continuum* (Viveros, 2016a: 3). Existe entonces una constante interrelación entre las experiencias de agresión al interior de la familia, y la crudeza (o recrudecimiento) de las condiciones estructurales adversas.

De las ocho mujeres con las que conversé, tres mantenían relaciones de matrimonio o de convivencia heterosexual, una de ellas a distancia; la mayoría de las relaciones relevantes habían sido con hombres afrocolombianos (tanto en Buenaventura como en Santiago), y tres de ellas con hombres blancos chilenos. En al menos siete de

los casos, la relación con sus parejas había significado la complejización de las condiciones socioeconómicas y psicológicas de las mujeres. Seis de ellas eran madres, con un promedio de 2.8 hijos por persona; solo en dos de estos casos, el padre asumía la manutención de los hijos (más no los cuidados); en uno de los casos, el padre custodiaba y cuidaba a uno de cuatro hijos; cuatro de seis madres asumían la totalidad de los costos económicos asociados a la crianza. A grandes rasgos, el modelo de relación conyugal entablado oscilaba entre las alianzas con un compañero proveedor, o bien, las correspondencias aparentemente mediadas por los afectos. En siete relatos pudieron rastrearse distintas formas de violencia intrafamiliar; desde agresiones físicas y psicológicas, hasta la pérdida de autonomía, el confinamiento al espacio doméstico, la estafa o la infidelidad. Como ruta de análisis para rastrear dichas violencias, partimos de entender que:

La violencia contra las mujeres es de distinta índole y adquiere diferentes manifestaciones de acuerdo con quién la ejerce, contra qué tipo de mujer, y la circunstancia en que ocurre. Hay la violencia de sojuzgamiento económico, de la imposición de decisiones, del engaño, de la infidelidad, del abandono. La violencia afectiva y corporal –reconocida como crueldad mental y como violencia física o “sexual”– implica gritos, maltratos, humillación, distintos grados de ultraje erótico, el secuestro, los golpes, la tortura y la muerte. (Lagarde, 2005: 259)

De manera directa o indirecta, las relaciones de violencia al interior de la pareja tuvieron que ver con los procesos de migración de las mujeres y colaboraron a precarizar o dificultar estos trayectos. En el caso de Carla, quien era propietaria de una próspera peluquería en Buenaventura, la vivencia de una estafa por parte de su ex pareja derivó en una grave situación de endeudamiento que impulsó la migración. Para Eleonora, fue más bien el confinamiento al ámbito doméstico, aunado a la pérdida de toda autonomía y de poder a lo largo de 25 años de matrimonio, los que gatillaron una emigración también complejizada por las deudas⁵⁹. Dayana y su hermana sostenían relaciones conyugales

⁵⁹ En este caso, como acuerdo implícito de la alianza matrimonial, Eleonora no ejerció sus estudios técnico-profesionales sino que se limitó a desarrollar actividades compatibles con el cuidado de los hijos y las labores domésticas (venta de productos por catálogo, confección y venta de artesanías). Siendo escasos

atravesadas por la violencia doméstica; ambas fueron apuñaladas y amenazadas por ex parejas, al tiempo que sufrían violencia sexual por parte de actores armados en Buenaventura. Por su parte, Ana emprende la migración con su hijo menor esperando encontrarse con su marido, pero en Chile descubre que él está conviviendo con otra mujer; este hecho empuja a Ana a una vivienda precaria e inestable de pago por días y al trabajo (más accesible) en un *night-club* en el centro de Santiago. En el caso de Rosana, la alianza matrimonial con un hombre chileno que conoció por internet parecía capaz de subsanar la violencia estructural del desempleo y la desigualdad en Buenaventura; la relación resultó, no obstante, en un vínculo de violencia intrafamiliar donde era anulada y ridiculizada por su esposo (entre otras cosas, por ser negra). Como dice Lagarde (2005), “(...) el ámbito doméstico es peligroso: en él hay contradicciones y es el mundo del amor agresivo” (752). Dentro de la familia “se recrudecen y se agudizan las contradicciones de género, de edad y de clase” (752); del mismo modo, en todos estos casos, la migración hacia Chile se produjo más bien como una fuga frente a la insostenibilidad (física, económica, emocional) de los modos de vida en el lugar de origen, y el rol de la pareja no fue precisamente contribuir al mejoramiento de dichas condiciones, sino más bien acentuar (cuando no empeorar) las desigualdades estructurales de género, raza, clase y nacionalidad.

Las paternidades “voluntarias”, en un contexto migratorio donde se produce la pérdida de redes matrifocales⁶⁰, ejemplifican, a mi modo de ver, la manera en que la violencia del espacio familiar puede profundizar la precariedad material de las afrocolombianas de escasos recursos. En este punto, conviene anotar que el ejercicio paterno suele representar un rol más bien secundario dentro de las familias afrodescendientes. Para Hill Collins, “la centralidad de las mujeres tiene que ver menos con la ausencia del padre y más con el rol significativo de la mujer en las sociedades afroamericanas” (2009: 192) [*traducción propia*]. Así, es común que las familias

los recursos por ella recogidos mediante estas actividades, se produce el endeudamiento a través de tarjetas de crédito y esta carga se traslada con ella hacia Chile.

⁶⁰Tipo de parentesco donde la madre funciona como figura ordenadora de las relaciones sociales.

afrocolombianas se cimentan sobre el parentesco femenino (Viveros, 2002: 142 -146) y, en este marco, es habitual la figura de madres sustitutas (abuelas, tías, primas, hermanas) que asumen el cuidado y la eventual adopción de los menores de edad (Hill, 2009: 193). Ahora, estas redes femeninas se activan y funcionan como soporte en el marco de la migración cuando los hijos de mujeres migrantes son adoptados (temporal o definitivamente) por otras mujeres de la familia que permanecen en el lugar de origen. Sin embargo, dado el contexto de violencia estructural de desempleo y pobreza en Buenaventura, la mayoría de madres biológicas migrantes continúan asumiendo la manutención económica de los hijos y, en la mayoría de los casos, también el cuidado. Así, vemos cómo la necesidad de cubrir los gastos de educación y crianza recrudece las condiciones socioeconómicas de las madres afrocolombianas, acentuando las violencias estructurales de género, raza y clase (como la tendencia a insertarse en mercados de trabajo sexualizado y a inscribirse en relaciones de explotación).

La mayoría de [mujeres] bonaverenses que yo he encontrado acá en Antofagasta, en Iquique, en Santiago, tienen dos, tres hijos sin papá, que, bueno, tú sabes que allá [en Buenaventura] son los “magos”: hacen los hijos y se desaparecen, entonces la mayoría tenían que dedicarse a la prostitución porque era la manera de conseguir el sustento para sus hijos mucho más rápido y la cantidad necesaria. (Yesenia)

No es fortuito que, dentro de las mujeres entrevistadas, el grupo de madres que asumen las obligaciones económicas de sus hijos coincide con el grupo de quienes trabajaron alguna vez, o continúan trabajando, en el entretenimiento varonil (en prostitución, *Café con Piernas* y *night-clubs*). En estos casos, una parte de los padres había desaparecido y otros ejercían presencia voluntaria sin asumir mayores responsabilidades. Para Lagarde (2005), el modelo de paternidad imperante depende de la “voluntad de aceptación del hombre” y, frecuentemente, responde a la continuidad del vínculo conyugal (374). De la misma manera, aquí la disolución de las relaciones afectivas había derivado en el desvanecimiento de la presencia paterna y en la asunción de las obligaciones de manutención por parte de las mujeres. Esta carga económica y emocional complejiza los recorridos migratorios y tiende a agravarse dado que en

Santiago no existen redes de soporte mujeril tan robustas como en el Pacífico colombiano (a menos que se trate de vínculos directos con madres y hermanas): la mayoría de mujeres confesaron estar prácticamente solas en el contexto de la migración, desprovistas de los lazos comunitarios que funcionaban en Buenaventura.

(...) en Buenaventura usted está en su pueblo y todo el mundo lo conoce, uno dice “bueno, yo hoy no tuve un plato de comida pero yo sé que un vecino le puede regalar un plato de comida a mi hijo, a cualquier familiar”, acá si usted no tiene familia y no conoce a alguien, se muere de hambre. (Dayana)

(...) uno está solo, en una ciudad uno está solo, acá no hay esa parte solidaria, acá uno llega a una casa y a ti no te van a dar un plato de comida *po'*, allá uno llegaba a una casa y si había comida te daban. (Rosana)

Confinadas en trabajos de escasa remuneración y con grandes dificultades para asegurar no solo su propia subsistencia, sino también la de sus familiares; las mujeres afrocolombianas encuentran en la conyugalidad una manera de garantizarse la sobrevivencia. Esto no es distinto de la experiencia de otras mujeres que “deprivadas de los medios para ganarse la vida (...), están siendo obligadas a intercambiar su sexualidad, objetificada, en contra de su sobrevivencia material, ya sea en el marco del matrimonio o en cualquier otra forma de intercambio económico-sexual” (Curiel y Falquet, 2005: 17 citando a Delphy, 2008). Así, la imposibilidad estructural de recibir una remuneración suficiente y justa por su trabajo, aunada a las obligaciones materiales que asumen a nivel familiar, impulsa a las mujeres (y más aún, siendo migrantes) al mercado matrimonial⁶¹. Es sabido, por lo demás, que los mercados de trabajo sexualizado funcionan como plataforma para los mercados matrimoniales (Hurtado, 2009; 2014). Así, la conyugalidad es una posibilidad que descansa en el imaginario de

⁶¹ Un ejemplo a este respecto fue una conversación que tuve con Ana hace algunos meses. Yo venía presenciando su depresión por la imposibilidad de conseguir un empleo fijo y pagar las deudas que había asumido para cubrir vivienda y alimentación para ella y sus hijos. El mensaje decía que, ante la imposibilidad de obtener un trabajo, había pensado crear un perfil en cierta agencia matrimonial que funcionaba por internet (www.colombiancupid.com), me habló de un par de amigas que habían logrado alianzas provechosas (con hombres europeos y de Estados Unidos) y que ahora estaban en Noruega o vacacionando en Aruba. Conseguir un esposo era, en otras palabras, conseguir otro tipo de empleo.

las afrocolombianas⁶² como parte de un conglomerado de estrategias contempladas para sortear la adversidad económica⁶³. Seis de las ocho entrevistadas habían dependido económicamente, de modo parcial o total, de compañeros varones (tres de ellos chilenos), pudiendo acceder a derechos mínimos al interior de estas relaciones (alimentación, vivienda, tiempo libre, visados). Sin embargo, el costo de estas alianzas era alto. En al menos cuatro de los casos las relaciones se habían visto atravesadas por prácticas violentas, siendo común la anulación psicológica, la pérdida de autonomía y la sumisión, la reducción a las labores domésticas y de cuidado infantil, y las repetidas infidelidades.

(...) él me trataba muy mal, él me mataba el hambre a mí, me maltrataba psicológicamente, horrible, de ahí eh yo como que, me decía “tú no tienes derecho a nada”, ahí ya empecé a ser como una subordinada, una esclava, una cuestión así rara *po'*, me decía “tú no tienes derecho a nada, si tú no pones un peso en la mesa tú acá no sirves para nada, tú no tienes derecho a opinar”. [Rosana]

Yo [le] decía [a mi hijo], “no, no creo y además usted sabe que su papá siempre ha dicho que no”, o sea mi esposo, prácticamente mi esposo era el que tomaba las decisiones. [Eleonora]

La mayoría de las mujeres continuaron trabajando mientras sostenían relaciones de convivencia con un varón proveedor; en estos casos, dichas labores estaban mediadas por la necesidad de enviar remesas económicas que el intercambio conyugal no cubría⁶⁴.

⁶² Fueron recurrentes los pasajes sobre mujeres que habían logrado alcanzar un modo de vida holgado (cuando no lujoso) a partir de alianzas conyugales en el marco de la migración. Uno de los casos era justamente el de la tía de Yesenia, quien había migrado a Italia en los años 70' y había caído presa de una red de trata de mujeres. Reducida a la esclavitud y a la prostitución, finalmente es “liberada” por un hombre italiano con mucho dinero que se casa con ella. Este matrimonio y el acceso a los recursos del marido, favoreció la migración de otros familiares y, además, garantizó el acceso a privilegios sociales (alimentación, vivienda, educación, ocio) de dos generaciones en Buenaventura.

⁶³ Esta posibilidad no solo es pensada por las mujeres negras, sino que es transversal a todas las mujeres y responde a la concepción social de que las alianzas conyugales serían provechosas para garantizar la estabilidad económica. Esta es otra muestra de cómo los espacios “privados” y públicos funcionan en correlación intrínseca, siendo imposible su total segmentación.

⁶⁴ Una dinámica similar observó Teodora Hurtado (2009) en el caso de afrocolombianas de Buenaventura que migraron hacia España e Italia en los años 90'. Ellas también se insertaron laboralmente en servicios de proximidad (en particular, prostitución), y esto les sirvió para inscribirse en los mercados matrimoniales. Después del matrimonio, la mayoría continuaron trabajando con el fin de enviar remesas

En todos los casos, se trató más bien de trabajos flexibles que, de paso, resultaban convenientes para mantener la desigualdad (genérica, económica y, en algunos casos, racial) a nivel familiar. Según Viveros (2016a), “algunos hombres impiden que la mujer trabaje fuera de la casa porque se considera que el lugar apropiado para las mujeres es el hogar, esto se da debido a un deseo de preservar el orden tradicional de género. En este caso, el hombre está afirmando su poder” (4) [*traducción propia*]. Del mismo modo, algunas habían reducido sus posibilidades laborales a ciertas actividades que fueran funcionales al matrimonio convencional (vender ropa, artículos por catálogo, o manualidades); sin embargo, la complejidad de esta dinámica descansaba en que revertir dicho orden podía poner en riesgo la conyugalidad, es decir, que había una especie de acuerdo implícito de reclusión en el hogar. Olivia continuó trabajando por días en un Café con Piernas para poder enviar dinero a Buenaventura y, de algún modo, este hecho colaboró en dinamitar una relación de varios años con un hombre chileno (que había conocido ahí mismo).

Si yo fuera de esas personas que se olvidan de su familia, podía haberme traído a mis hijos que era lo que él me proponía, traer a mis hijos y no trabajar, quedarme en la casa, yo sabía que él me podía dar las cosas de la casa, pero no, no, no fue así, yo tengo mi familia, mi mamá más que todo, así que siempre trabajé, porque la idea de él era que yo trajera todos mis hijos, que él me los iba a ayudar a traer, y que yo me quedara en la casa, *que no me matara tanto*, o que hiciera algo como vender mi ropa, pero hasta ahí no más. [Olivia]

En la mayoría de los casos analizados, las mujeres mostraron altos niveles de tolerancia frente a las prácticas violentas generadas al interior de las relaciones conyugales, y en particular sobre la infidelidad; a ratos justificaban a sus compañeros, y dilataban los procesos de separación por la imposibilidad de procurarse sustento, o bien

económicas, y las labores que desarrollaron permanecieron relacionadas con el ámbito conyugal, “desempeñando otros oficios de la vida cotidiana [como] el servicio doméstico, el cuidado de personas, como obreras en microempresas familiares o particulares u ocupadas en el desempeño de tareas no especializadas en lugares donde también puede trabajar su cónyuge” (155).

porque se sentían “en deuda” por la manutención “prestada”⁶⁵. Como dijera Lagarde (2005), “la madresposa acepta compartir a su cónyuge con otras, y se siente culpable al aceptar la situación de infidelidad a cambio de la satisfacción de sus carencias” (617). En efecto, resultaba más fácil finalizar vínculos con la pareja en la medida en que la cobertura económica se veía fracturada. “Yo lo tomé [la infidelidad], lo tomé normal, seguimos normal, yo no le *paraba bolas* a nada, estábamos tranquilos, salíamos, bailábamos, nos divertíamos, dormía en la casa, no dormía, nos daba, nos mantenía, todo bien, chévere, pero ya después todo se fue dañando, porque ahorita [él] no tiene trabajo” [Ana].

De esta manera, la violencia ejercida sobre las mujeres afrocolombianas, tanto en el espacio público como en el doméstico, tiende a operar de modo sincrónico para mantener la subalternidad de género, raza, clase y nacionalidad. La imposibilidad de entablar relaciones afectivas más igualitarias y de colaboración, o inclusive prescindir de ellas, deja expuestas las heridas socioeconómicas que operan de manera orgánica y que intervienen la totalidad de la experiencia migratoria. Así, la adversidad estructural a menudo busca ser solventada mediante alianzas que privatizan los servicios de proximidad; o bien, las violencias del espacio conyugal acentúan o profundizan las desigualdades estructurales.

⁶⁵ Hago énfasis en la manera como las mujeres (y no solo las afrocolombianas no-privilegiadas) asumen la manutención económica como si fuese un “favor” por parte de sus cónyuges (aún sean estos maltratadores). Existe un desconocimiento generalizado sobre los términos de dichas conyugalidades mediante las que se estarían intercambiando servicios sexuales, domésticos, y de cuidado por servicios de manutención.

CAPÍTULO IV. SER MIGRANTE, SER FAMILIA, SER MUJER: LAS IDENTIDADES COMPARTIMENTADAS

4.1. Sobre identidades e identificaciones

Abordar los relatos biográficos desde la teoría de las identidades, nos permite entender cómo pueden estarse construyendo posicionamientos subjetivos frente a distintas dimensiones de la vida en contexto migratorio. La idea de Hall (2003: 20) sobre las identidades como “puntos de sutura” es bastante útil a este respecto, puesto que permite entender cómo las interpretaciones que los sujetos elaboran acerca de sí mismos, buscan responder o interpelar los órdenes sociales, las configuraciones históricas, las instituciones y los discursos donde se ven inscritos. Estos “procesos” se ubican en el espacio de la representación; es decir, que el análisis de las narrativas puede dar pistas acerca de cómo los sujetos se sitúan frente al mundo. Los discursos “no [refieren a] ‘quiénes somos’ o ‘de dónde venimos’ sino [más bien] en qué podríamos convertirnos, cómo nos han representado y cómo atañe ello al modo como podríamos representarnos” (Hall, 2003: 17-18). Pero, si bien las identidades se construyen discursivamente, ello no implica que se restrinjan al ámbito discursivo (Briones, 2007: 67 – 68) puesto que conllevan a prácticas concretas con cierto grado de materialidad donde se inscriben “rutinas, dispositivos, ordenamientos espaciotemporales, arreglos institucionales”, entre otros. En este sentido, si analizamos las identidades podemos también acercarnos a los modos en que se tejen acciones en el plano político y relacional.

Para Cooper y Brubaker (2000), hablar de identidad a secas puede remitir a cierto espejismo de unidad y permanencia; por el contrario, hablar de “identificaciones” permite entender más bien como “procesos” los discursos múltiples, a veces ambivalentes, que emanan del contacto personal frente a diversas circunstancias. En efecto, los procesos de identificación no presuponen una “coherencia interna” [*internal*

sameness], y sufren transformaciones de acuerdo a las interacciones sociales. Los autores diferencian las identificaciones relacionales de las categóricas; las primeras responden a una “red relacional” (de parentesco, de amistad, de trabajo, etc.), y las segundas responden a adscripciones en distintas categorías (raza, género, nacionalidad, orientación sexual). Las interacciones sociales explican por qué las identidades pueden ser flexibles y a veces contradictorias, puesto que pueden adecuarse a distintos contextos. Sin embargo, esta flexibilidad no quiere decir que las identidades no puedan presentarse como una totalidad (Briones, 2007: 68) o que no motiven posturas ciertamente sólidas como observa Craig Calhoun en los estudiantes chinos que enfrentaron la masacre de Tiananmen mediante la identidad del honor (Cooper y Brubaker, 2000: 17). En adelante, entenderemos las identidades como las formas discursivas que encuentran los sujetos para articularse como tales, lo cual surge de trabajos de identificación donde se negocia con circunstancias sociales específicas (Briones, 2007: 71) .

Ahora, tanto las estructuras donde se inscriben las experiencias como el espacio de las identidades mismas, son procesos complejos que no responden a la libre elección de los sujetos sino que se sitúan en redes de estratificación y de poder (68). Como anota Briones (2007), “la flexibilidad [no] es un valor/recurso igualmente distribuido” (69). En este sentido, la teoría de las identidades tiende a generar confusiones en cuanto a los límites de las “flexibilidades” y los márgenes dentro de los que se producen los procesos de identificación. En el caso de los migrantes afrodescendientes, entendemos que estos procesos pueden verse mayormente restringidos por las realidades sociales de precariedad y violencia. Así,

(...) las identidades y las políticas de identidad no pueden verse como fruto exclusivo de una acción racional orientada por intereses y estrategias libremente estipuladas, porque ninguna acción opera desgajada de maquinarias estratificadoras que nos dan acceso diferencial a la experiencia y el conocimiento, de maquinarias diferenciadoras que codifican y buscan estabilizar las identidades dentro de un sistema de diferencias autorizadas, y de maquinarias territorializadoras que definen dispares movilidades

estructuradas que indican por qué lugares cada cual puede o no moverse, a cuáles cada cual puede o no acceder. (68)

Otra precisión conceptual nos lleva a considerar que “la identificación del yo tiene lugar en un interjuego dialéctico con identificaciones externas, y ambos no necesariamente deben converger” (Cooper y Brubacker, 2000: 19)⁶⁶. En todos los casos, una dimensión crucial para conformar identidades tiene que ver con el contacto con “otros” y con las percepciones que estos construyen sobre nosotros. En el análisis que aquí desarrollamos será importante explorar las posibilidades de construcción simbólica que emergen en escenarios donde ese contacto con la otredad se encuentra mediado por experiencias de discriminación y estigmatización social. Honneth sostiene que surge una “lucha por el reconocimiento” luego de atravesar emociones negativas asociadas a experiencias de rechazo o exclusión; en este sentido, “es sólo al reconquistar la posibilidad de una conducta activa que los individuos pueden deshacerse del estado de tensión emocional al que son sometidos” (Honneth, 1995 en Larraín, 2001). Esto es particularmente importante en la medida en que permite entender “[cómo] la identidad del sujeto se construye no solo como una expresión del reconocimiento libre de los otros sino también como resultado de una lucha por ser reconocido por los otros” (31).

Las identidades de sujetos/as negros/as en sociedades multiculturales remiten a las relaciones de dominación y resistencia, de tensión y negociación con los estereotipos o las “imágenes de control” (a modo de Hill Collins, 2009). Una tendencia frente a esto, es que se producen procesos de identificación que, si bien descansan en actos de reacción, caen en el peligro de replicar las categorías de dominación imputadas (véase Hall, 2010; Santos, 2009; Zapata y Stecher, 2015). En los discursos de intelectuales negros e indígenas que Zapata y Stecher (2015) analizan, se produce la re-apropiación de elementos simbólicos que han sido construidos en torno a ellos; de esta manera,

⁶⁶ Dentro de las identificaciones externas se encuentran también aquellas que construyen las instituciones sobre los individuos y colectivos, estas pueden no estar mediadas por el ejercicio dialéctico antes mencionado (en el caso de los Estados nacionales, por ejemplo) (Cooper y Brubacker, 2000: 19).

nociones negativas sobre lo indio y lo negro (irracionalidad, salvajismo, animalidad) son re-interpretados de forma positiva (como intuición, ecologismo, comunalidad). Por su parte, Mara Viveros (2002) aborda las identidades masculinas en el caso de hombres afrocolombianos provenientes del Chocó, anotando algunas estrategias de negociación personal frente a los estereotipos de lo negro (poder sexual, talento innato para la música y el baile). Además de la naturalización de las diferencias y su conversión en atributos positivos; Viveros apunta la estrategia de relativización mediante la cual se minimiza la importancia del estereotipo, o bien, se busca defender una relación de *igual a igual* con la sociedad mayoritaria.

La experiencia de ser negro en un contexto predominantemente blanco, atravesado por el rechazo y la exotización, aparece ya en las reflexiones de Fanon (1973); allí la identidad negra se expresa acorralada entre el señalamiento, pero el deseo imposible de mantener el anonimato debido a la marca del color de piel, genera una respuesta que es la necesidad de mostrarse en el mundo exterior⁶⁷. Esta transacción aparece acompañada de la ira, de una cierta actitud a la defensiva derivada de la vivencia de la estigmatización. “Sentí nacer en mí hojas de cuchillo. Tomé la decisión de defenderme” (97). Este posicionamiento diseñado para la defensa es algo que veremos en las historias aquí analizadas, puesto que las experiencias se encuentran atravesadas por diversos tipos de hostilidad.

Pero hay otro elemento en Fanon que nos es de mucha utilidad; “Fanon anuncia la experiencia de un mundo que le niega su vida interior, *desde el punto de vista de su vida interior*”, dice Lewis Gordon (2016: 240) [*cursivas en el original*]. En efecto, Fanon habla de una “sobredeterminación” que sufre desde el mundo exterior debido a su apariencia, por lo que allí se produce una especie de contienda hacia afuera; pero también nos deja ver el tejido sensible de cierto mundo interior. Esto sugiere la idea de

⁶⁷ “Como me era imposible partir de un *complejo innato*, decidí afirmarme en tanto que NEGRO. En vista de que el otro dudaba en reconocirme, solo me quedaba una solución: hacerme conocer” [*cursivas y mayúsculas en el original*] (93).

la identidad negra como una vivencia de marcada compartimentación, entre las luchas del espacio público y el universo “privado”. En la cotidianidad, dichos espacios se intersectan entre sí, puesto que las relaciones sociales son “construcciones simultáneas de distintos órdenes de clase, género y raza, y en diferentes configuraciones históricas” (Viveros, 2016b: 12).

En la medida en que participamos de distintas categorías sociales, se complejiza el ejercicio de la identificación, y se producen tensiones difíciles de solventar en un discurso unificado. En el caso de las mujeres migrantes, las contradicciones parecen aún más acentuadas, y requieren la negociación entre distintos lugares (el pasado y el presente, el origen y el destino, la familia y la individualidad, el retorno y el exilio). El análisis de las identificaciones consiste en observar cómo se despliegan o contraen distintas facetas personales en cada uno de los contextos donde operamos (12). “Pensar en las identidades femeninas significa enfrentar no uno solo otro sino varios otros y otras en torno a los cuales las personas definen sus contornos” (Herrera, 1999: 130). Las voces que aquí analizamos incluyen posturas como mujeres, como afrodescendientes, como migrantes colombianas, como trabajadoras, como hijas, como madres; y hay también una especie de presencia simultánea entre todas ellas. Como nos recuerda Gloria Anzaldúa (1987): “Because I, a *mestiza*, continually walk out of one culture, and into another, because I am in all cultures at the same time, *alma entre dos mundos, tres, cuatro, me zumba la cabeza con lo contradictorio.*” (1987 :77) [*cursivas en el original*]

Los estudios sobre migración en Chile, han arrojado pistas sobre la manera como se están construyendo los procesos de identificación en el caso de migrantes no-privilegiados y racializados. El estudio de Valle (2014) sobre afrodescendientes en Santiago, aborda los dispositivos discursivos que se estarían utilizando para producir subjetividades en medio de la estigmatización; estos dispositivos son denominados por ella como procesos de “resistencia retórica” y acuden tanto al ocultamiento de las experiencias de discriminación como a la exaltación de la negritud en términos positivos

(el orgullo de ser negro). Por su parte, Lahoz (2011) aborda el caso de las mujeres peruanas y la manera como negocian con los estereotipos que se elaboran sobre ellas tanto en las sociedades de origen como en las de destino, observando que las reacciones varían entre la asunción de las características atribuidas y la abierta oposición frente a las mismas. Pensamos aquí que estos movimientos se enmarcan dentro de las luchas por la reivindicación propia (Honneth, 1995) en un espacio público donde la pulsión primigenia apunta hacia la sobrevivencia; en este sentido, el uso de los esencialismos resulta muchas veces estratégico y funcional (Spivak, 2008: 1988).

Stefoni y Bonhomme (2014), proponen la existencia de ciertos ejes articuladores que dan sentido a la experiencia transnacional; algunas de estas dimensiones serían el trabajo, la familia y las redes sociales. Veremos que la familia resulta ser, en efecto, un núcleo vital en los procesos de identificación de mujeres afrocolombianas, pero pretendemos iluminar más bien las tensiones que se relatan acerca de este espacio de la vida. Algo similar sucede con las relaciones de pareja que se ven atravesadas por dinámicas de poder donde la economía juega un papel relevante; a este respecto, coincidimos con Thayer (2011) en observar cómo en el marco de la migración se pueden estar redefiniendo los roles de género cuando las mujeres alcanzan una cierta autonomía económica. Como se verá, las luchas por la independencia no están desprovistas de conflicto sino que se zanján entre el enfrentamiento y la oposición familiar. De esta manera, si bien la familia es un eje que da sentido a la experiencia migratoria, el rol familiar no solo se encuentra mediado bajo la visión naturalizada de la “buena madre” (Herrera, 1999: 131), esposa o familiar, sino que incluye estrategias tendientes a la recuperación de un espacio individual a ratos obscurecido entre las relaciones de parentesco.

Thayer (2011) afirma que los grupos e individuos tienden a priorizar elementos adherentes a su condición social de migrantes (trabajo, género, discriminación), dejando de lado los “referentes culturales heredados” de sus lugares de origen (77). Como se

vislumbra en las entrevistas de afrocolombianos que hacen Stefoni y Stang (2016) en Antofagasta⁶⁸, hay una tendencia a negar la calidad forzada del desplazamiento territorial, generando una definición propia bajo la etiqueta de “migrante voluntario” que borra los hechos victimizantes y reivindica el poder de decisión o de voluntad. Esto es importante porque permite entender que, aún viniendo de entornos caracterizados por el conflicto armado, la identificación como “víctimas” no es ciertamente hegemónica como tampoco lo es la adscripción a rótulas de etnicidad o de racialidad que operan en las sociedades de origen y de destino. Al contrario, como bien podemos encontrar en los relatos de cualquier mujer, el espacio individual se encuentra motivado por la búsqueda del sentido, por el deseo de independencia o de expansión que a ratos incluye la renuncia frente a etiquetas socialmente entregadas (madre, esposa, afrodescendiente, “víctima” de la guerra, “víctima” de la pobreza estructural, “desplazada forzada”).

4.2. Luchar, adaptarse, sobrevivir: posicionamientos en el espacio público

Como hemos visto, el espacio público donde se instalan las experiencias de las mujeres afrocolombianas aquí entrevistadas, se caracteriza por la hostilidad en un amplio número de campos; desde los impedimentos para ingresar regularmente al país y obtener permisos de trabajo, pasando por las prácticas de explotación laboral, la dificultad de acceder a residencias dignas, los procesos de racialización y exotización, las vivencias de abuso y acoso sexual, e incluso las relaciones de esclavización contemporáneas. Las estrategias de posicionamiento en medio de este escenario son diversas, más coinciden en el objetivo primigenio de alcanzar la supervivencia dentro de unos márgenes de acción ciertamente constreñidos. Como dijera Patricia Hill Collins, “las voces de las mujeres afro[latino]americanas no son las voces de las víctimas, sino de las sobrevivientes” (Hill, 2009: 109) [*traducción propia*]; en este sentido, los procesos de identificación que se inscriben dentro de este “mundo exterior” se

⁶⁸ Una ciudad minera al norte de Chile donde la migración colombiana ha sido representativa en los últimos años.

corresponden, precisamente, con relatos de sobrevivencia, de lucha y adaptación. Todos ellos se trazan dentro de la función *performática* de las identidades (Santos, 2009); son puestas en escena pero operan con finalidades prácticas y materiales específicas (Briones, 2007: 68) en espacios donde está en juego la vida, la dignidad humana, la protección de la integridad, la elaboración de una versión reivindicativa del sí misma, o la manutención.

(...) me han gritado “negra sucia”, “negra *culiá*”, me han querido escupir los pies en las *micros*, pero de igual manera yo, yo no soy boba [tonta], yo puedo ser de todo pero a mí un chileno me tira y yo le tiro. Yo no soy familia de ellos, yo aquí no vengo a hacerle ningún mal a ellos, yo vengo solamente a trabajar. (Dayana)

Un lugar recurrente en las identificaciones del espacio público, es ocupado por discursos conducentes a la defensa y la protección; a menudo se trae a colación la dureza del carácter, la ponderación positiva de la desconfianza y de cierta agresividad en medio de relatos que van acompañados de tonalidades y gestualidades toscas. Estos posicionamientos se producen en lugares donde el mundo exterior es leído como una amenaza y es preciso esforzarse para generar respeto, o bien, distancia, de personas potencialmente riesgosas. “Me ven la cara de enojada pero no es que esté brava”, “no me gusta que me pasen a llevar, porque el que me pasa a llevar, me encuentra”, “yo he sido así, nunca me he dejado de nadie”, “cuando yo me vaya de aquí quiero irme bien, pensar las cosas antes de hacerlas, no confiar en nadie”, “en el trabajo que yo estoy (...) yo no me meto con nadie, no soy amiguera, yo pa’ ser amiga de una persona tiene que esa persona caerme muy bien, o de a poquitito”. Estas posturas de rudeza tienen su génesis en contextos adversos, donde la desconfianza se fue constituyendo como un valor a cultivar. “[Yo] confiaba mucho en la gente, todo lo que me pasó fue por confiar en la gente”, decía Carla refiriéndose a la experiencia de fraude por parte de su ex - pareja y al proceso de ruina y endeudamiento que vino después. El ejercicio de la desconfianza ya mediaba los relacionamientos en medio de la guerra cotidiana de Buenaventura, donde las mujeres debían seleccionar cuidadosamente sus compañías, “[uno andaba] como a la

defensiva (...) porque si tú te juntas con alguien que es malo, y si llegaran a matar a esa persona que era mala, si tú estabas ahí, a ti también te podían dar” [Rosana]. Pero se refuerza y se profundiza en Santiago en medio de las calles, o de los inquilinatos y, particularmente, en los lugares de trabajo. Se construye entonces una apariencia asociada a la rudeza, a la tosquedad, se pone en juego una máscara (a modo de Fanon) que a menudo dialoga con prácticas de alejamiento frente a otras personas y con círculos sociales de difícil acceso, pero que garantiza el respeto por parte de otros en respuesta a la dureza de la reputación. “No se meta con las negras, usted sabe que las negras son *pesadas*”, dijo el dueño de un Café con Piernas a una chilena que había sido enfrentada por Olivia al pretender monopolizar la atención de los clientes.

En contraste con la aspereza de este posicionamiento, se produce otro movimiento de identificación que puede darse de manera paralela y en los mismos espacios. Este movimiento refiere al buen tono, al “buen ánimo”, al contacto amigable; en general surge en lugares de trabajo donde se pretende captar clientes y, adicionalmente, hace un “uso estratégico del esencialismo” (Spivak, 2008: 1988) explotando de modo conveniente el estereotipo del colombiano amable asociado a las buenas prácticas de servicio al cliente. “Empecé (...) a tratar súper bien a mis clientas, hablándoles con amor, y ahí las fui atrayendo, las fui atrayendo, con el carisma que nos caracteriza a los colombianos porque somos buenos para atender” [Rosana]. Este carisma “natural” de los colombianos, surte efecto en la vida práctica y a menudo va acompañado de anécdotas de éxito laboral y de prosperidad en los negocios; “yo ya no era solo recepcionista, era jefe de personal”, “[ahora] yo me siento a las 10 de la mañana y yo no paro de hacer uñas ni un minuto (...) hay gente que ni siquiera alcanzo a atender”. Según uno de los relatos, el estereotipo de la amabilidad se asocia, igualmente, a la esencia del ser negro en contraste con la áspera “naturaleza” del chileno; “acá la gente es tosca, acá la gente no es de piel, anda todo serio, anda todo malgeniado, y eso pasa, entonces hizo que la gente fuera llegando, ‘¡ay, la negrita tan simpática que es!, ¡a mí me gusta comprar aquí porque es tan linda para atender!’”. Por lo demás, el buen

humor, la buena cara, es también una estrategia de posicionamiento en el mundo externo que permite evadir estados de ansiedad y depresión del mundo interno, “en muchos momentos he estado *bajoneada*, he llorado, y luego vuelvo y me levanto, y hay mucha gente que conozco que me dice que lo que más le gusta de mí es eso, me dicen ‘usted todo el tiempo *trata* de estar como de buen ánimo’” [Eleonora].

La dimensión racial atraviesa longitudinalmente las trayectorias de las mujeres afrocolombianas; en los relatos aquí analizados vemos que es en los pasajes sobre el espacio público donde tienen lugar, de modo explícito, los discursos que atañen a la negritud. Cabe anotar que, en varias ocasiones, estos discursos resultaron a propósito de preguntas específicas que realicé sobre la experiencia de ser negra. Las veces que omití esta pregunta fue poco o nada lo que se comentó (de manera explícita) acerca del significado de la afrodescendencia. A este respecto, se pudo observar que se otorgaba un lugar preeminente a las esencias, relacionado con cierto “orgullo de ser negra”. Dos de las mujeres entrevistadas habían participado de colectividades con concepciones más o menos fijas de la identidad negra antes de emprender la migración⁶⁹, lo que de cierta manera explica que se aborde la negritud como si fuese algo relativamente sólido. “Muchos me dicen ‘negra’ y otros dicen ‘¡no, dígame <morena>’, y yo no soy ‘morena’ [dice enfáticamente], ¡yo soy negra! (...) esta es mi identidad, es lo que a mí me define”, afirma Rosana. Por su parte, Ana participó como peinadora en diversos concursos que pretendían rescatar la tradición de los descendientes de África; acerca de un peinado con el que ganó advierte que “¡los colores que tenía mi peinado eran los colores que los africanos siempre han usado!, colores fuertes, nosotros siempre nos identificamos con colores fuertes ¡para vernos!, [porque] un negro con ropa negra ¿dónde lo vas a ver?”. Este último fragmento no deja de recordar el manejo de la estilización del cuerpo como esencialismo común en la representación de lo negro (peinados, ropas, ritmos, voces

⁶⁹ Un Consejo Comunitario en el Pacífico colombiano (ente territorial y de autogobierno de comunidades negras rurales); y un colectivo de mujeres peinadoras de corte más urbano.

fuerzas), una transacción que Hall (2010: 292) sitúa en relación con la vivencia de la subalternidad racial que usa el cuerpo como gesto reivindicativo.

Por otro lado, en el plano de las identificaciones del mundo exterior, es posible rastrear la estrategia discursiva de inversión de las características negativas asociadas a la mujer negra y su relocalización en clave positiva (Viveros, 2002; Zapata y Stecher, 2015). Así, mientras la sociedad mayoritaria lee el cuerpo de las afrocolombianas desde el exotismo y en estrecha proximidad con el ejercicio de la prostitución, será el juego con este imaginario el que provea posibilidades de sustento a una de las entrevistadas a través de la explotación de la imagen esencializada de lo exótico en un local de artículos de belleza y *manicure*. Es decir, se produce una inversión de las categorías coloniales en el tránsito de “mujer negra = objeto de deseo, prostituta” a “mujer negra = representación de belleza”. Esta transacción descansa, en buena medida, en una acción *performática* que incluye el uso de turbantes y trenzado del cabello como estímulos publicitarios de los servicios ofertados, y este hecho no es para nada casual sino más bien calculado como maniobra de supervivencia. El relato de Rosana, entrega numerosos detalles acerca de cómo la vivencia del racismo, el maltrato y la exotización, derivó en el entendimiento de que allí se contenían las claves de un escape que revirtiese las categorías de opresión.

(...) todo ese tiempo de ridiculización, la violencia que viví, las miradas en la calle, todo eso yo dije “bueno, hay que sacarle provecho de alguna manera” (...) fui recogiendo todo eso y dije, “ser negra aquí no es tan malo, también es bueno”, y como que empecé a darle mi *caché* [estilo], si tú ves mi foto que tengo en *whatsapp* tengo un turbante puesto.

Otra estrategia discursiva consiste en “relativizar la importancia del estereotipo” (Viveros, 2002). Esto se produce utilizando recursos que suavizan la carga de los exotismos, permitiendo aminorar el peso de dichas vivencias; “uno se siente raro cuando toda la gente te queda mirando, uno se siente como ‘¿qué tengo?, ¿soy fea?, ¿tengo algo raro?’ , pero no, (...) uno se va dando cuenta que es la novedad, después me dijeron que

era que acá no había negros, entonces por eso ellos miran tanto”, cuenta Raquel, quien lleva nueve años viviendo en Santiago. “[Cuando me dicen] ‘no me gustan las negras’, *no estoy ni ahí*, no está uno obligado a que le guste todo el mundo, negro o blanco, hay personas que a uno no le caen bien aún cuando sean su misma raza”, comenta Olivia respecto a experiencias de racismo por parte de algunos clientes en el Café con Piernas donde trabaja, y justifica, en buena medida, el rechazo en clave racial amparada en una falta de empatía.

Algunos posicionamientos defienden, a su vez, una relación igualitaria con la sociedad mestiza; esta transacción se produce con un ánimo beligerante y propende por relaciones interraciales mediadas por la justicia; “yo no he tenido ninguna complejidad por ser negra, incluso yo me paro al lado de un blanco y para mí es una persona igual a mí”, “ella [una mujer blanca] es un ser humano igual que yo, que tiene los mismos derechos, tiene las mismas capacidades, y está igual que yo aquí” [Rosana]. Estos discursos se relaciona con “la resistencia frente a la imposición externa de cualquier singularidad étnico-racial” (Viveros, 2002: 294) orientada, además, a la defensa frente a la subalternización o al estigma. Estos procesos develan identificaciones tendientes a la superación de nociones diferenciales acerca de los sujetos negros.

Sea con tono dulce o tono fuerte, los procesos de identificación que se producen en el espacio público están cargados de discursos sobre sí mismas como mujeres luchadoras, guerreras, que se adaptan y aprovechan oportunidades, que sobreviven en los ambientes más hostiles la mayoría de las veces en soledad y otras con la compañía salvadora de un dios cristiano al que evocan. “Después que sea legal, yo hago lo que sea”, “si me sacan de un lado, me las arreglo por el otro”, “la mujer siempre es la guerrera, la mujer es la que siempre quiere salir, la mujer es la que quiere explorar”.

4.3. De tensiones y veneraciones: el espacio familiar

Las relaciones familiares de mujeres afrocolombianas con las que sostuve diálogo en Santiago, se encuentran atravesadas por la migración; algunos parientes están lejos (en Colombia o en un país distinto); otros se encuentran cerca porque también migraron, o porque hacen parte de las nuevas familias que conformaron en Chile. Seis de las ocho mujeres con las que conversé, son madres; solo tres de ellas están casadas o mantienen un vínculo de convivencia heterosexual; cinco mujeres tienen hermanas o hermanos en Santiago; los padres de siete de ellas continúan viviendo en Colombia. En términos generales, el espacio familiar es un lugar plagado de contradicciones; entre el amor inconmensurable, la entrega, y el rol de pariente proveedora; y las tensiones con el control familiar, la dependencia económica de los allegados, las relaciones atravesadas por el poder. La pugna central de todo este entramado parece centrarse en los intersticios entre el espacio familiar y el espacio individual, donde este último entra en competencia con los afectos y las sumisiones. Los procesos de identificación están, así, llenos de matices, lejos de representar una visión unificada (mucho menos mitificada) de la mujer migrante como miembro de familia, madre o hija, hermana o esposa. Debido a la preponderancia que se da en los discursos a la relación con la madre, los hijos y la pareja, nos centraremos aquí en estos aspectos.

Las familias del Pacífico afrocolombiano se han caracterizado por el predominio de la línea materna y los lazos de solidaridad entre distintos parientes, un hecho que dialoga con “las condiciones materiales de existencia” de dichas comunidades (Viveros, 2002: 158). En la mayoría de los casos analizados, la figura materna ocupa un espacio preponderante en los discursos sobre la familia y es recurrente la imagen de la madre guerrera, luchadora, que sacó adelante a sus hijos en soledad, de la que se desprenden relaciones de gratitud y de cariño soportadas en la transacción de remesas económicas y de “remesas sociales” (a modo de Levitt, 1998). “Ella era lavandera y vendía refresco,

nos crió muy bien, mi mamá para qué, mi mamá hasta el final con nosotros, (...) ella siempre ha tenido lo suyo, aspirante ella para qué, muy guerrera” [Ana]. Las madres y las abuelas aparecen, además, como cuidadoras de algunos hijos y nietos que están en Buenaventura, así como administradoras de los recursos económicos que se envían para su sustento. Las identificaciones con la madre desde el cariño, la añoranza y la fidelidad son recurrentes, y el nexo económico como hijas proveedoras sirve de plataforma de dichas emociones. “Así sea que me toque prestar y sacar de donde no haya, esa plata es sagrada, siempre tiene que ir o sino yo me muero”, cuenta Olivia respecto a un mínimo de 130 mil pesos chilenos (200 dólares) que envía a su madre cada mes⁷⁰.

El amor y la entrega, sin embargo, no están desprovistos de tensiones y de contradicción. Como apunta Herminia González-Torrallbo, las relaciones de parentesco son también relaciones de poder y de desigualdad enmarcadas en el campo migratorio (2015: 619). Así, el espacio de relación con la madre se ve a ratos eclipsado por dinámicas de control o de oposición, siendo la distancia un dispositivo muchas veces funcional para operar cotidianamente. “Llegar de vacaciones es una cosa pero ponerme a vivir con mi mamá, con mis hijos, es otra (...) la mamá siempre es mamá y siempre quiere dar órdenes que no van con uno” [Olivia]. Las madres también aparecen regulando la sexualidad y sociabilidad de sus hijas mujeres en un escenario donde se interponen asuntos de raza y clase; Carla, una de las chicas más jóvenes, escondía a su madre la convivencia que mantenía con un hombre afrocolombiano porque se daba por sentado que su estadía en Chile debía servirle para trabar relación con un hombre blanco de mejor nivel socioeconómico. Por otro lado, en Buenaventura, el control de la sexualidad de madre a hija se agudiza en un contexto de conflicto armado, y dicho control determina la migración en algunos casos. “Yo me fui de Colombia por pura rebeldía, (...) yo tenía una situación muy complicada con mi mami porque mi mami era

⁷⁰ En este relato se hizo claro que las remesas tienen, como correlato, las deudas y la postergación del sí misma. Para Márquez (2010), las remesas pueden ser entendidas como nuevas formas de dependencia en los lugares de destino migratorio, puesto que complejizan los trayectos laborales de sujetos que están obligados a suplir las necesidades de sus familiares ante la violencia estructural que les impide subsistir económicamente en los lugares de origen.

una persona muy grosera con nosotras (...) en esos años había en Buenaventura el *boom* del narcotráfico, y mi mami todas las porquerías que le decían se las creía, porque a mí me gustaba mucho ir a bailar” [Yesenia]. La migración puede mostrarse, de esta manera, como una fuga que busca superar los obstáculos y las restricciones interpuestas por la madre o por otros miembros de la familia.

Una dinámica igualmente compleja se da en los procesos de identificación que se producen en el marco de la maternidad, donde el cariño y el reclamo por la individualidad, son aristas indivisibles. Hasta cierto punto, esto desmitifica la tendencia a asumir que las mujeres responden a “sentimientos maternos instintivos” (Gregorio Gil y González-Torralbo, 2012: 45), cristalizados en una visión fija de la entrega y el sacrificio. Por supuesto hay lugar para el amor inconmensurable que se corresponde con ciertos posicionamientos de abnegación; “yo ando con mis hijos todos los días, los aprovecho porque la vida es una sola”, “[mi] esperanza es que el día que yo no esté, yo le dejo algo a mis hijos, algo que sudé, que saben cómo me la he ganado así sudando la gota gruesa”. Por lo demás, el ejercicio de la maternidad en Buenaventura entraña mayores ansiedades asociadas a la posibilidad de que los niños y adolescentes puedan ser cooptados por los grupos armados⁷¹; “yo más que todo me vine porque mis hijas eran amenazadas allá” [Ana], “me preocupa harto [dice Olivia, sobre un hijo varón que vive en Buenaventura], yo con las ayudas de dios mantengo mi hijo allá porque ¿qué más?”. Sin embargo, este altruismo ha de observarse en combinación con el reclamo por recuperar la individualidad y el malestar frente a la dependencia de los hijos. En el presente estudio, esto se hizo más visible en los posicionamientos de mujeres con hijos mayores que manifestaron agotamiento frente a la maternidad de larga duración.

Yo ya hice por mi familia y por mis hijos durante *veintialgo* de años, como 25 años, lo que tenía que hacer, ahora yo tengo que pensar en mí, y de cierta forma me volví de

⁷¹ En medio de este escenario, la migración y la reunificación familiar se producen como actos de resistencia frente a las lógicas de la guerra.

pronto un poco egoísta, porque yo quiero mi familia, quiero mis hijos, pero también me quiero yo. [Eleonora]

Así, el amor por los hijos y otros miembros de la familia puede aparecer asociado a sentimientos de abandono del sí misma que abren el campo a la necesidad reformularse en el terreno individual; de este modo, los discursos de entrega afectiva y económica se ven sucedidos por pasajes de deuda con las pulsiones propias. “Siento que tanto que he trabajado, tanto que me he matado y no tengo nada, en realidad no tengo nada, porque yo debería tener mi buena casa, derechita con todas las cosas adentro”, sin embargo, en este caso, la mayor parte de los recursos económicos adquiridos en nueve años de migración fueron destinados a hijos y parientes en Colombia. Es desde aquí que surge una postura de demanda que reclama cuidados de vuelta a los hijos; “¡que se pongan a trabajar!, les digo todos los días ‘trabajen que a mí no me van a chupar la sangre acá’, sí, yo les digo ‘trabajen para que *antes* [más bien] me den a mí’, porque ya están grandecitos, yo no puedo trabajar toda la vida pa’ mantenerlos” [Olivia].

En el plano de las relaciones de pareja, parece producirse una correspondencia intrínseca entre el cariño y la manutención privilegiándose, en general, las relaciones de convivencia y matrimonio justificadas por la funcionalidad económica. Como vimos, esta dinámica debe entenderse en el marco de las condiciones materiales que regulan dichos intercambios, donde las asociaciones amorosas se convierten en posibilidades de asegurar el sustento propio (y de los parientes). “No voy a decir que lo a-ma-ba pero te acostumbras, y esa persona te *regalonea* [consiente] (...) yo le decía ‘oh, no tengo zapatos, tengo que comprarme zapatos’, ‘ya, tal día vamos pa’ la Estación [Central]⁷², e íbamos, no, me *regaloneaba* hartó”; “ese tipo [ex novio] me compraba computador, *tablets*, los mejores teléfonos pero yo seguía enamorada de mi amor en Buenaventura”.

⁷² Estación Central es una zona comercial del centro de Santiago que se caracteriza por alojar un sinnúmero de locales de venta a bajo costo. Con frecuencia estos locales proveen de mercancía a tiendas que se localizan en otros barrios, donde los objetos son vendidos a mayor precio.

Así, los regalos y las contribuciones económicas se sitúan dentro de la misma bolsa del cariño, lo que no dista de las dinámicas entabladas con otros miembros de la familia.

Ahora, si bien los sentimientos no están del todo ausentes en los discursos sobre las relaciones de pareja, como dice Mara Viveros (2015): “no podemos ignorar los trazos de dominación presentes en el flujo económico unidireccional” de estos encuentros (2015: 37). Así, en términos generales, el espacio de relación con las parejas heterosexuales se relató como un lugar plagado de tensiones por el poder, y atravesado por distintos tipos de violencia (doméstica, económica, racial, psicológica), asunto que ensombrece nuevamente los deseos del espacio individual. En la medida en que la independencia (económica, territorial) se concreta como horizonte posible, se profundizan estas tensiones y se producen dinámicas emancipatorias que están presentes en los discursos de identificación. Así, para Eleonora, quien había entablado una relación de sumisión con su marido afrocolombiano por más de veinte años, la migración -familiarmente legitimada bajo la idea de reunir recursos para pagar deudas-, sirvió para consolidar el deseo de liberación que descansaba en su mundo interior.

Cuando él [esposo] me dice ‘yo quiero que usted venga, que esté acá’, como que ahí siento que me quiere como estancar, como que me quiere sentar de nuevo en la vida que yo llevaba antes, y como que no me gusta, no me gusta volver a imaginarme como la ama de casa, pendiente de la casa, de los hijos.

Por lo demás, el discurso de identificación con la autonomía económica se observa en servicio de revertir las tensiones y las violencias de las relaciones conyugales donde se intersectan un sinnúmero de desigualdades (de género, raza, clase, nacionalidad, estatus migratorio, estatus laboral); y esta reivindicación presente en las narrativas se acompaña de un tono beligerante. Uno de los casos más representativos a este respecto es el de Rosana (33 años), que vino a Chile a encontrarse con un hombre local que conoció por internet; pronto, este hombre se convierte en su propio verdugo, viéndose inmersa en una relación de violencia donde era inferiorizada económica y

racialmente. En medio de este escenario, su fructífero local de *manicure* y de productos de belleza, le permite revertir la desigualdad a su favor posicionándose, en el discurso, desde el poder de la solvencia económica. Es desde este empoderamiento material que Rosana asume el derecho a plantearse en oposición frente a los hombres chilenos y construye generalizaciones acerca de la “naturaleza” de estos sujetos.

[Los hombres chilenos] piensan que uno es un objeto, que lo pueden tratar como quieren, porque uno viene de un país que no tiene condiciones económicas muy buenas, y ellos se creen los reyes acá, se creen mejor que uno y se creen con derecho de estarlo tratando mal, y eso no es así, si aquí a mi casa llega [él] con sus cuestiones, yo le digo “¡te vas y te vas!, [chasquea los dedos] ¡porque tú a mí no me mantienes!”.

4.4. La búsqueda del sentido, la independencia y la libertad: el espacio individual

Los procesos de identificación que inscribimos dentro del terreno individual, abarcan posicionamientos que refieren al *sí misma* dentro de un mundo interior con frecuencia atravesado por los sueños, los deseos, o las imágenes propias. Se trata de un lugar de abstracción, donde existe consciencia de las condiciones externas pero donde lo público y familiar a ratos se esquivan intencionadamente. Este espacio habla de mujeres en búsqueda del sentido de la vida, en conquista de la estabilidad (económica, emocional) o de la expansión (a través del viaje, la libertad o la soledad). Una de las particularidades de las percepciones aquí incluidas es que tienen que ver con proyecciones a futuro, para las que recurrentemente se carece de condiciones materiales o relacionales que posibiliten su realización. En este sentido, como diría Briones (2007: 69), los procesos de construcción de identidades pueden acarrear cuestionamientos o frustración. En los relatos analizados, la migración y el retorno se configuran como ejes ordenadores de los deseos, de las evocaciones, como si se esperara que el

desplazamiento territorial diera respuesta a las búsquedas subjetivas o permitiera encontrarse con una especie de identidad “verdadera”/soñada. Esto último nos recuerda a Gloria Anzaldúa (1987), cuando se refiere a la migración como una forma de encontrarse con una cierta identidad escondida bajo las máscaras de su vida en México; “tuve que dejar mi casa para poder encontrarme a mí misma, encontrar mi propia naturaleza intrínseca, enterrada bajo la personalidad que me había sido impuesta” (16) [*traducción propia*].

Para Eleonora, quien lleva 3 años en Chile y cuya vida en Colombia se encontraba encapsulada entre los roles de esposa y madre, la migración se presenta como una posibilidad de hacerse cargo de sí misma, de sus propios intereses y motivaciones, más que una necesidad motivada por la insuficiencia económica⁷³; “ahora pienso más en mí, que si yo estoy bien, ellos estarán bien, eso es lo que pienso, entonces ya dejé de pensar tanto en ellos y pienso más en mí porque yo las cosas que estudié las dejé a un lado por ser mamá y esposa”. Este caso es distinto del de Olivia, a casi diez años de haber arribado a Chile, donde el proyecto migratorio se observa más bien en crisis debido a expectativas incumplidas; aquí, es en el posible retorno a Colombia donde se depositan las esperanzas de una especie de renacer o reencuentro con un pasado glorificado.

Esa mujer que estaba allá en Colombia era otra, yo me sentía viva, alegre (...) pero acá como que no sé, como que vivo apagada, como que no, no disfruto lo que tengo que disfrutar, como que mis años se van yendo y como que me falta algo, algo me falta (...) por eso me quiero ir, he puesto esa meta de irme unos meses para allá [a Buenaventura].

En efecto, la exploración dentro del espacio individual nos remite también a estados de ánimo caracterizados por la incertidumbre o el vacío, y a los sueños como conciliadores de algunas carencias. Dos deseos predominantes en los discursos analizados, tienen que ver con conquistar la independencia en el plano material mediante

⁷³ La necesidad económica servía más bien para justificar el proyecto migratorio frente a su familia.

una casa y un negocio propios; “yo siempre he pensado ‘mi casa, mi casa, mi casa, comprar mi casa”, “el día que me vaya de aquí, termino de estudiar en Cali y compro mi apartamento en Cali”, “tengo la esperanza, tengo el sueño de tener una peluquería en Chile”, “la idea es ésa, no ir a trabajarle a alguien que tenga un localcito chiquitito, la idea es uno llevarse un poquito de plata y trabajar, si vas a vender mango que el platón de mango sea tuyo”. La imagen del trabajo independiente, no está desconectada de las vivencias problemáticas como mujeres asalariadas, a menudo explotadas, a lo largo de la vida; “yo dije ‘no, no le voy a trabajar más a nadie””, dice Carla respecto a una experiencia traumática como *manicurista* subordinada; “me fui pa’ mi casa, y dije yo ¡nunca!, te lo juro, ¡pero nunca más!, ‘¡nunca más vuelvo a trabajar en una casa de familia!’”, cuenta Rosana, después de que la acusaran injustamente de ladrona cuando se desempeñaba como empleada doméstica en Buenaventura.

Otro sueño en diálogo con los desplazamientos territoriales, tiene que ver con la búsqueda de la libertad, de la expansión que parece viabilizarse en la medida en que se genera distancia con la familia y la realidad en Colombia. “[En camino a Chile] yo me tomé mi *relax* de no comunicarme con nadie, esos siete días que estuve viajando nadie sabía de mí, yo dije ‘no me voy a estresar, que nadie sepa cómo voy ni nada de eso, soy sola, me siento como sola, como libre”” [Carla]. Este deseo de libertad no aparece desconectado de la previa pulsión de alcanzar la independencia, puesto que la autonomía territorial y económica viabiliza el ejercicio expansivo. “Yo quiero ser una mujer productiva, que trabaje, que genere, que pueda hacer lo que le de la gana”, “yo ya a estas alturas de la vida siento que no quiero reprimirme, ya no quiero que nadie me reprima [refiriéndose a su marido]”, “quiero ir a Colombia de vacaciones, ir a otros lados de vacaciones, poder viajar, conocer otros países” [Eleonora].

En efecto, estos anhelos de independencia y expansión muy afincados en la autonomía económica y territorial, se han materializado en la pujanza de algunas mujeres que han tenido sus negocios propios, algunos de ellos bastante fructíferos, así

como han venido construyendo su casa propia en Buenaventura a un costo material y emocional de grandes dimensiones. Es sobre esta pujanza y esta imagen de trabajadoras incesantes, de emprendedoras, de mujeres independientes que sobreviven a las peripecias del camino, donde descansa un buen número de acepciones sobre el espacio individual. “[Yo dije] yo voy a Chile pero con la condición de que yo tengo que trabajar para mí, ser independiente, y me vine de Colombia con esa meta bien trazada”, “lo que viví allá en esa ciudad [Buenaventura] es para no estar con vida, sino que yo he sido muy fuerte”, “yo acá [en Chile] he tenido harta resignación y hartito poder de supervivencia, ahora tú me ves tranquila aquí porque me la he sabido ganar”.

CAPÍTULO V. CONCLUSIONES

A un año de firmarse los acuerdos de paz con la guerrilla de las FARC e iniciarse el postconflicto en Colombia, observamos la prevalencia de las lógicas de la guerra con el paulatino exterminio de líderes sociales, la reorganización de los grupos armados en las zonas rurales, y la continuidad de la violencia en las trayectorias de poblaciones étnicas históricamente hostilizadas (en particular, los grupos campesinos, indígenas y afrodescendientes). El caso de los afrocolombianos de Buenaventura, permite problematizar la mirada sobre la guerra trascendiendo el espectro de los cuerpos mutilados y dando relieve a esos “genocidios invisibles” (Scheper y Bourgois, 2004) que operan en el abandono estatal y la desigualdad estructural, y que no desaparecen al cambiar de territorio sino que más bien se profundizan con la complicidad de los Estados a ambos lados del Pacífico.

En Chile comúnmente escuchamos que los colombianos han venido huyendo de la violencia de las guerrillas, el narcotráfico y el paramilitarismo; o que la gente de Colombia es nociva para un contexto chileno presuntamente desprovisto de toda maldad. Una de las cosas que he podido develar a través de este trabajo, es que el imaginario del “sueño chileno” allegado a la seguridad, así como la asociación del negro colombiano con el crimen, han venido funcionando más bien como soportes narrativos que invisibilizan al tiempo que legitiman las violencias vividas en los recorridos migratorios de buena parte de los afrocolombianos y, en especial, de las mujeres. Sin proponérmelo en un principio, sino más bien dejando emerger la violencia como categoría de análisis, la información aquí recogida empezó a mostrar (a gritos) que la opresión estructural y las agresiones cotidianas de estas trayectorias, no solo prevalecían sino que se acentuaban en casi todos los ámbitos de la experiencia a partir de la migración. La diferencia entre ambas latitudes, es que la guerra rural y civil en lugares como

Buenaventura se asocia al estruendo de los cuerpos lacerados; mientras que en Chile, se trata más bien de “crímenes silenciosos” que día a día vulneran el bienestar de la población migrante. No se trata de eventos aislados; al contrario, la clausura de derechos sociales en Colombia, crea una cadena de obstáculos que garantiza la emigración y el ingreso a otros países en medio de la precariedad; mientras que en Chile, los migrantes generan ganancias materiales al costo de la explotación y tienden a ser desprovistos de sus derechos fundamentales. Ésa es la configuración por excelencia de las migraciones forzadas que cancelan las condiciones de vida de las poblaciones humanas, liberándolas a los mercados laborales en total desventaja (Márquez, 2010), y todo ello resulta extremadamente oportuno para el modelo económico que profesan Colombia y Chile.

Pero, ¿quiénes son las poblaciones que se pueden violentar y por qué hay cierta tolerancia social frente a su atropellamiento? La batería teórica aquí incluida colabora a entender cómo las estructuras sociales pueden validar la violencia frente a determinados sectores humanos y cómo estas agresiones funcionan con la apatía, e incluso con la aceptación de la mayoría de los ciudadanos. La violencia puede entenderse como mecanismo simbólico que naturaliza el hecho de que ciertos grupos humanos pueden ser agredidos más que otros (Young, 2000); hablamos de las mujeres, de los pueblos indígenas y negros, de las/os migrantes en situación irregular, y de todo aquel que escape tangencialmente del modelo hegemónico de nuestras sociedades. Es decir, que hay una autorización tácita para explotar, colonizar, utilizar, e incluso esclavizar a determinadas poblaciones y esta licencia se aprende durante el recorrido por distintas instituciones sociales (la familia, la escuela, las oficinas públicas, el trabajo, los medios de comunicación) (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004). Esta dinámica nuevamente confirma la transversalidad de las lógicas coloniales que garantizan la discriminación de las poblaciones racializadas tanto en Chile como en Colombia. Los procesos de deshumanización de la Colonia, por los que se objetificaba a indígenas y africanos, continúan en vigencia (González Casanova, 2006) y son el requisito primigenio para cualquier genocidio (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004: 21). A este respecto, nos queda

la pregunta y preocupación sobre el devenir de los grupos humanos que día a día son expulsados de sus territorios originarios, en un mundo donde la creciente tecnificación hace cada vez más prescindible la mano de obra, al tiempo que los territorios (en especial, los rurales) adquieren mayor relevancia (Sassen, 2014).

Ahora, cuando hablamos de las trayectorias de la mujeres migrantes afrodescendientes, reconocemos que opera una matriz de múltiples dominaciones que tiende a profundizar los niveles de violencia y la impunidad con que éstos operan. Las ideas de los feminismos negros que recogimos en distintos momentos de este trabajo (Hill Collins, 2009; hooks, 2003), ayudan a comprender cómo el cruce de categorías (no solo de raza, género y clase, sino también de nacionalidad y *estatus* migratorio) complejizan los recorridos vitales, haciendo de la violencia una realidad concreta y cotidiana. Se trata de la “triple opresión” (Lagarde, 2005) que deriva del modelo social predominante (blanco-burgués-patriarcal-heterosexual), donde las mujeres afrodescendientes en situación de precariedad, ocupan lugares subalternos porque son mujeres, porque son negras y porque pertenecen a la clase trabajadora (por no hablar de una “cuarta opresión” por ser migrantes).

La pregunta por las mujeres y sus trayectorias complejiza la lectura sobre la violencia, dado que el modelo político, económico y social que funciona globalmente, descansa sobre la dominación primigenia del sexo-género y sobre la familia nuclear como su correlato (Segato, 2016: 16). A decir de Jules Falquet (2017), la violencia contra las mujeres opera como una verdadera institución que organiza las relaciones desiguales en el mundo social. Así, la hostilización de mujeres como las afrocolombianas y de lugares como Buenaventura que son estratégicos para el neoliberalismo, permite observar claramente cómo la violencia afianza la desigualdad y el papel que juegan las mujeres en medio de este escenario. La nueva división del trabajo deriva de la necesidad de insertar a mujeres empobrecidas en labores de reproducción social, al tiempo que ocurre la extrema militarización de los territorios con

el fin de conquistar (o mantener) emplazamientos para el capitalismo avanzado (Falquet, 2014). El caso de Buenaventura y de las mujeres afrocolombianas migrantes funciona como espejo de estas lógicas globales que constriñen las posibilidades de empleo de los varones reduciéndolos a la inserción en grupos armados o al pillaje, al tiempo que las mujeres son lanzadas al mercado internacional de los servicios feminizados y sexualizados asumiendo cargas de dependencia (Márquez, 2010) con sus familiares en el lugar de origen.

La violencia persigue, asimismo, beneficios concretos como el trabajo a bajo costo o las labores domésticas no-remuneradas (Falquet, 2017). Este asunto nos permite otorgar una dimensión material a las trayectorias de violencia de las mujeres afrocolombianas en Santiago y a su sexualización desbordada, dando mayor profundidad a la mirada sobre los exotismos negros. De este modo, la exotización de los cuerpos de las afrodescendientes se asocia a un negocio con ganancias materiales muy concretas. La violencia estructural de la pobreza, de las relaciones de dependencia con el lugar de origen, de los obstáculos para la regularización migratoria, aunadas a los imaginarios coloniales, son una plataforma que faculta la explotación de los cuerpos, de los servicios, del acompañamiento y los afectos. La violencia viabiliza su utilización y beneficia a las industrias de la belleza, del placer, del cuidado así como a las arcas de personas particulares. Si no existiese una cadena de violencia estructural, estatal y familiar en las trayectorias de buena parte de las mujeres, este tipo de mercados no serían rentables, justamente porque dependen de la explotación de las mujeres en su totalidad (su trabajo, sus emociones, su apariencia, su edad), y esta explotación no es posible sin un proceso previo y sostenido de violencia. Reflexionar sobre la opresión que funciona en estos lugares donde se mercantilizan los cuerpos de las mujeres negras, donde se construyen clasificaciones entre mujeres “útiles” y mujeres “descartables”, permite hacer evidentes las lógicas de objetualización que atraviesan los cuerpos de todas las mujeres, y “encontrar (...) mecanismos de dominación que son una clave para

deshacer, desde lo más profundo, las cadenas de opresión (...) [y el] conjunto de las relaciones de dominación en nuestras sociedades” (Galindo y Sánchez, 2007: 34).

El análisis de los procesos de identificación, nos permitió acercarnos a la manera en que las mujeres afrocolombianas interpretan el mundo y cómo sortean la adversidad de buena parte de los contextos donde se mueven. Pensamos que los posicionamientos que construyen las mujeres en sus recorridos migratorios, pueden ser analizados desde una doble cara; a partir de la estrechez de posibilidades que enfrentan por su posición subordinada en las sociedades que habitan; o bien, como parte de un articulado de estrategias de sobrevivencia que se ponen en juego en medio de recorridos vitales enmarcados entre la violencia. Aquí se propuso una lectura dialógica entre ambas dimensiones, procurando situar la experiencia de las mujeres dentro de coordenadas políticas, económicas y sociales adversas, y mostrando cómo son negociadas a nivel individual aún siendo ciertamente reducidos los resquicios para invertir la opresión. La experiencia de la violencia como categoría transversal, así como los modos en que se opera desde un lugar subalterno, dan cuenta de que las mujeres afrocolombianas son sobrevivientes y que dicha sobrevivencia ha consistido en enfrentar de forma flexible los estrechos márgenes de acción que poseen dentro del mundo social.

A lo largo de este trabajo hemos podido observar cómo la conjunción de categorías sociales (raza, clase, género, migración) atraviesa todos los ámbitos y particulariza cada una de las experiencias vividas. No es posible segmentar estas categorías, sino más bien observar cómo se extienden o contraen algunas de ellas en los pasajes relatados a la vez que operan de modo constante. A este respecto, la categoría racial funcionó como una variable transversal a la que se hizo alusión directa en algunas oportunidades, en particular dentro del espacio público chileno, pudiendo observar cómo el cambio territorial otorgó un sentido distinto a la racialidad superándose la mirada de lo étnico que se tenía (en algunos casos) previo a la migración, y construyéndose una noción flexible asociada a la necesidad de subsistir o de defenderse en un entorno más

racializado que el de origen⁷⁴ (utilizar los exotismos para fines comerciales, por ejemplo; así como relativizar o interpelar el racismo). Contrario a lo que se pensaba previo al inicio del estudio, las identificaciones étnicas no eran predominantes en Buenaventura, como tampoco lo fueron las identificaciones raciales en Santiago. Ser negra o afrodescendiente se plasmó más bien como una dinámica situacional que debía ajustarse a estrategias de sobrevivencia (de lejos más importantes), y habitarse como una especie de *performatividad* (como dijera Santos, 2009 y Hall, 2010).

Por otro lado, el género funcionó como un eje sobre el cual se ordenaron las experiencias y los procesos de identificación, siendo más difícil observarlo de forma aislada. Sin embargo, pudimos notar cómo en el espacio familiar se acentuaban las contradicciones propias de ser mujer “para los otros” (Lagarde, 2005); es decir, esa contracara entre los afectos y las dependencias que se acentúan en el contexto migratorio (la necesidad de proveer económicamente a los hijos y a los familiares, por ejemplo; o bien, de atender y ceder los deseos propios por complacer a los demás). Todo ello se vio acompañado de la débil presencia de los compañeros varones y de la carencia de redes sociales suficientemente robustas en Santiago. Pensamos que el género nos permite, de igual manera, generar puentes entre las vivencias de las mujeres negras migrantes y las de otras mujeres, cuestionando de este modo los cimientos del modelo social. Nos preguntamos,

¿Qué sería del mundo si las mujeres poco a poco destinaran a ellas mismas parte de la fuerza y de las energías vitales que dedican a dar vida a los otros, para obtener su aceptación, su afecto, su protección y su reconocimiento y con eso su sobrevivencia?
¿Qué pasaría si su energía vital fuese destinada a dar vida, autoestima, seguridad, placer a ellas mismas como género y cada mujer a sí misma? (820)

⁷⁴ La pregunta sobre la experiencia como mujer negra mostró que en Buenaventura, donde la mayoría de la población era afrodescendiente, la categoría racial no era relevante a nivel cotidiano como sí ocurría en un entorno chileno donde la gente negra era una “novedad”.

Los discursos se caracterizaron por una marcada compartimentación que se hizo evidente entre las vivencias de un espacio público que representa amenaza, y de un espacio individual que reclama emancipación. Dado que el mundo exterior se encuentra plagado de obstáculos, es la lucha por sobrevivir la que media continuamente los posicionamientos con actitudes desarrolladas para la supervivencia; al tiempo que el mundo individual reclama equilibrio y libertad. Si bien las identidades son múltiples y compartimentadas, pensamos que dicha compartimentación se hace más profunda en el caso de las mujeres negras (Hill Collins, 2009) que son “otrificadas”, es decir, objetificadas como “otras”, puesto que se requieren mayores esfuerzos para implementar estrategias a favor de la adaptación o bien, de la resistencia. Estas estrategias no solo incluyen interpelar actores u órdenes sociales de forma directa (a través de demandas en la Inspección del Trabajo, por ejemplo); sino también negociar con las lógicas que propone el modelo opresor (Hill Collins, 2009) a través de la réplica o de la inversión de los esencialismos (Spivak, 2008; Zapata y Stecher, 2015; Viveros, 2002).

Por lo demás, los espacios familiares e individuales nos conectan con tensiones y contradicciones; con la búsqueda del sentido, la independencia y liberación, cuyo sustrato descansa en la autonomía económica y –a veces- territorial. Esto no dista de la experiencia de otras mujeres no-migrantes y no-racializadas que buscamos la autosuficiencia, el equilibrio económico o el escape del control familiar en un mundo marcado por las desigualdades de género; que luchamos por armonizar distintas facetas de la vida a la luz de los afectos, la solidaridad o el interés personal. Hablamos, así, de mujeres afrocolombianas dotadas de mundo interior, de sentires, de ideales, como cualquier persona; su vivencia particular descansa en el lugar de subalternidad que ocupan en el terreno social y la lucha por la supervivencia que frecuentemente eclipsa sus anhelos. Parece importante tener esto en cuenta en contextos que propenden alcanzar la interculturalidad, puesto que la “otrificación” profundiza las grietas entre los sujetos y obstaculiza los encuentros humanos que son necesarios en la lucha por el acceso equitativo a los derechos.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, ELAINE. 2011. Valorar los cuidados al estudiar las migraciones: la crisis del trabajo de cuidado y la feminización de la inmigración en Chile. En C. Stefoni (Ed.) *Mujeres inmigrantes en Chile ¿Mano de obra o trabajadoras con derechos?* (pp: 193 – 229). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.

AMADOR, MÓNICA. 2009. Desplazamientos y fisuras: relatos de afrocolombianas solicitantes de asilo en Iquique (Tesis de maestría). Santiago: Universidad de Chile. Disponible en: http://www.tesis.uchile.cl/tesis/uchile/2009/amador_m/html/index-frames.html

AMADOR, MÓNICA. 2010. La incesante diáspora africana: afrocolombianas solicitantes de asilo en el norte chileno. *Nomadías, Revista del Centro de Estudios de Género y Cultura de América Latina*, núm. 12, pp: 88 – 103.

ANZALDÚA, GLORIA. 1987. *Borderlands: la frontera: the new mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books.

ARANGO, LUZ. 2010. Género e identidad en el trabajo de cuidado. En De la Garza, Enrique y Neffa, Julio (Coord.) *Trabajo, identidad y acción colectiva* (pp: 81-108). México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana, Casa Abierta al tiempo; CLACSO; Plaza y Valdés Editores.

ARBOLEDA, SANTIAGO. 2004. Negándose a ser desplazados: afrocolombianos en Buenaventura. En Restrepo, E. y Rojas, A. “Conflicto e (in)visibilidad: retos en los estudios de la gente negra en Colombia”. Editorial Universidad del Cauca.

BELLIARD, CAMILA. 2015. “Negritudes Extranjeras en Chile: significaciones y estereotipos sexo-genéricos racializados en torno a los inmigrantes afro-latinoamericanos en Santiago de Chile” (Tesis de pregrado). Santiago: Universidad de Chile.

BELLIARD, CAMILA. 2016. *Negritudes extranjeras en Chile: significaciones y estereotipos sexo-genéricos en la interacción de migrantes afrocaribeñas(os) con chilenos(as)*. En Tijoux, María (Ed.) “Racismo en Chile: la piel como marca de inmigración”. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

BENENCIA, R., HERRERA-LIMA, F., Y LEVINE, E. (2012). Ser migrante latinoamericano, ser vulnerable, trabajar precariamente. Barcelona: Editorial Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana.

BOESTEN, JOELKE (2008) Narrativas de Sexo, Violencia y Disponibilidad: Raza, Género y Jerarquías de la Violación en Perú. En Wade, Peter; Urrea, Fernando y Viveros, Mara (eds.) *Raza, Etnicidad y Sexualidades: Ciudadanía y Multiculturalismo en América Latina*. Bogotá: Instituto CES, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, pp. 199–220.

BOURDIEU, PIERRE Y WACQUANT, LOÏC. 2004. Symbolic violence. En Scheper-Hughes, Nancy y Bourgois, Philippe (eds.) *Violence in War and Peace: An Anthology*. Singapur: Blackwell Publishing, pp. 272 – 275.

BOURGOIS, PHILIPPE. 2001. The power of violence in war and peace: Post-Cold War lessons from El Salvador, Sage Publications, volumen 2 (1), pp. 5 – 34.

CANO, MARÍA; SOFFIA, MAGDALENA Y MARTÍNEZ, JORGE. 2009. Conocer para legislar y hacer política: los desafíos de Chile ante un nuevo escenario migratorio. Santiago: Cepal.

CARRÈRE, CRISTIÁN Y MICHELLE CARRÈRE. 2015. “Inmigración femenina en Chile y mercado de trabajos sexualizados. La articulación entre racismo y sexismo a partir de la interseccionalidad”. *Polis. Revista Latinoamericana* 42.

CARRILLO, CLAUDIA. 2016. La reproducción de las desigualdades en el mundo del trabajo y en la escuela: el caso de los hijos(as) de inmigrantes latinoamericanos(as) y caribeños(as) en el Sistema Educativo Chileno. En Tijoux, María (Ed.) “Racismo en Chile: la piel como marca de inmigración”. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA – CNMH. 2015a. Buenaventura: un puerto sin comunidad. Bogotá, Colombia: CNMH.

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA - CNMH. 2015b. *Una nación desplazada: informe nacional del desplazamiento forzado en Colombia*, Bogotá, Colombia: CNMH - UARIV.

COMISIÓN INTERECLESIAL DE JUSTICIA Y PAZ - CIJM Y MUNDUBAT, 2015. Buenaventura: el despojo para la competitividad. Informe. Disponible en: <http://www.mundubat.org/informes-de-mundubat-buenaventura-el-despojo-para-la-competitividad/>

CONTRERAS, YASNA, ALA-LOUKO VEERA Y LABBÉ, GRICEL. 2015. Acceso exclusionario y racista a la vivienda formal e informal en las áreas centrales de Santiago e Iquique. *Polis Revista Latinoamericana*, Vol. 14, Núm. 42, pp: 53 – 78.

COOPER, FREDERICK Y BRUBAKER ROGERS. 2000. “Beyond ‘identity’”. *Theory and society*, núm. 29, pp: 1 – 47.

CORREA, JOSEFINA. 2016. La inmigración como “problema” o el resurgir de la raza: racismo general, racismo cotidiano y su papel en la conformación de la nación. En Tijoux, María (Ed.) “Racismo en Chile: la piel como marca de inmigración”. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

CURIEL, OCHY Y FALQUET, JULES. 2005. Introducción. En Curiel, Ochy y Falquet, Jules (Comp.) *El patriarcado al desnudo, tres feministas materialistas: Colette Guillaumin - Paola Tabet, Nicole Claude Mathieu*. Buenos Aires: Brecha Lésbica.

CURIEL, OCHY. 2007. Crítica poscolonial desde las prácticas políticas del feminismo antirracista, *Revista Nómadas*, núm. 26, pp. 92 – 101.

DÍAZ, LAURA; TORRUCO, URI; MARTÍNEZ, MILDRED; VARELA, MARGARITA. 2013. La entrevista, recurso flexible y dinámico. *Investigación en educación médica*. Vol.2, no.7, pp. 162 – 167.

ECHEVERRI, MARÍA. 2016. Otriedad racializada en la migración forzada de afrocolombianos a Antofagasta (Chile). *Nómadas*, 45, pp: 91 – 103.

ESCOBAR, JOSÉ. 2017. *La noche entera: mujeres migrantes en los café con piernas* (Tesis de maestría). Universidad Alberto Hurtado. Santiago de Chile.

FALQUET, JULES. 2014. Hacia un análisis feminista y dialectico de la globalización neoliberal: el peso del complejo militar-industrial sobre las “mujeres globales”. *Revista Internacional de Pensamiento Político*, Vol. 9, pp: 139 – 148.

FALQUET, JULES. 2017. *Pax neoliberalia: perspectivas feministas sobre la (reorganización de) la violencia contra las mujeres*. Buenos Aires: Editorial Madre Selva.

FANON, FRANTZ. 1973. *Piel negra, máscaras blancas*. Buenos Aires: Editorial Abraxas.

GALINDO, MARÍA Y SÁNCHEZ, SONIA. 2007. *Ninguna mujer nace para puta*. Buenos Aires: Cooperativa de Trabajo Lavaca.

GARAVITO, CÉSAR; ALFONSO, TATIANA Y CAVELIER, ISABEL. 2009. *Raza y derechos humanos en Colombia: informe sobre discriminación racial y derechos de la población afrocolombiana*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Derecho, Centro de Investigaciones Sociojurídicas, CIJUS, Ediciones Uniandes.

GLICK, NINA Y FOURON, GEORGE. 2003. Killing me softly: violence, globalization, and the apparent state. En Friedman, Jonathan (Ed.) *Globalization, the State and Violence* (pp. 203 – 249). E.E.U.UU.: Altamira Press.

GLICK, NINA. 2009. Toward a global perspective on migration and development. *Social Analysis*. Volumen 53, #3, pp: 14-37.

GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO. 2006. El colonialismo interno. En *González Casanova, P. "Sociología de la explotación"*. CLACSO, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/gonzalez/colonia.pdf>

GONZÁLVEZ-TORRALBO, HERMINIA. 2016. Historia de una pregunta: consideraciones teórico-metodológicas para el análisis del género y el parentesco en la migración transnacional colombiana. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14 (1), pp. 617-629.

GORDON, LEWIS. 2016. A través de la zona del no ser: una lectura de ‘Piel negra, máscaras blancas’ en la celebración del octogésimo aniversario del nacimiento de Fanon. En Fanon, F. “Piel negra, máscaras blancas”. España. Ediciones Akal.

GRIMSON, ALEJANDRO Y GUIZARDI, MENARA. 2015. Introducción, matices y límites del transnacionalismo: los contextos de la migración en Chile. En M. Guizardi (Ed.) *Las fronteras del transnacionalismo. Límites y desbordes de la experiencia migrante en el centro y norte de Chile* (pp: 13- 34). Santiago: Universidad de Tarapacá / Ocho Libros.

GREGORIO GIL, CARMEN Y GONZÁLVEZ-TORRALBO, HERMINIA. 2012. Las articulaciones entre género y parentesco en el contexto migratorio: más allá de la maternidad transnacional. *Ankulegi*, Núm. 16, pp. 43-57.

GROSGOUEL, RAMÓN. 2007. La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales : transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global. *Tareas*, núm. 125, pp: 53 – 74.

GUTIÉRREZ, JUAN PABLO. 2016. *Violencias etnoraciales en el contexto de la inmigración “negra” en Santiago de Chile*. En Tijoux, María (Ed.) “Racismo en Chile: la piel como marca de inmigración”. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

HALL, STUART. 2003. Introducción: ¿quién necesita 'identidad'?. En Stuart Hall y Paul du Gay (comps.) Cuestiones de identidad cultural. Buenos Aires: Amorrortu.

HALL, STUART. 2010. Sin Garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales.

HARVEY, DAVID. 2004. El nuevo imperialismo. Madrid: Akal.

HERRERA, GIOCONDA. 1999. Los "Otros" y las "Otras" en la construcción de las identidades de género. En "Códigos de lo contemporáneo". Quito: Ediciones Abya Yala.

HERRERA, GIOCONDA. 2005. Mujeres ecuatorianas en las cadenas globales de cuidado. En G. Herrera, M. Carrillo y A. Torres (Eds.) *La Migración Ecuatoriana: transnacionalismo, redes e identidades*. Quito, Ecuador: Flacso.

HERRERA, GIOCONDA. 2012. "Género y migración internacional en la experiencia latinoamericana. De la visibilización del campo a una presencia selectiva." En Revista Política y Sociedad, Universidad Complutense de Madrid, Vol, 49, No. 1 (2012). Pg. 35-46.

HOOKS, BELL. 2003. "Vendiendo bollitos calientes. Representaciones de la sexualidad femenina negra". Criterios, La Habana, no. 43, 2003.

HUME, MO. 2009. Gendered Hierarchies of Violence, Bulletin of Latin American Research, 28(1), pp: 110-134.

HURTADO, TEODORA. 2009. Trabajo erótico sexual de mujeres afrocolombianas emigrantes a Europa. *Iztapalapa, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, Núm. 66, pp: 137-161.

HURTADO, TEODORA. 2014. Análisis de la relación entre género y sexualidad a partir del estudio de la nueva división internacional del trabajo femenino, Revista Sociedad y Economía, núm. 26, pp. 213-238.

JIMÉNEZ, ESTEBAN. 2016. Inmigrantes "negros" en la población Los Nogales de Estación Central: el preludio de un gueto. En Tijoux, María (Ed.) "Racismo en Chile: la piel como marca de inmigración". Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

LAGARDE, MARCELA. 2005. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México D.F.: Universidad Autónoma de México.

LAHOZ, SÒNIA. 2011. Atribuciones y estrategias identitarias de las migrantes peruanas en Santiago. En: Stefoni, Carolina Ed. “Mujeres inmigrantes en Chile ¿mano de obra o trabajadoras con derechos?”. Chile: Ediciones Alberto Hurtado. p. 111-145.

LARRAÍN, J. (2001): Identidad Chilena. LOM, Santiago de Chile.

LAVRIN, ASUNCIÓN. 1990. La mujer en la sociedad colonial hispanoamericana. En Bethell, Leslie (Ed.) *Historia de América Latina* (pp. 109 – 137). Barcelona: Editorial Crítica.

LEVITT, PEGGY. 1998. Social remittances: migration driven local-level forms of cultural diffusions. En *International Migration Review*, Núm. 32 (4): 926-949.

LIBERONA, NANETTE. 2015. La frontera cedazo y el desierto como aliado. Prácticas institucionales racistas en el ingreso a Chile. En *Revista Polis #42*. Disponible en: <http://polis.revues.org/11308>

LUFIN, MARCELO Y SILVA, JIMENA. 2013. Situación de inmigración y asentamiento de grupos Afrocolombianos en la Región Antofagasta, con énfasis en mujeres. Serie de Documentos de Trabajo en Economía – Universidad Católica del Norte. Disponible en: <https://ideas.repec.org/p/cat/dtecon/dt201304.html>

MARCIALES, CARMEN. 2015. Violencia sexual en el conflicto armado colombiano: racismo estructural y violencia basada en género, *Revista VIA IURIS*, núm. 19, pp. 69-90.

MÁRQUEZ, HUMBERTO. 2010. “Desarrollo y Migración: una lectura desde la economía política crítica”. *Migración y Desarrollo* No 14, pp. 59 – 87.

MORA, CLAUDIA. 2008. Globalización, género y migraciones. *Revista Polis*, Vol. 7, nº 20, pp: 285-297.

NRC – CONSEJO NORUEGO PARA REFUGIADOS. 2014. Informe. Buenaventura, Colombia: realidades brutales. Disponible en: <http://www.acnur.org/t3/fileadmin/Documentos/Publicaciones/2014/9760.pdf>

ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL PARA LAS MIGRACIONES – OIM - Misión Colombia. 2015. “*Características de los Flujos Migratorios de los migrantes y del mercado laboral entre Chile y Colombia*”. Informe. Disponible en: <http://lamp.opr.princeton.edu/research/Colombia%202015/OIM.%20%20Caracter%C3%ADsticas%20de%20los%20flujos%20migratorios%20de%20los%20migrantes%20y%20del%20mercado%20laboral%20entre%20Chile%20y%20Colombia.pdf>

OSLENDER, ULRICH. 2004 . Geografías de terror y desplazamiento forzado en

el Pacífico colombiano: conceptualizando el problema y buscando respuestas. En Restrepo, E. y Rojas, A. "Conflicto e (in)visibilidad: retos en los estudios de la gente negra en Colombia". Editorial Universidad del Cauca.

PALOMINOS, SIMÓN. 2016. *Racismo, inmigración y políticas culturales. La subordinación racializada de las comunidades inmigrantes como principio de construcción de identidad chilena*. En Tijoux, María (Ed.) "Racismo en Chile: la piel como marca de inmigración". Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

PAVEZ, JORGE. 2016a. "Afecciones afrocolombianas. Transnacionalización y racialización del mercado del sexo en las ciudades mineras del norte de Chile". *Latin American Research Review* 51 (2): 24-45.

PAVEZ, JORGE. 2016b. "Racismo de clase y racismo de género: «mujer chilena», «mestizo blanquecino» y «negra colombiana» en la ideología nacional chilena". En María Emilia Tijoux (ed.), *Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración*, pp. 227-241. Santiago: Universitaria.

PCN – PROCESO DE COMUNIDADES NEGRAS, Proyecto Mujeres Afrodescendientes. 2012. *Derrotar la invisibilidad: un reto para las mujeres afrodescendientes en Colombia*. Disponible en: <http://www.afrocolombians.org/pdfs/DerrotarlaInvisibilidad.pdf>

RESTREPO, EDUARDO. 2013. *Etnización de la negridad: la invención de las "comunidades negras" como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

RIEDEMANN, ANDREA Y STEFONI, CAROLINA. (2015). "Sobre el racismo, su negación, y las consecuencias para una educación anti-racista en la enseñanza secundaria chilena". En *Polis, Revista Latinoamericana*, 42, pp. 1-21. Disponible en <https://polis.revues.org/11327>.

RIESSMAN CATHERINE. (2008). *Narrative methods for the human sciences*. EEUU: Sage Publications.

RUIZ, CARLOS Y BOCCARDO, GIORGIO. 2015. *Los chilenos bajo el neoliberalismo: clases y conflicto social*. Santiago: Ediciones y Publicaciones El Buen Aire S.A.

SANABRIA, MARIA F. 2011. *Las Mujeres Migrantes Afrocolombianas en la Ciudad de Antofagasta – norte de Chile*. Tesis de Grado en Ciencia Política. Pontificia Universidad Javeriana – Bogotá.

SANTOS FEBRES, MAYRA. 2009. “Raza en la cultura puertorriqueña”. *Poligramas* #31, junio, pp: 49 – 67.

SASSEN, SASKIA. 1993. *La movilidad del trabajo y del capital: un estudio sobre la corriente internacional de la inversión y del trabajo*. Madrid, España: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

SASSEN, SASKIA. 2014. *Expulsiones: Brutalidad y complejidad en la economía global*. España: Katz Editores.

SCHEPER-HUGHES, NANCY Y BOURGOIS, PHILIPPE. 2004. Introduction: Making Sense of Violence. En Scheper-Hughes, Nancy y Bourgois, Philippe (eds.) *Violence in War and Peace: An Anthology*. Singapur: Blackwell Publishing, pp. 1–32.

SEGATO, RITA. 2016. *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños.

SOLIMANO, ANDRÉS. 2003. “Globalización y migración internacional: la experiencia latinoamericana”, *Revista de la Cepal* #80, pp: 55 – 72.

SOLIMANO, ANDRÉS; MELLADO, VIVIANA; ARAYA, CLAUDIA; LAHOZ, SÒNIA Y OCÓN, YELKA. 2012. “Incorporación laboral de los migrantes en la Región Metropolitana de Chile”. Informe para OIM. Disponible en: <http://incami.cl/incorporacion-laboral-de-los-migrantes/>

SPIVAK, GAYATRI. 2008. Deconstruyendo la historiografía. En Mezzadra (Comp.) *Estudios Postcoloniales: ensayos fundamentales*. Madrid: Traficantes de Sueños.

STEFONI, CAROLINA. 2008. Inmigrantes en Chile: una integración diferenciada al mercado laboral. En “Migración y Políticas Sociales en América Latina”. 2008. SOPLA, Konrad Adenauer Stiftung.

STEFONI, CAROLINA. 2011. Perfil migratorio de Chile. Organización Internacional para las Migraciones – OIM. Disponible en: http://priem.cl/wp-content/uploads/2015/04/Stefoni_Perfil-Migratorio-de-Chile.pdf

STEFONI, CAROLINA. 2014. La construcción racializada del migrante en el norte de Chile. *Crítica y Emancipación*, IV (11), pp. 581-595.

STEFONI, CAROLINA. 2016. La nacionalidad y color de piel en la racialización del extranjero, *Migrantes como buenos trabajadores en el sector de la*

construcción. En Tijoux, María (Ed.) “Racismo en Chile: la piel como marca de inmigración”. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

STEFONI, CAROLINA Y BONHOMME, MACARENA. 2014. Una vida en Chile y seguir siendo extranjeros. Si Somos Americanos, Revista de estudios transfronterizos. Volumen XIV / N° 2 / julio-diciembre 2014 / pp. 81-101.

STEFONI, CAROLINA Y STANG, FERNANDA. 2016. La microfísica de las fronteras: criminalización, racialización y expulsabilidad de los migrantes colombianos en Antofagasta, Chile. Revista Astrolabio, Universidad Nacional de Córdoba, N° 17, 2016. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/article/view/15781>

STEFONI, CAROLINA Y STANG, FERNANDA. 2017. “La construcción del campo de estudios de las migraciones en Chile: notas de un ejercicio reflexivo y autocrítico” Íconos, Revista de Ciencias Sociales, no. 68 mayo: 109-129.

SVAMPA, MARISTELLA. 2013. Consenso de los Commodities» y lenguajes de valoración en América Latina. Revista Nueva Sociedad No 244. marzo-abril de 2013.

SVAMPA, MARISTELLA Y VIALE, ENRIQUE. 2014. Del consenso de Washington al consenso de los Commodities. En “Maldesarrollo: la Argentina del extractivismo y el despojo”. Buenos Aires: Katz Editores.

THAYER, EDUARDO. 2011. Trabajo y género: la condición social de inmigrante como referente para la definición de la identidad. En: Stefoni, Carolina Ed. “Mujeres inmigrantes en Chile ¿mano de obra o trabajadoras con derechos?”. Chile: Ediciones Alberto Hurtado. p. 75-108.

TIJOUX, MARÍA EMILIA. 2014. “El *Otro* inmigrante “negro” y el *Nosotros* chileno. Un lazo cotidiano pleno de significaciones”. Boletín Onteaiken No 170. Disponible en: <http://onteaiken.com.ar/ver/boletin17/art-tijoux.pdf>

TIJOUX, MARÍA EMILIA. Y DÍAZ LETELIER, G. 2014. Inmigrantes, los “nuevos bárbaros” en la gramática biopolítica de los estados contemporáneos, en Rivista Internazionale di Filosofia Contemporanea. Volumen II, No 1, Chile. pp.284-309.

TIJOUX, MARÍA EMILIA Y PALOMINOS, SIMÓN. 2015. Aproximaciones teóricas para el estudio de procesos de racialización y sexualización en los fenómenos migratorios de Chile. *Polis Revista Latinoamericana*, 42, pp.1-25.

VALLE, MELISSA. 2014. “Inmigrantes afrodescendientes en Santiago de Chile: Procesos de estigmatización y resistencia retórica”, Revista Trabajo Social, No 87, Diciembre 2014.

VALENCIA, INGE; SILVA, LAURA; MORENO, ALEJANDRO. 2016. “Violencia, desarrollo y despojo en Buenaventura”. Disponible en: <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/kolumbien/12685.pdf>

VIVEROS, MARA. 2002. De quebradores o cumplidores: sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

VIVEROS, MARA. 2015. The sexual erotic market as an analytical framework for understanding erotic-affective exchanges in interracial sexually intimate and affective relationships. *Culture, Health & Sexuality*, Vol. 17, Núm. S1, S34–S46.

VIVEROS, MARA. 2016a. “Masculinities in the continuum of violence in Latin America”, *Feminist Theory*, pp. 1-9.

VIVEROS, MARA. 2016b. “La interseccionalidad. Una aproximación situada a la dominación.” En *Debate feminista*, N.52, pp. 1.17.

WADE, PETER. 1997. *Race and ethnicity in Latin America*. Londres: Pluto Press.

WADE, PETER. 2008. “Debates contemporáneos sobre raza, etnicidad, género y sexualidad en las ciencias sociales”. En Peter Wade, Fernando Urrea y Mara Viveros Vigoya (Eds.) *Raza, etnicidad y sexualidades: ciudadanía y multiculturalismo en América Latina*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales (CES), Universidad Nacional de Colombia, p. 41-66.

YOUNG, IRIS. 2000. Las cinco caras de la opresión. En Young, Iris, *La Justicia y la Política de la Diferencia* (pp. 71 – 115). Madrid: Ediciones Cátedra.

ZAPATA, CLAUDIA Y STECHER, LUCÍA. 2015. “Representación y memoria en escrituras indígenas y afrodescendientes contemporáneas”. *Revista Casa de las Américas*, #280, julio – septiembre, pp: 3 – 20.